

LA VIDA LOCA



19 unms.

R. 66 647



CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

71
529

La vida loca

LIBRO DE VERSOS



MADRID
TIP. DE LA REVISTA DE ARCHIVOS
Infantas, núm. 42.
1909

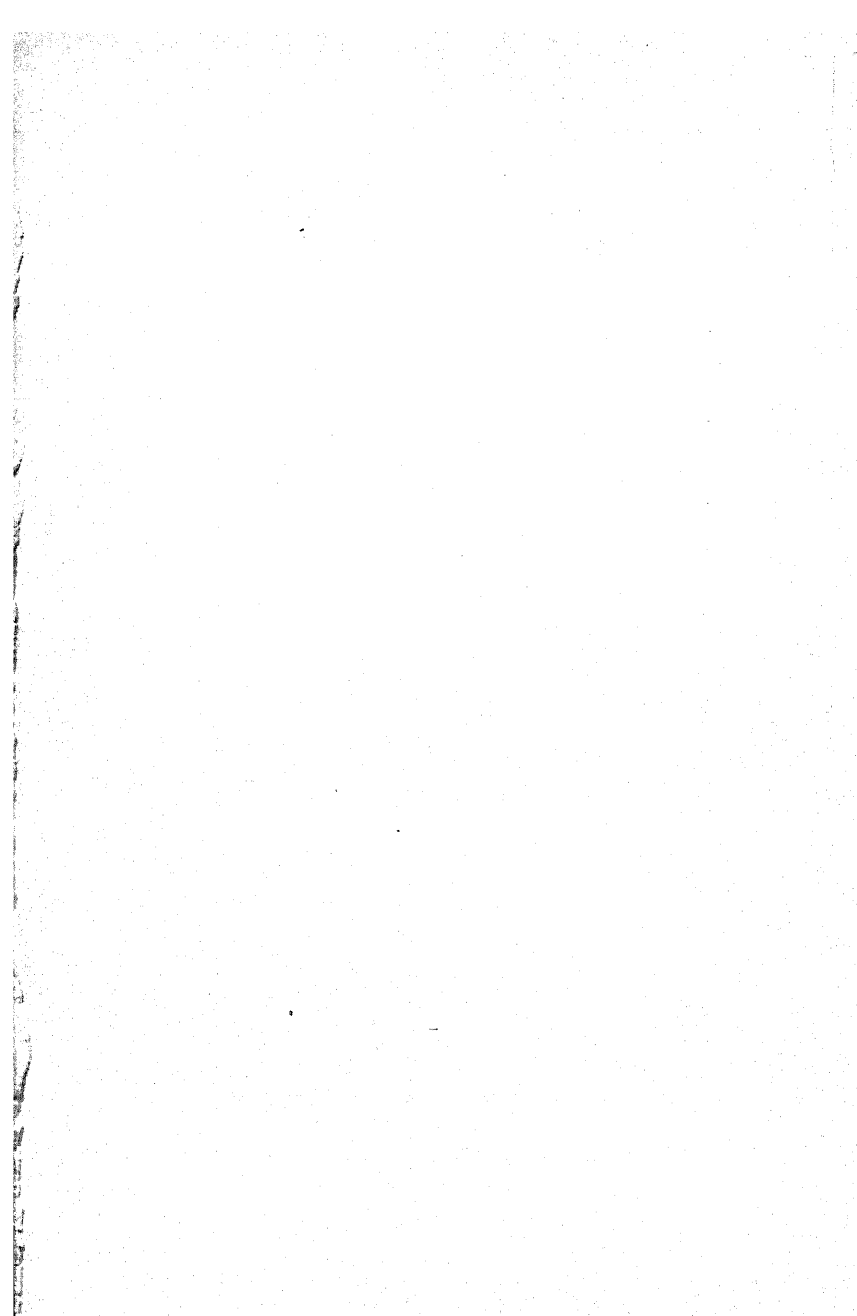
Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

A MI MUJER

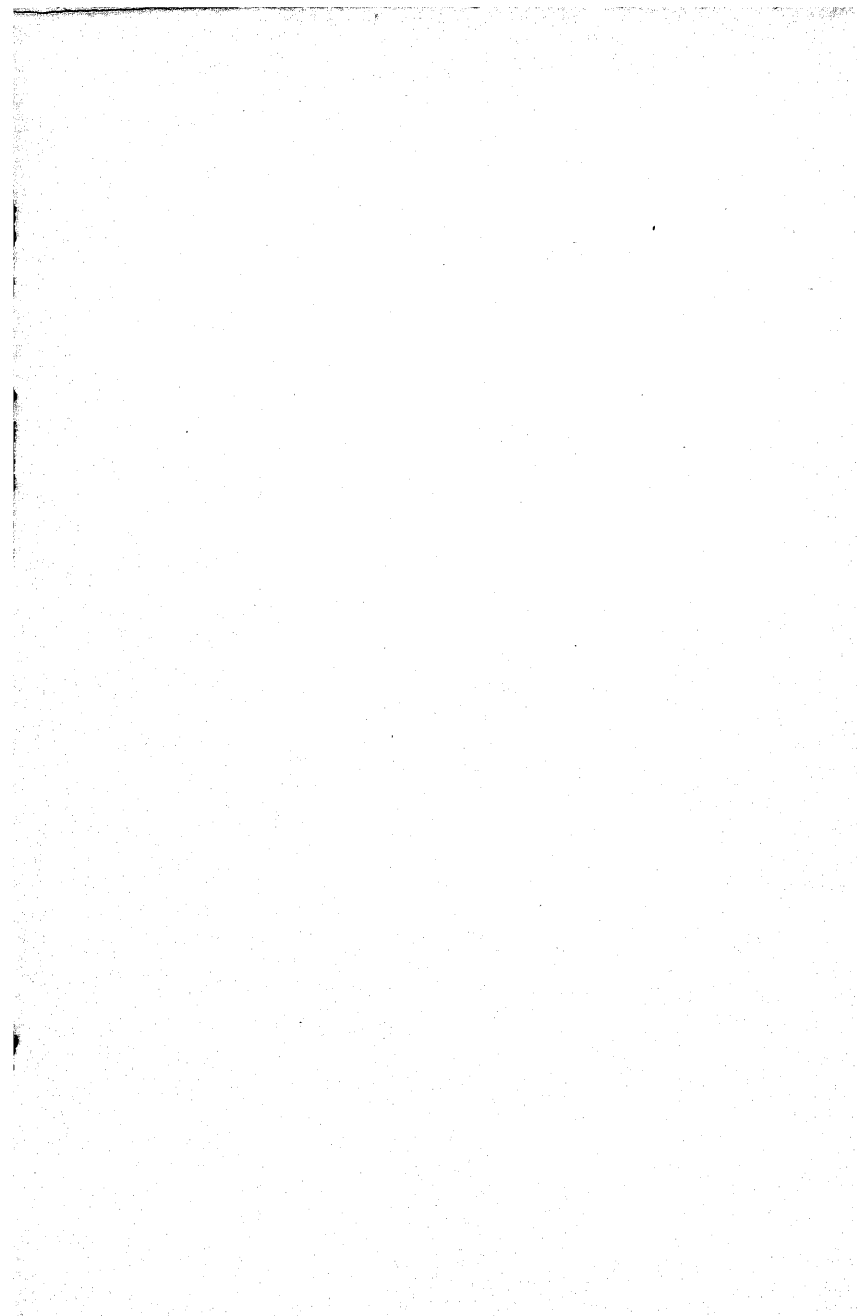
POR DICTADOS DEL CORAZÓN

A MIS HIJOS

CON TODA MI ALMA



LA TARDE LOCA



LA TARDE LOCA

La tarde es de vientos volubles y locos;
la tarde es de vientos, de lluvia, de rayos.
De pronto, descargan sus lóbregos senos,
y llueven, y llueven, los densos nublados...

De pronto, los vence, con vivos fulgores,
el sol que sus velos apenas rasgaba,
con tales impulsos que, á veces, ¡partiendo
sus dardos las nubes!, parece que estallan...

Y tornan más grandes, más densas, más torvas,
las cárdenas nubes, y llueven, y llueven;
y tornan los rayos del sol á vencerlas...
¡y en otras el iris sus franjas enciende!

Por todo el paisaje que abarcan mis ojos
suscitan batallas la luz y la sombra;
no bien, un momento, las luces dominan,
las sombras, que llegan, al punto las borran.

Hay valles alegres; hay cumbres ceñudas,
tocadas con velos de grises vapores.
A poco, los valles se vuelven sombríos,
y el sol, que los deja, corona los montes.

Y es todo por obra del rápido viento,
que lleva, que agrupa, que rasga las nubes;
así como cambia la frívola Suerte
la suerte del hombre que goza..., que sufre...

¡Qué duros contrastes! En pocos momentos,
el sol y la lluvia...; dolor y alegría ..;
la tarde doliente..., la tarde que ríe...
¡Qué tarde tan loca!

Parece mi vida.

MOCEDADES

AL SALTO DEL NIÁGARA

¡Gloria á ti, portentosa catarata!
¡Qué veloz tu corriente se desata!
¡Cuán recio vibra tu cantar sonoro!
¡Luce tu espuma al Sol, como la plata;
brillan tus ondas como brilla el oro!
Saltan, corren, tus aguas turbulentas,
y la voz fragorosa de tu empuje
tiene, como la furia con que alientas,
el sordo retemblar de las tormentas,
y el ronco grito de la mar que ruge.
Si cantando tu inmenso poderío,
—grande en cascadas, anchuroso río,—
mi voz suspira débil, voz ingrata,
las de tus bosques formarán mi coro...
¡Luce tu espuma al Sol, como la plata;
brillan tus ondas como brilla el oro!

¡Niágara! Quien viene á tu ribera,
si hermosa para tantos sentimientos
¡ay! para tantos otros extranjera,
padece la inquietud y los tormentos
del que, esperando siempre, desespera.
Desde que sufrí desventuras largas,
mis ánimos cayeron, con amargas
tribulaciones, en letal desmayo;
pero tu vista desgarró mis nieblas
como con luz de irresistible rayo.
Ansias y amores de felices días
otra vez en mi espíritu amanecen,
llenándolo de vagas alegrías...;
¡más que tienen colores y cambiantes
los arcos de tus iris, que parecen
vivas franjas de trémulos brillantes,
de alguna blanca estrella desprendidos,
que, cayendo en tropel desde la altura,
se pararon, de pronto, ¡sorprendidos
al contemplar tu espléndida hermosura!

Yo sé que cuando vienen tempestades
sobre el abismo con tus aguas lleno,
á fustigar con rayos tus corrientes,
y luchan por las mil concavidades
abiertas en los huecos de tus rocas
el largo són de cada ronco trueno

y el tronar de tus múltiples torrentes,
que van, por rapidísimas vertientes,
rajando quiebras y partiendo bocas
en tus agrias rompientes;
cuando los vientos sobre ti se quejan,
y por los aires, en espumas, subes
sobre tus bosques, á ganar el cielo;
cuando tus aguas lívidas reflejan
los colores violáceos de las nubes
con que la tempestad teje tu velo;
ya si el año que expira te abandona
al rigor de los meses invernales,
y el doloroso frío de tu zona
finge cuevas de sueños ideales
cuando en altas columnas aprisiona
tus inmensos, fantásticos raudales,
lo mismo al resplandor de la tormenta
que si el tiempo te marca sus injurias,
él, más que tú dominador y fuerte,
sobre tu altiva majestad se ostenta
ó la furia mayor entre las furias
ó la imagen más bella de la muerte.
Yo no las vi jamás; que yo te admiro
tal como fuiste mi primer encanto;
como siempre te vi, siempre te miro,
y como entonces te admiré, te canto.
Porque yo te admiré mientras lucía

claro sol estival, que repartía
sobre tus dos cascadas,
en trémulas y ardientes oleadas
el gran tesoro de la luz del día;
en la estación de ensueños y de amores,
cuando el ambiente quema,
y embriaga el aroma de las flores,
y es la pasión la realidad suprema;
y entonces, contemplando tu hermosura,
toda expresión, y vida, y movimiento,
renové mis afanes de ventura;
de nuevo floreció, radiante y pura,
mi juventud, y recobré su aliento;
como si fuera el vigoroso acento
que de tus ondas al hervor surgía
decisivo y ardiente llamamiento
que despertara en mí luz de alegría,
manantial de energía;
¡como si fuera súbito acicate!
¡resonar de metálicos clarines,
llamando á los dormidos paladines,
—mis dormidos anhelos,—al combate!

Sale del lago, rumorosa, clara,
la anchísima corriente,
como si lleno el lago rebosara
sus aguas apacibles, mansamente,

y en su primer arranque, lento, blando,
van sus ondas azules
en sus limpios cristales reflejando
grupos de pinos, y olmos, y abedules.
Y luego, ya en torrente,
por las rocas primeras se encarama,
y las evita y cruza, velozmente,
y por cauce más ancho se derrama,
y las rocas aumentan,
y las aguas batidas, poderosas,
en sus flancos revientan,
y siguen sin parar, vertiginosas,
y hacia el abismo vienen,
y un impulso tremendo las agita,
¡y mientras más las peñas lo contienen
más el loco raudal se precipita!

Por el aire sereno
sube ya cerca dilatada bruma,
y el gran fragor de interminable trueno
brota de nubes de irisada espuma.

Por la doble, magnífica ribera,
el roble adusto y el castaño hermoso
y la encina severa
que corren, se dijera,
á presenciar el salto del coloso.

Sus ramajes se inclinan
hacia el rumor que zumba desde abajo,

y algunos recios árboles se empinan
entre las grietas del profundo tajo.
Llega el raudal. Bajo sus ondas falta
su cauce, roto en derrumbados cauces...,
y él corre más... ¡y salta
en el abismo de rugientes fauces!

Y las aguas sin fin se precipitan,
se empujan, se atropellan,
se entrechocan rugiendo, se quebrantan,
y al caer, ya se estrellan,
y ya sobre las rocas se levantan,
y formando mil círculos de espuma,
y envueltas en tremendo remolino,
y entre el fragor y la creciente bruma,
siguen, siguen, y siguen su camino...

¡Cuadro deslumbrador! ¡Combate horrendo!
¡Rugen las peñas! ¡Rugen los hervores
de las aguas, cayendo!
Y á la vez, en los húmedos vapores,
va el iris extendiendo
sus franjas de colores!

En esta viva luz, en este ambiente
lleno de penetrantes armonías,
junto al enorme y rápido torrente
que precipita por la gran vertiente
sus ondas, sin cesar, noches y días,

encuentro al fin el anhelado tono
de mi canción soñada,
que se va repitiendo
al compás del estruendo
de la inmensa cascada...

Canta aquí, trovador; canta la historia
del amor en las almas virginales;
la dorada leyenda de la gloria,
y el himno á los humanos ideales;
canta á la voluntad, que vence y crea
contra el capricho de la injusta Suerte,
y á las grandes conquistas de la Idea,
vencedoras del Tiempo y de la Muerte.
Con el robusto acento,
libre también el corazón levanta,
y el noble pensamiento;
aquí, donde las ráfagas del viento,
los bosques, los raudales,... ¡todo canta!

.
.

¡Niágara! La tarde se despide;
yo también abandono tu ribera.
¡Ah! Si mi voz tuviera
los tonos de idéal melancolía
que logran siempre que jamás se olvide
ni la nota postrera
del adiós hermosísimo del día!

El sol está dorando todavía
las corrientes, las masas del follaje;
su luz, que va muriendo temblorosa,
aún hace más hermosa,
más triste, la nostalgia del paisaje.
Brillan sobre las ramas de la selva
sus últimos reflejos...
¡Ay! Cuando el sol á coronarte vuelva
nos hallará muy lejos!
Pero... ¿qué? ¿Tornarán, para vencerme,
para dejarme á su merced, inerme,
recelos, amargas,
perezas, desalientos, desengaños...
neblinas prematuras
en el Abril de mis mejores años?
¿La duda tornará que me acobarda?
¡Vuélvete, corazón, hacia las horas
de trabajo y de amor, consoladoras,
que el dilatado porvenir te guarda!
Esa que ves, coriente embravecida,
—recio Titán de infatigable aliento,—
la norma debe darte de tu vida.
¡Es fuerza, y es calor, y es movimiento!
La verás,—¡de dolor estremecida!,—
¡luchando siempre!, ¡pero no vencida!

Gloria á ti, catarata portentosa,

—fuerza que no reposa,—
que siempre luchas, y luchando vences.
¡Tu enseñanza es fecunda y generosa!
¡Con tu ejemplo me rindes y convences!
Saltan, corren, tus aguas turbulentas,
y la voz fragorosa de tu empuje
tiene, como la furia con que alientas,
el sordo retemblar de las tormentas
y el ronco grito de la mar que ruge.
¡Torno á luchar! ¡La vida me reclama,
y su reclamo el corazón escucha!

¿Sólo vive quien ama?

¿Sólo vence quien lucha?

Pues que la lucha el corazón dilate;
que el alma, conmovida
por amor juvenil, ¡de amor henchida!,
del marasmo en que sufro me rescate.
¡Por luchar y vencer torno al combate!
¡Por caminos de amor vuelvo á la vida!

ESTIVAL

Deslumbra tanto el sol, que no lo mira
ni el águila caudal, reina del viento.
Esmaltando el azul del firmamento,
entre incesantes llamaradas gira.

Todo es luz y es aroma; ¡todo inspiral
... Y sopla el aire, perezoso y lento,
como si fuera el fatigado aliento
con que la tierra, en el sopor, respira.

Y tú, mi encanto, la mujer que adoro,
surges en esta atmósfera de oro,
llena de luz, de cálidos efluvios,
como Visión y Musa del Verano,
¡con un ramo de espigas en la mano
y una amapola en los cabellos rubios!

VIERNES SANTO

Lívido rayo el horizonte inflama,
y enclavado en la Cruz, Dios aparece.
La Virgen á sus pies se desvanece,
mientras con voz dulcísima le llama.

Para quien hoy, con ansiedad, reclama
consuelos á una fe que desfallece,
¡qué visiones simbólicas ofrece
el fin sangriento del sublime drama!

¡Qué misterios revela en su figura
la Virgen, traspasada de amargura,
tan sola, sobre el Gólgota desierto..!

¿Es la Madre de Dios, que al cielo implora,
ó es la infeliz Humanidad, que llora
sobre la Cruz, por su Ideal que ha muerto?

LA ESTROFA INMORTAL

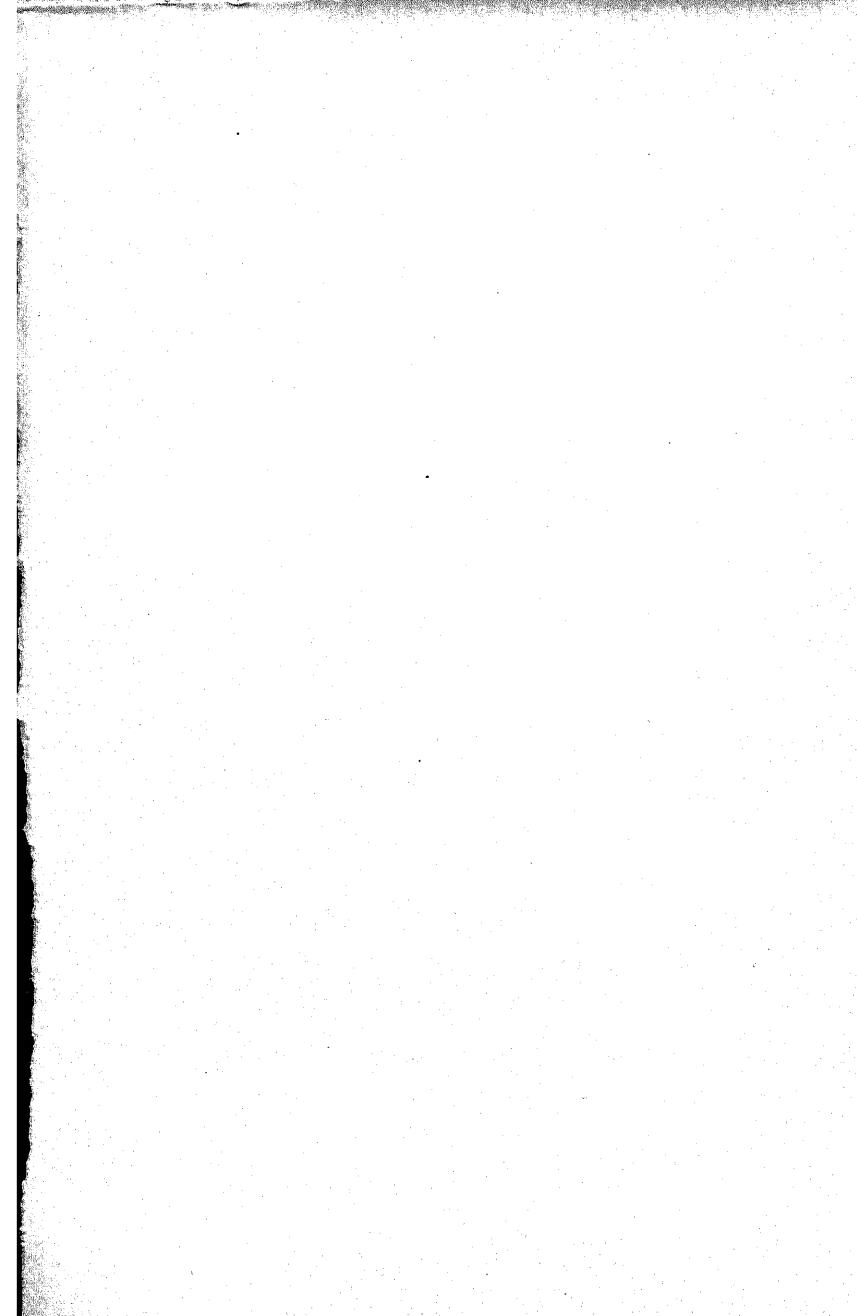
Como quien vuelve á la febril lectura
de una estrofa de amor interrumpida,
así vuelvo á las horas de mi vida
que llenó de quimeras tu hermosura.

¡Oh, cuán gentil resurge tu figura,
de blanco traje, virginal, vestida;
rubio el cabello, la cabeza erguida,
claros los ojos y la frente pura!

El Azar te devuelve á mi camino,
hoy que de amores y de azares huyo,
víctima negra de infeliz destino.

Y ante el Azar, que de mi amor se mofa,
mi corazón... ¡que dicen que no es tuyo!..
¡¡sigue cantando la inmortal estrofa!!

CANTOS Y CANCIONES



CANTO Á MI TIERRA

A mi hermano Daniel de Yturralde.

¡Tierra mía! ¡Madre mía,
de mi amor! ¡Andalucía!
¡Oh, verjel de los verjeles!
¡Encantada fantasía
de cristianos y de infieles!
 ¡Hija hermosa,
en un rapto de poesía,
 de una diosa
 caprichosa...
y del sol del Mediodía!
 ¡Oh, venero
de riquezas! ¡Oh, tesoro
de bellezas! ¡Oh, mi encanto!
 ¡Yo te quiero!
 ¡Yo te adoro!

¡Yo te cantol ¡Pobre cantol
No lo acojas con desvío
 porque es mío
y en mi amor á ti confía.
¡Con el alma te lo envío,
 madre mía!

Pienso en ti y en tus amores
mientras sufro los rigores
 de un invierno
que parece que es eterno;
y me abruma los pesares,
me traspasan los dolores,
en las márgenes sin flores
del humilde Manzanares.

...Y en el fondo de la inmensa
y letal melancolía
que en el alma se condensa,
como bruma, gris y fría,
 cada día
 más intensa;
 evocada
por la fuerza del anhelo
con que el hombre que padece
busca un rayo de consuelo,
á mis ojos aparece

tu visión maravillosa
de imprevisto, y crece y crece...
¡dilatada y luminosa!,
y al conjuro
de tu mágica belleza,
toda el alma con mi canto
á vibrar, de pronto, empieza;
como al rayo de la aurora
que colora
desde lejos,
con la luz encantadora
de sus límpidos reflejos,
la enramada
por mil aves habitada,
desde el fondo de los nidos
removidos
por amantes aleteos,
de repente
se difunde en el ambiente
un torrente
de gorjeos!!

Ya no lloro, no suspiro.
Ya te miro,
con el gozo del amante
que, después de la jornada
fatigosa y prolongada,

torna al seno palpitante
de su amada.
Ya te miro,
y en mi amor á ti me inspiro,
—¡oh, verjel de los verjeles,
encantada fantasía
de cristianos
y de infieles!,—
desde el árido paraje
de las cumbres de la sierra
que dan fuentes á tus ríos
y linderos á tu tierra,
poderosos y bravíos,
hasta el fondo, siempre en guerra,
de arrecifes y bajíos,
en las costas de tus mares,
¡al través de tus campiñas,
salpicadas de olivares
y de viñas!

¡Salve, reina destronada,
hermosísima Granada,
tú, la hurí de las huries,
que enloqueces
á los míseros mortales
si amorosa les sonrías,

entreabriendo los corales
de tus labios carmesíes!
Salve, Córdoba, sultana,
musulmana,
que dormitas
á la sombra
de la cruz de tus ermitas,
en la alfombra
de tus campos, y despiertas
á los cánticos de amores
de los pájaros cantores,
moradores
de las frondas de tus huertas!
Salve, Cádiz, desgraciada,
tú, la fiel enamorada
y el amor del mar grandioso,
que te arroba los sentidos
con arrullos reprimidos
y rugidos
de coloso;
que sedienta de los besos
de sus olas,
que se rompen á tus plantas,
te adelantas
de las tierras españolas
hacia el mar, y al fin, á solas
con el mar, y en su regazo,

te confías
y te entregas á su abrazo!
Salve, Málaga, que sueñas
adormida por las coplas
de las dulces malagueñas;
perla rica; peregrino
dón feliz, del mar latino
que á tus blancos pies se abate;
¡suelo fértil... para el vino!
¡cielo fértil... para el vatel

Salve, mágica Sevilla,
maravilla
de bellezas y primores;
tú que das al ancho río
que se acerca á ti, diciendo
tu bondad, tu poderío,
tu saber,—y que se queja
de dolor, cuando se aleja
hacia el mar, porque te deja,—
más que orilla, á cada lado
de su cauce dilatado,
vistosísima guirnalda,
de colores
y de aromas, con tus flores,
y que elevas tu Giralda,
caprichosa y arrogante,
centinela vigilante

de tu honor, y de tu historia
que es honor del mundo entero,
como heraldo, pregonero
de tu gloria!

¡Campos ricos
de Jerez, donde se cría
vino excelso, que pelea
su color con el del oro,
su sabor con la ambrosía!
¡olivares de Montoro
y parrales de Almería!

¡Salve, salve, tierra mía!,
¡toda!, ¡toda Andalucía!,
con sus costas y sus mares,
y su vegas y sus ríos;

sus cantares
ya risueños, ya sombríos;
sus leyendas de querer
y de celos, cuasi moras;
sus bellísimas mujeres,

tentadoras:
las garridas malagueñas,
alto bien en lid de amores;
más hermosas, más risueñas
que la luz sobre las peñas,
ó las olas, ó las flores;
las alegres gaditanas,

tan nerviosas y tan finas;

 las lozanas

y arrogantes granadinas;

las graciosas cordobesas,

las gentiles sevillanas;

las morenas jerezanas,

 medio inglesas

y á la vez medio gitanas...

 ¡Salve, salve, Andalucía!

 Tú, Poesía!

 Tú, Alegría!

Tú, torrente de colores!

¡Explosión de resplandores

de la luz del Mediodía!

¡El amor de mis amores!

 ¡¡Madre mía!!

.....

LA MAJA DE LOS SAINETES

¡Paso á la maja hermosa, la flor y nata
del pueblo del sainete, puro y castizo;
la que á tantos aturde, la que arrebató
con su imán á los hombres y con su hechizo;
la que, envuelta en las ondas de la mantilla,
que es marco de su cara, fresca y graciosa,
cruza de calle en calle la alegre villa,
con talante de reina, con faz de diosa;
con su falda ceñida, de medio paso,
para que se atortolen sus madrileños;
con sus finos chapines de terso raso,
que aprisionan y calzan sus pies pequeños;
con el talle y el busto lleno de flores,
sus únicas rivales sobre la tierra;

con sus labios, que ríen, pidiendo amores;
con sus negros ojazos, *pidiendo guerra!*

La persiguen, la acosan, á los reflejos
de la luz que se escapa de su figura,
¡sus hombres!: sus galanes ó sus cortejos,
los mil adoradores de su hermosura;
cuantos al lado suyo gozan y alientan;
cuantos en torno suyo sus galas miran,
sus donaires ensalzan, sus glorias cuentan,
y en su amor, que es de fuego, su amor inspiran.
¡Pueblo de los sainetes, eternizado
por el gran sainetero, y ennoblecido!
El airoso chispero, tan bien plantado,
y el manolo de rumbo, tan bien vestido;
el guapo macareno jacarandoso,
prendado de sus dichos y de su porte;
el oficial de Guardias, presuntuoso;
el alcalde ladino de Casa y Corte;
el escribano aleve, y el mal tendero
que á las artes de Caco pone remate,
y el bailarín, y el paje, y el botillero,
y el sagaz rapabarbas, y el fino abate,
más la turba famosa de petimetres,
con tantos requisitos acicalados;
de ropas aromadas, turbios caletres,
modales indigestos y remilgados,

ojos de que el orgullo se enseñoree...,
prodigios, en resumen, de tal finura,
que es milagro que el viento, si los orrea,
no los quiebre de pronto por la cintura.

¡Paso á la maja! ¡Paso! ¡Miren su talle!
¡Miren su cuerpo! ¡Miren su cara hermosa!
Chisperos y manolos: abridle calle
y tended á sus plantas la capa airosa.
Que sus ojos la miren; sus dos portentos.
Que con sus pies la huelle, pies tentadores.
Como á su paso brotan flores á cientos,
la libraréis del paso llena de flores.
Es ella, con sus gracias tan españolas,
de majezas y rumbos pródiga suma;
es ella, de manolos y de manolas,
espuma de su pueblo, la sal de espuma;
tan feliz en sus jiras, las populares,
en que bulle, del gozo, su sangre roja,
por los sotos alegres que Manzanares
con sus ondas humildes apenas moja;
tan gentil en sus bailes, fiestas bizarras,
en sus casas vetustas de los Madriles,
¡al són de las vihuelas y las guitarras!
¡con luces de velones y de candiles!

Más que todo el encanto de sus ternuras,
vale de sus arrestos la bizarría;

más que por el encanto de sus hechuras,
vence por el hechizo de su alegría.

Si ha de querer á un hombre, querer eterno.
Si olvidarlo, borrarlo de la memoria.
Para sus amarguras, quiere el Infierno;
para sus ilusiones, quiere la Gloria.

Y así va, tan alegre; por la desgracia,
por el mal, por el hombre, nunca vencida;
con su cara de cielo, flor de la gracia;
con su cuerpo de rosas, flor de la Vida.

Y así va por el mundo; señora y reina,
que rinde y esclaviza con dulces lazos.
El hombre zalamero... que la despeina,
ya no quiere más trono que el de sus brazos.

Con querereres..., sin ellos; con los sentidos
trastornados ó en calma; triste ó risueña,
sus encantos famosos, reproducidos,
hoy nos da, con los suyos, la madrileña.

El tipo de la maja préstale forma;
por él, y en el arroyo, de nuevo crece;
con su clásico rumbo, que se transforma,
pero no, porque cambia, desaparece.

¡Paso á la maja! ¡Paso! ¡Miren su talle!
¡Miren su cuerpo! ¡Miren su cara hermosa!
Manolos y chisperos: abridle calle
y tended á sus plantas la capa airosa.

¿Dónde Abril más florido que sus abriles?
¿Quién su amor, cuando pasa, no la somete?
¿Quién, con grandes ensueños, los juveniles,
la gloria de su abrazo no se promete?
¡Vitor, la buena moza de los Madriles,
Musa del sainetero, Sol del sainete!

A MEDIA VOZ

MADRIGALES

Amor de mis amores;
en el jardín de Amor, flor de las flores:
conviértase mi voz en un murmullo,
para que llegue á ti como un arrullo.
Como arrullo quisiera
que mi acento sonara,
de ritmo dulce, de cadencia clara;
caricia de los céfiros, ligera;
caricia temblorosa, que pasara
como pluma de cisne por tu cara;
¡pluma de cisne, leve,
blanca y fina á la par; pluma de nieve!
Arrullo, si mi arrullo te conmueve,
que llegara á tu oído

sólo de ti sentido;
con halagos de aroma,
con el latir de un pecho de paloma.

Deja que al fin me mire
en los claros espejos de tus ojos;
que entre tus labios rojos
tu puro aliento sin cesar respire;
para que pueda el alma conmovida
beber tu aliento, respirar tu vida.

...Y en tanto prendo y ciño
tu talle virginal, lánguidamente,
—mariposa de amor, toda cariño,—
deja que en tu alba frente
se pose un beso de mi amor vehemente.
Si entre tus labios se posara, fuera
como una mariposa
que el grato filtro del amor bebiera
sobre un capullo de encendida rosa.

Deja que mi suspiro
feliz se enrede, con liviano giro,
por el sutil y ensortijado vello,
niebla sutil en tu divino cuello...

Vuelve á mirarme ahora,
y espire yo á tus pies, ¡oh encantadora

viviente imagen de la estatua griegal,
como la Noche que, al morir, se entrega
á los pies sonrosados de la Aurora.

¡Qué hermosa estás! En lánguida postura;
con gesto amable de infantil audacia...
Es una flor tu cuerpo, bella y pura,
con la doble hermosura
de la belleza corporal: su hechura,
y del aroma embriagador: tu gracia.

¡Qué hermosa estás! Con nimbo de inocencia;
destacando tu cuerpo de Sibila
sobre la vaga y dulce transparencia
de la tarde tranquila...
Mírame así, mi encanto.
Mírame así, y en la adorable calma
de estas horas de amor suene mi canto...
Mirémonos: besémonos, en tanto,
¡con un beso de luz! ¡alma con alma!

EL TRASATLÁNTICO

Cortando las aguas—con rápido empuje,
dejando en las aguas—blanquísima estela,
el negro y enorme—vapor trasatlántico
su ruta prosigue,—señor de la mar.

La noche es tranquila.—Los soplos del aire
las trémulas ondas—apenas conmueven,
y arriba, en los cielos,—redonda, muy alta,
la luna difunde—su azul claridad.

La mar está llena—de vivos reflejos.
Sembrada parece—de puntos brillantes.
La luz de la luna,—serena, magnífica,
la esmalta con tonos—de nácar y azul.

La brisa voluble,—rozando las ondas,
mil chispas en ellas—enciende y apaga,
y el buque grandioso,—cuajado de luces,
desprende á su paso—regueros de luz.

El buque navega—cuajado de luces.
 Las lleva en sus palos,—cual ojos atentos;
 las deja que partan,—por cien claraboyas,
 sus negros costados—con blanco fulgor.

El humo que lanzan—sus dos chimeneñas
 se queda un momento—prendido del aire;
 se esponja, se rasga,—se va disipando...
 y en tanto la nave—se aleja veloz.

¡Qué hermosa es la nave!—¡Qué rápida sigue
 cual rápida flecha—su largo camino!
 ¡Vestida con rayos—de luz de la luna,
 retando á los vientos,—señora del mar!

Sus hélices giran—con vértigo loco,
 prestándola impulsos—de rayo que corre...
 y *allá va la nave*,—que dijo el poeta.
 ¡*Allá va la nave!*—¿*Quién sabe dó va?*

¿*Dó va?* Desde Europa,—cortando las aguas,
 á América vuelve.—De un mundo ya viejo
 y un mundo muy joven,—risueño, pletórico
 de múltiples fuerzas,—es lazo de unión.

De dos continentes—concierta la vida.
 Por ella se cambian—sus bienes preciados.
 ¡Por ella sus hijos—se juntan y entienden!
 ¡Es obra del hombre—dictada por Dios!

El buque navega—cuajado de luces.
La cámara alegre,—con risas vibrantes,
y voces de fiesta,—y al són de la música,
entona sus himnos—de amor y placer.

Y allá, por la triste—cubierta de prõa,
los pobres que sufren,—los parias que emigran,
llorando nostalgias—del suelo nativo,
sus patrias canciones—entonan también.

.
.

La noche es tranquila.—Los soplos del aire
las trémulas ondas—apenas conmueven.
Arriba, en los cielos,—redonda, muy alta,
la luna difunde—su azul claridad.

¡Y en tanto, partiendo—las aguas dormidas,
dejando en las aguas—blanquísima estela,
el negro y enorme—vapor trasatlántico
su ruta prosigue,—señor de la mar..!

LA CLÁSICA SIESTA

...Bajo la sombra de regia parra,
—dósel y toldo,—que se achicharra,
que se retuesta,
con luz vivísima del sol ingente,
lánguidamente., ¡clásicamentel,
duermo la siesta.

¡Bajo la sombra de luenga parra
que se retuerce, que se desgarrá,
del resistero de un sol de estíol
¡La verde parra de cien matices!
¡Trémula parra del huerto mío,
donde las horas paso felices,
porque al ensueño mi bien confíol

Bajo la noble, crujiente parra,
de sol vestida, con luz de fiesta,

que al duro suelo tenaz se agarra
y en él se afirma, gentil y apuesta,
cómo se acuesta, cuál se recuesta,
mi cuerpo dócil, en paz honesta.

...En una leve penumbra, puesta,
va rezumando morisca jarra...

Dulce guitarra

me arrulla á veces... Quizá molesta,
con sus quejidos, terca chicharra...

Pero, entre tanto, sigue mi siesta,
bajo la parra, que sombra presta;
—sobre sus redes, tan bien compuesta,
de finos hierros, de barra en barra;—
bajo la parra, breve floresta,
que se retuerce, que se desgarrá...
del aire mismo que la retuesta,
¡del mismo fuego que la achicharrá!

Luce su toldo matices ricos
de un mismo verde color galano,
al desplegarse los abanicos
de verdes hojas al aire vano;
con tal belleza
de varios tonos, claros ó densos;
con tal riqueza
de cien matices, leves ó intensos,
que es el encanto de las miradas

ver, entre sombras y resplandores,
las variedades entremezcladas
del mismo alegre color, pintadas
por sus matices, cual cien colores...

Tonos del grave ciprés sombrío,
tonos del agua del hondo río;
tonos lozanos de los trigales
en que se encienden las amapolas;
tonos de claros, tersos cristales,
en mar sereno, de limpias olas;
tonos del césped, sobre la falda
de los alcoces en flor, risueños;
tonos de ensueños,
en el encanto de la esmeralda;
tonos del noble laurel; del lindo
gentil follaje de apuesto guindo;
tonos y tonos..., siempre trocados;
ensombrecidos ó iluminados...
Y así parecen, las verdes hojas,
verdes-doradas, ó verdes-rojas,
ó verdes-grises..., según el juego
del aire blando,—del aire fuerte,
les va prestando,—con varia suerte,
sombras del humo, tonos del fuego...

Sobre la alfombra
de arena parda, que el suelo cubre

donde mi cuerpo gozoso yace,
también desgarrar la grácil sombra
la luz risueña... que la descubre,
¡que la persigue!, ¡que la deshace!
—Todo por obra del gran aliento
del caprichoso, cálido viento,
que á sus caprichos así complace.—
Y en tanto vence la luz liviana,
la sombra vana,
por sitios nuevos, de nuevo nace.

La parda arena también adornan
con juegos gratos. Llegan y tornan;
siguen y vuelven: ¡luces que abrasan,
sombras que alivian! Tornan y pasan.
Allá se borran. De nuevo fluyen.
Se animan: corren; se asustan: huyen;
—¡sombras coquetas!;
¡luces inquietas, si no discretas!;—
en una serie vertiginosa
de movimientos y vibraciones;
en una escala maravillosa
de inagotables combinaciones...

...Bajo la parra que el aire mueve,
y al leve halago del sueño leve;
y en tanto alcanza

mi débil vista sus mil labores,
cual vagas copias de mil tapices,
sigo la danza
de los colores
multiplicados por sus matices...
Sueño, gozoso, que el sueño llega,
y es, á la postre, verdad mi sueño.
Mi sueño sigue...—¡La luz despliega
todo su hechizo!..—¡Sigue, risueño..!
Sueño que evoca grandes visiones;
sueño de dicha, de bienandanza;
sueño de glorias, de bendiciones...
.
¡Y bajo el toldo verde-esperanza
guardan mi sueño las Ilusiones!

¡OH, SABROSOS RECUERDOS!

¡Naranjas hermosas!
¡Naranjas *de allí!*
De Palma del Río,
de Lora del Río;
de los naranjales de la Andalucía
fecunda y feliz.
(¡Pues no estoy suspirando, Dios mío!
Y es que, á veces, nos llega muy honda
la impresión de un recuerdo pueril.)

Escucho pregones
así como en sueños:
¡De Palma del Río!
¡De Lora del Río!
¡Naranjas sabrosas!
¡Naranjas *de allí!*

En época breve,
de breves amores,
los frutos preciados,
de piel matizada con tonos dorados,
y entrañas jugosas,
me daban á un tiempo frescura y placer,
saciando mi gusto,
calmando mi sed.
¡Naranjas sabrosas!
¡Naranjas *de allí!*
¡De los naranjales de la Andalucía
fecunda y feliz!

¡Qué hermosas, comidas
al pie de los árboles!
¡Qué ricas en zumo,
qué ricas de olor!
O bien bajo el toldo
de un patio *de aquellos,*
al són cristalino
del chorro del agua que lanza a fuente,
con música grata, de tenue rumor;
que sube flexible,
y á poco se rompe,
quebrando en el aire su salto veloz;
que baja deshecho,
y en torno salpica las anchas macetas,

cubriendo con gotas, que tiemblan de gusto,
las plantas en flor.
¡Cuán frescas parecen
aquellas fragantes
y dulces naranjas!..
¡Naranjas *de allí!*
¡De los naranjales de la Andalucía
fecunda y feliz!

Mas yo las prefiero,
—no sé por qué extraño
capricho,—comidas,
gustadas, en horas
de sol asfixiante,
y en tanto que cruzo
las tierras calientes
en alas del tren.
Me saben á gloria,
me huelen á flores,
en tanto que calman
mi ardor y mi sed.
Compradas de manos
de mozas morenas,
que llevan el pelo sembrado de rosas,
y tienen los ojos
así como llenos de rayos de sol;
compradas al paso

por una estación...
Entonces, ¡entonces!,
no sé por qué extraño
capricho del gusto,
me saben mejor.
Tendido en el fondo
de un claro vagón,
que corre ligero, manchado de polvo;
sintiendo caricias
de un vago sopor;
¡oyendo que crujen
las anchas, y recias, y azules cortinas,
al soplo de un aire
que está saturado
de intenso calor!...

El tren, sacudiendo
la muelle pereza
que invade á los hombres,
avanza veloz...
Y á un lado y al otro
del largo camino
que marcan los fuertes
carriles de hierro,
las huertas desfilan,
las huertas brillantes de verdes naranjos,
bañadas de sol!

.
.
.

¡Ay, cuántos recuerdos
despiertan en mí!
¡Naranjas sabrosas!
¡Cuán frescas! ¡Cuán dulces!
¡Qué hermosas! ¡Qué hermosas!
¡Entonces... y allí!!

Sin duelos ni afanes;
con años que apenas
llegaban á veinte;
soñando, despierto,
con glorias y amores;
gozando del mundo,
¡queriendo vivir!
Entonces no había
ni gusto más grande,
ni encanto que fuera
mayor para mí,
que el gusto sencillo
y el sano placer...,
de pasar, *devorando naranjas*,
por encima del suelo caliente,
¡y en alas del tren!

¡De Palma del Río!

¡De Lora del Río!

¡Naranjas *de allí!*

¡Quién pudiera volver á aquel tiempo,
tan breve, tan breve

por lo mismo que fué tan feliz,
y en un bosque de alegres naranjos

quién pudiera, gozoso y febril,
ver llegar á la Musa encantada,
la mujer del ensueño, la Amada
de toda una vida,

¡de toda una vida de amor!,
coronada, ceñida, vestida
de rayos de sol!...

CAMPANAS ALEGRES

En la plaza de Trujillo,
al pie del roto castillo;

plaza noble, vasta y vieja,
página de grande historia,
que en sus escudos refleja
prestigios de antigua gloria.

Deslumbra el sol, como en día
de júbilo, de victoria...

Suena en la torre sombría
de San Martín el repique
del toque del Mediodía.

¡Mediodía! Las campanas
lo anuncian y lo celebran
con un himno de alegría.

Bajo los arcos robustos
de los anchos soportales,
—por viejos, graves y adustos,—
cantan rapaces á coro.

Brillan ciudad y castillo
bajo el sol, cual si Trujillo
fuera el arca de un tesoro.

Deslumbra el sol, con el brillo
de los reflejos del oro...

Cruzan pájaros veloces
los cielos. Olor de rosas
me perfuma. Suenan voces
de mujer, voces gozosas...

El aire, tibio, parece
que, de pronto, se estremece
con un temblor de alegría.

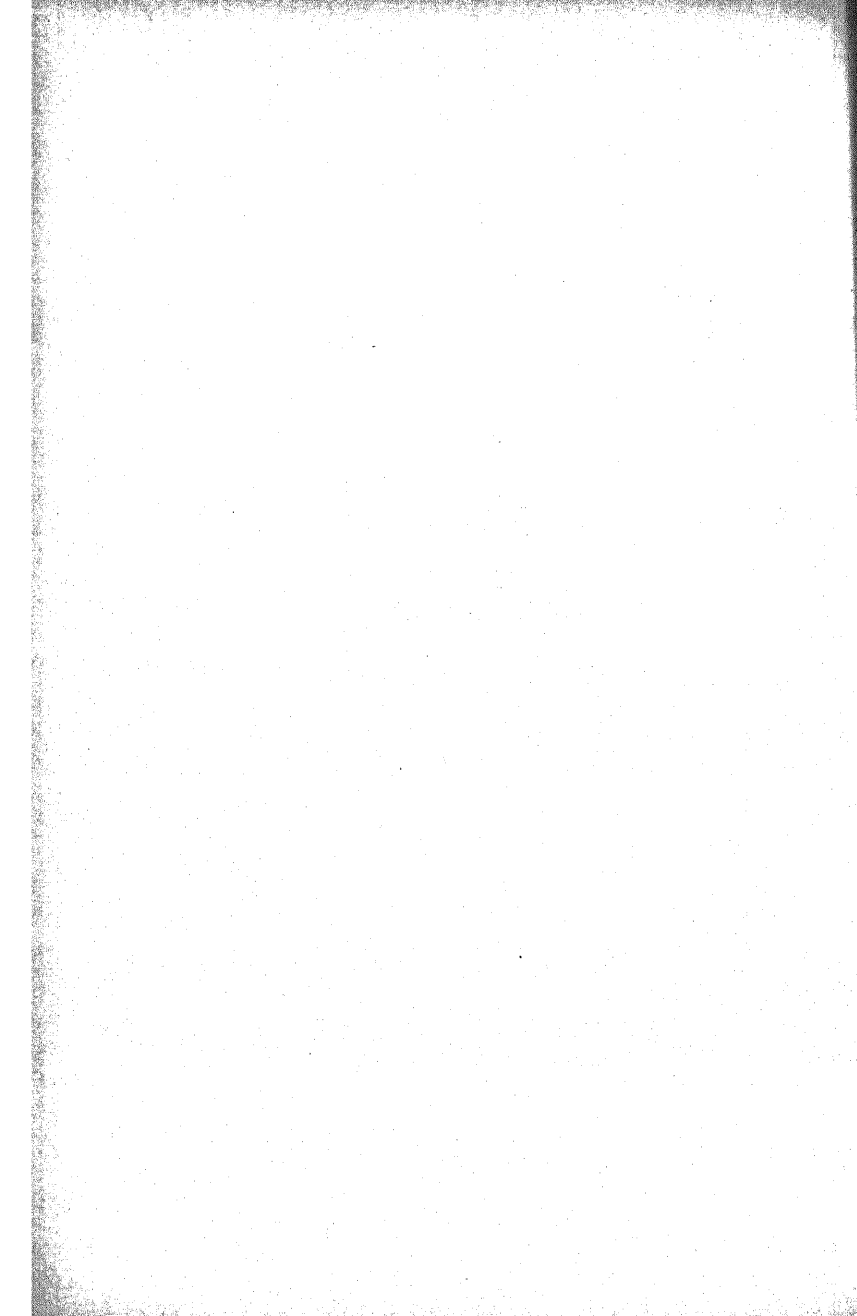
Pasan dos mozas lozanas,
de singular bizzarria;
bellas, alegres y sanas...

¡Sigue el himno de alegría
de las vibrantes campanas!

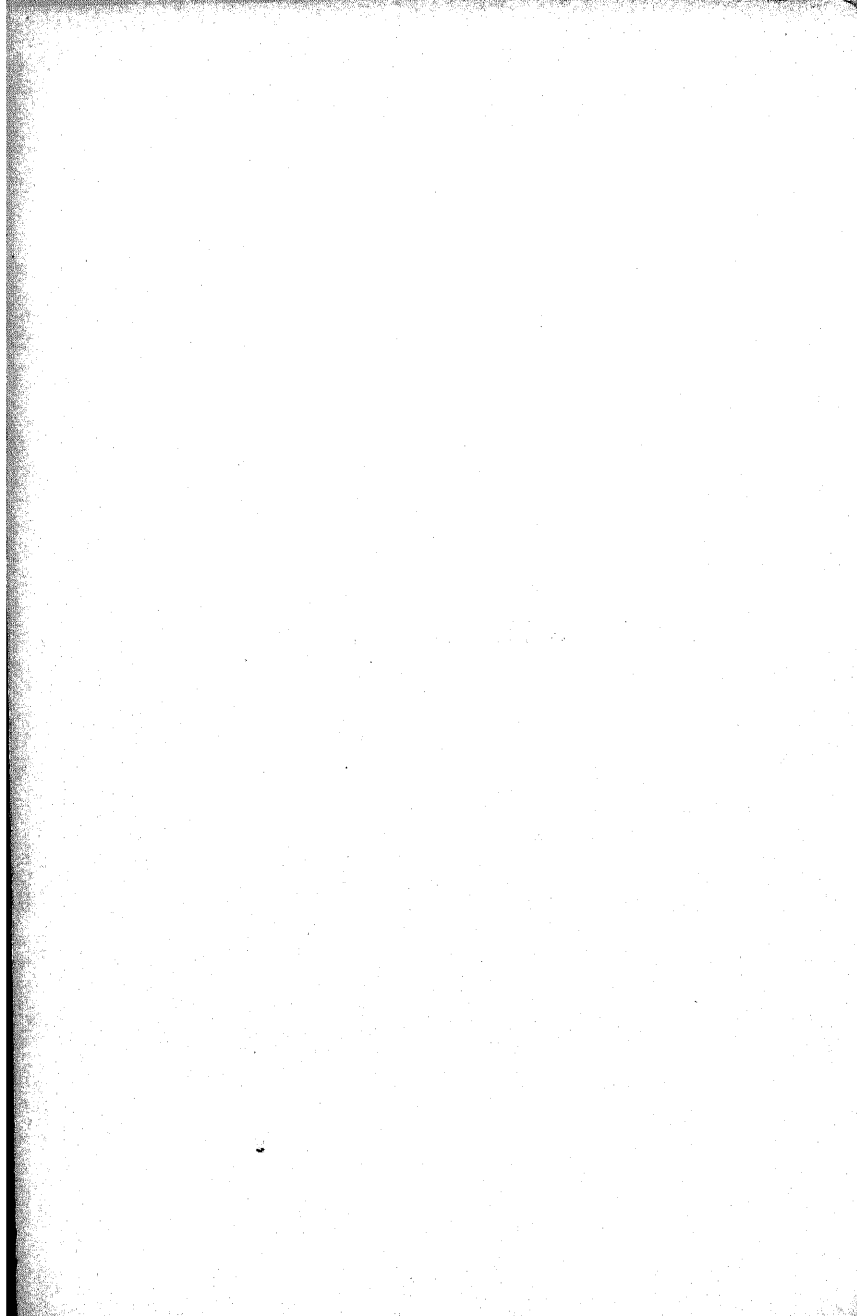
¡Oh, singular gallardía
de las mozas trujillanas!

¡Oh, luz, la que el sol envía!
¡Oh, gozo de las mañanas!
¡Oh, gloria del Mediodía!

¡Cantad, alegres campanas,
á las mujeres y al día!



IN MEMORIAM



LA PRIMERA VISITA

Por la pendiente
de una colina sube una senda,
tan levemente
para quien sube, que no se siente...
Junto á la senda mi niño yace.

¡Pobre alma mía!
Junto al camino, ¡donde tú duermes!,
¡ay! ¡cuán á gusto me dormiría!

Sobre aquel suelo
que te aprisiona, dejé unas flores,
¡ángel del cielo!
Toda la angustia, todo el anhelo
del alma toda te puse en ellas.

¡Pobre alma mía!
Junto á la senda, junto á mis flores,
¡ay! ¡para siempre me quedaría!

¡No, no te olvidó!
¿Cómo olvidarte, luz de la gloria?
Cielo perdido,
¿cómo borrarte de la memoria?
¡Flor de las flores! ¡Hijo del alma!
¡Pobre alma mía!
Bajo tu losa, contra tus restos,
sobre tus brazos,
¡ay, con qué ganas me enterraría!

¡BEATI POSSIDENTES!

Cuando era joven, y me embriagaba
con ilusiones de que hoy me río,
soñé ser dueño de grandes tierras...
¡Ya tengo un trozo de tierra mío!

Luego la vida, que enseña tanto,
calmó del todo mi desvarío,
mas no el cariño perdí á la tierra...
¡Y hoy tengo un trozo de tierra mío!

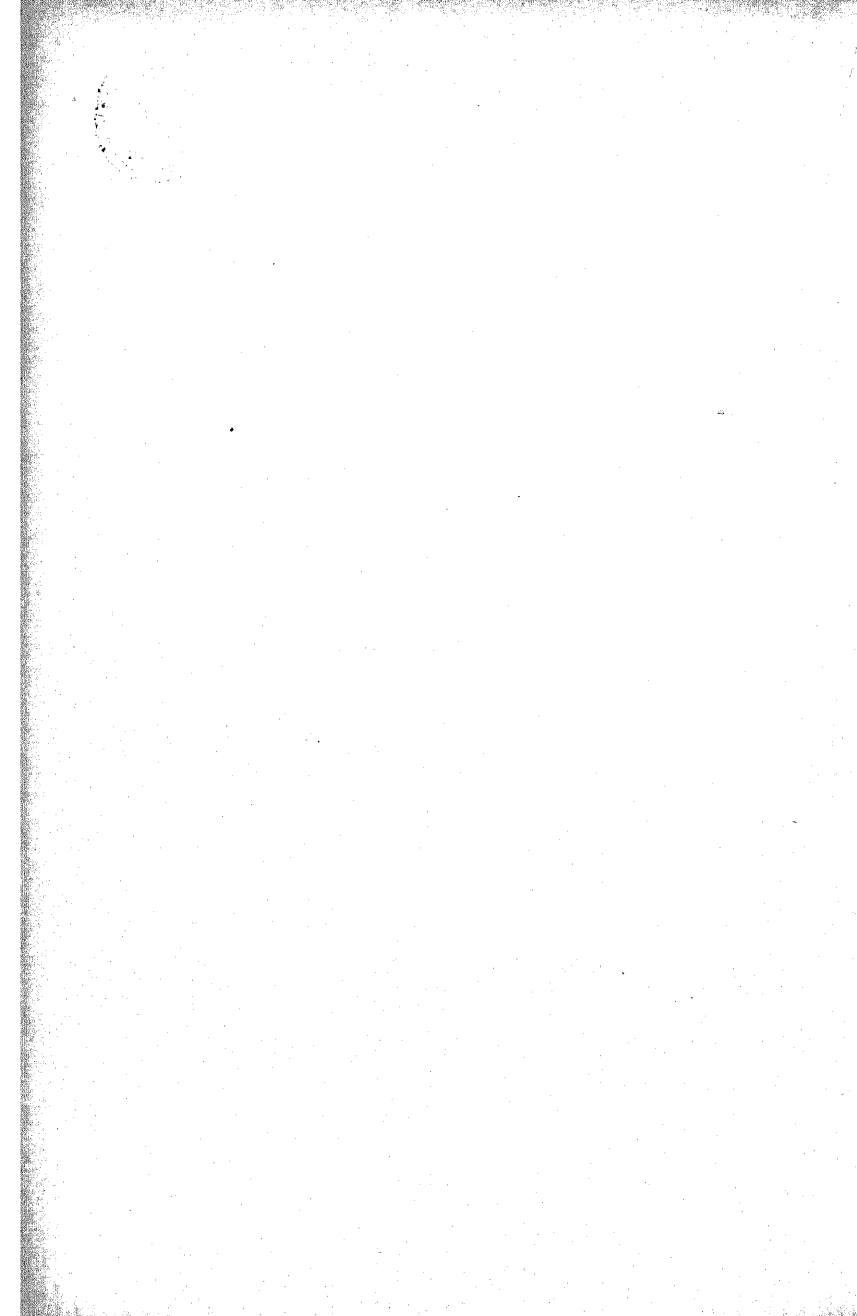
Mas ¡ay!, que el trozo de tierra ingrata,
al pie de un bajo ciprés, sombrío,
es el que llena la sepultura
donde enterraron al hijo mío!

Con él descansan todos mis sueños
de amor, de gloria, de poderío...
¡Y ante los cielos y ante los hombres,
aquel pedazo de tierra es mío!

TRAGEDIAS PARA REIR

*Sic visum Veneri, cui placet impares
Formas atque animos sub juga aeneae
Saevio mittere cum joco.*

(HORACIO: Oda xxxiii. Lib. I.)





UN POETA CLÁSICO

I

«No me halagues, oh brisa pasajera
que el grato aliento de las Ninfas eres.
No me halagues, oh campo florecido,
que cantas, con el gozo de tus rosas,
los himnos de tus plácidos amores.
No tú, pradera, que la madre Ceres
de riquezas colmara, y en que ondulan
como en olas de un mar, que riza el viento,
las espigas, tan altas y gentiles,
salpicadas con sangre de amapolas;
ante los rayos que en tu seno vierte,
—flechas doradas,—el divino Apolo.
No placen la blandura y el halago

de vuestros dulces, cándidos favores,
á quien con penas que enloquecen gime.
Celos que muerden, como llamas vivas
del fuego que devora, me combaten,
y se adueñan de mí. Lucha con ellos
mi amor, mi pobre amor, desesperado.
La infame Tisbe, la que fuera Musa
de mi amor, entre tantas elegida,
de mí se mofa sin piedad, y en brazos
de amantes nuevos pérfida sonríe.
La quiero aborrecer, y la perdono.
Me rinden, ¡ay de mí!, las tentaciones
de sus miradas, y la miel sabrosa,
—sabrosa y dulce cual la miel hiblea,—
que entre sus labios, al besarme, libo.
¡Oh Júpiter!, oh Dios omnipotente:
con tus rayos más vivos nos acaba.
Sucumbamos los dos, bajo la furia
de tu divina cólera. No quede
memoria de mi nombre, ni memoria
de su maldad, impúdica y funesta.
Mas, de tus rayos cuida, cuando lleguen
á su belleza sin igual; de modo
que no rompan, ni turben la armonía
de su cuerpo gentil, gentil estrofa
de un cántico de amores, que descubre
nuevo primor en cada rico verso.

Muerta, quede mi Tisbe tan hermosa
como alentó, para mi bien, un día.
Fuera profanación que marchitaras
la flor de su hermosura, flor de flores;
mucho más bella que la flor del loto,
mucho más blanca que la flor del nardo.»

II

UN POETA ROMÁNTICO

«Tuve yo el alma de mi madre, buena;
tuve yo el alma de la fe, creyente;
tuve yo un alma que luchó,—serena,
sin rendirse jamás,—con la corriente.

»Tuve yo un alma para el bien nacida,
tuve yo el alma del amor fecundo;
tuve yo un alma que adoró la Vida,
tuve yo un alma que gozó del mundo.

»¿Dónde las horas de letal hastío,
dónde las horas de infecunda calma,
cuando era mío, tan feliz, tan mío,
todo el aliento del amor del alma?

»Fuí, poco á poco, desmayando; tuve
miedo, por fin, á las horrendas luchas
que en hondas ansias del honor mantuve...;
—Tú lo sabes, Dios Santo, que me escuchas—;

»vi, que el mal que contagia corrompía
de pronto, y para siempre, mi existencia;
vi, ¡con espanto vi!, que se extinguía
la luz de la verdad en mi conciencia;

»vi mi ser, de improvviso, trastornado
por el dolor, que postra y que desgarras;
vi mi ser en la garra del pecado,
complacido en la cárcel de la garra...

»Pobre alma mía, noble y valerosa:
te lloro con las lágrimas que vierto.
Vivo para la vida mentirosa;
para la dicha y el honor he muerto.

»Muero en tinieblas, cómo luz que acaba;
vive mi sombra, que se mueve triste...
¡Mi ser, mi noble ser, el que alentaba
para el amor y la virtud, no existe..!

»Vive no más la forma..., la figura...,
la apariencia del hombre que vivía...;

¡y es mi cuerpo la pobre sepultura
del alma que murió... ¡Pobre alma mía!

»Una mujer, estúpida ó malvada,
la deshonró, la asesinó. Por ella,
vivo la vida estéril de la estrella
que va por los espacios apagada...

»Y en vano lucho contra el sino adverso;
por ella, por sus vicios condenado,
en las entrañas de mi ser perverso,
llevo el cadáver de mi ser honrado...»

III

UN POETA MODERNO

«Parque soberbio, florido.
Noche de luna, divina.
Suenan doliente gemido.
Pierrot maldice, vendido,
traiciones de Colombina.

»Breve alcoba, peregrina.
Tarde lenta, gris, llorona.
Suenan un beso.

Se adivina
que el pobre Pierrot perdona
traiciones de Colombina.

»Parque, de nuevo, que, en calma,
la luz de la luna hiere,

con claridad nacarina.
Un ¡ay! que brota del alma.
Pierrot, burlado, se muere...,
por culpas de Colombina;
por el dolor trastornado,
con el rostro descompuesto;
¡con un gesto
de dolor, desesperado!

»De ver su angustia, la gente
de los contornos se ríe.
En el agua transparente
de la taza de la fuente
la blanca luna sonrío...

»¡Pobre Pierrot, sin fortuna!
No insistas en la importuna
pretensión de ser amante,
contra la mofa constante
de los hombres y la luna.

»¡Mata más bien! ¡Asesina,
sin piedad, á Colombina!
¡Castiga al fin sus pecados!
¡No son otros los deberes
de los amantes honrados
con las infames mujeres!

»Ciertos sabios te hablarán
de calma, de redención;
¡de que es invencible imán
el imán de la pasión..!
Y al cabo te inducirán
contra el afán de tu afán,
al olvido y al perdón...

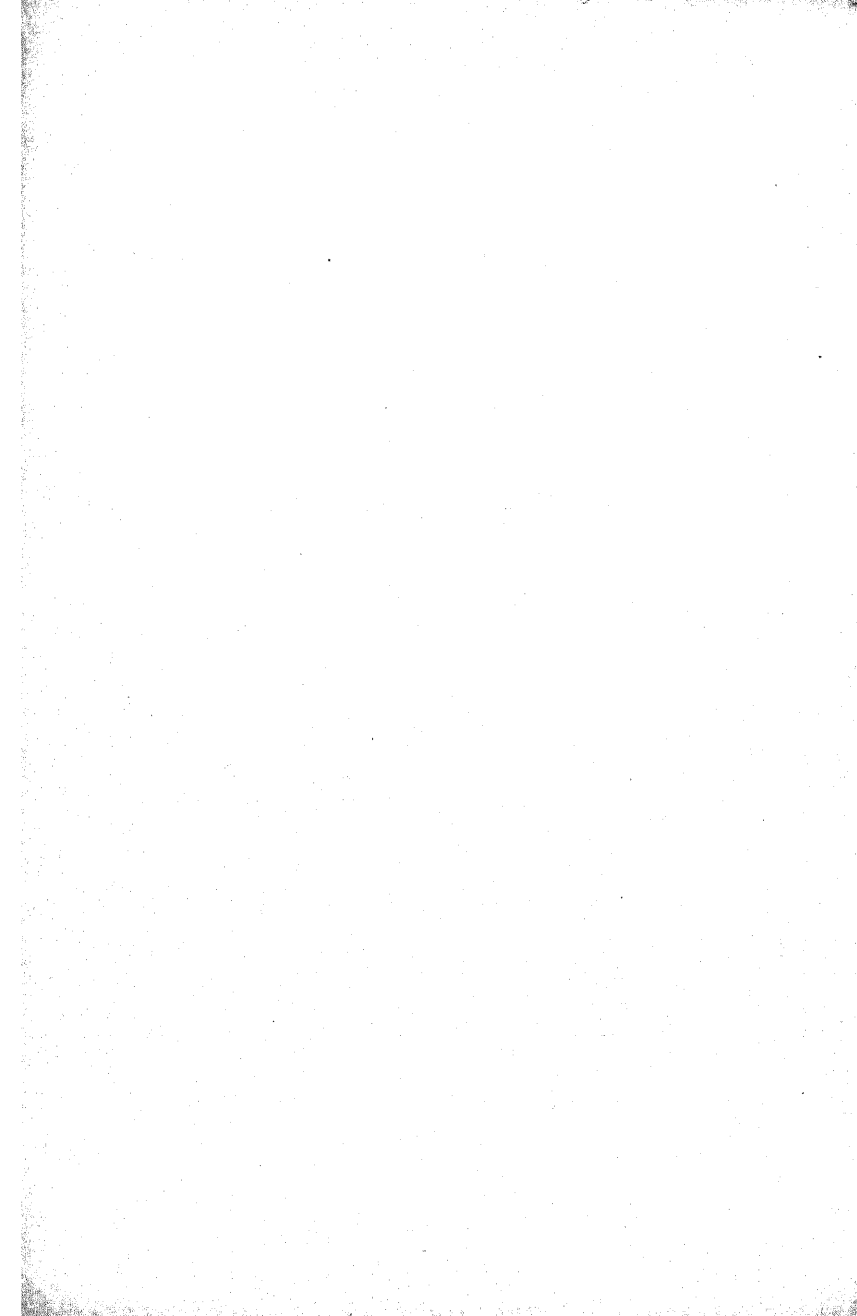
»Mas, oye bien: los doctores
que predicán esa vana
curación de tus dolores,
¡como á toque de campana!,
son los que van, en amores,
persiguiendo los favores
de toda mujer liviana
con bajos y torpes fines;
los de ayer, los de mañana,
los eternos Arlequines...

.
.
.

»Vano empeño me ilusiona.
Tal su encanto le fascina
que el pobre Pierrot perdona
nuevamente á Colombina.
¡No asesina,
por sus culpas, á la ingrata!

¡No la mata,
por su traición, á traición!
¡Vuelve á esperar y á sufrir!
¡Misterios del corazón!
¡¡Tragedias para reir!!»

LAS HORAS NEGRAS



LA COPLA LEJANA

...Ahi, per la via
o do non lunge il solitario canto
dell'artigian, che riede a tarda notte,
dopo i sollazzi, al suo povero ostello;
e fieramente mi si stringe il core
a pensar come tutto al mondo passa,
e quasi orma non lascia.

LEOPARDI: *La sera del di di festa.*

I

Anochece.

Las llanuras
castellanas
á mi vista
se dilatan,
hasta el límite lejano
donde acaban
confundidas con el cielo
que las cubre,
las cobija, las abarca...

...Las llanuras
castellanas,
silenciosas,
solitarias,
sin que apenas las alteren
unos árboles enanos,
unas casas,
unas cercas,
unas matas...

Anochece.
La penumbra,
triste y vaga,
va fundiendo los contornos
y borrando las distancias.

Nada suena.
¡Qué silencio!
¡Nadie pasa!

Las llanuras
se dilatan,
silenciosas...
misteriosas...
angustiosas...
solitarias...

Media luna
se destaca
sobre el cielo,
triste y blanca,
misteriosa y solitaria,
con blancura de sepulcro,
con sigilo de fantasma.

Por Oriente, se encendieron
unas vividas estrellas,
temblorosas y azuladas,
como luces
de unas lámparas fantásticas...

¡Nada suena!
¡Qué silencio!
¡Nadie pasa!

II

De improviso,
por el aire sosegado,
cruza, triste;
suena, clara,
melancólica, sentida,
solitaria,
una copla de querer

y de lágrimas,
muy llorosa,
muy lejana...

Es canción que va diciendo
melancólicas tristezas
y añoranzas;
el horrible desencanto
de la vida malograda;
las angustias
del amor sin esperanza...

Ah, canción de las llanuras
castellanas;
de las tétricas llanuras
solitarias,
semejantes
á las almas
que ya viven sin amores
ni esperanzas:
¡cómo sueñas,
triste y lánguida,
dolorosa,
fatigada!
¡Cómo suben á mis labios,
y á mis ojos,
mientras vibran en el aire
tus palabras,

—¡tus lamentos!,—
los suspiros y las lágrimas!

III

Es de noche.
Ya la copla
va sonando
más lejana; ¡qué lejana!
Vibra apenas
en la calma
de la tétrica llanura,
solitaria...

Todo acaba.

Ya en Poniente se extinguieron
las postreras llamaradas
de las luces de la tarde...

Todo muere.

Todo pasa.

Ya no escucho
las cadencias de la copla
que lloraba;
copla triste,
de querer y añoranzas.

Ya estoy solo,
como un alma
siempre en pena;
como espíritu que vaga
por los aires
de las tétricas llanuras
solitarias...

Todo pasa.

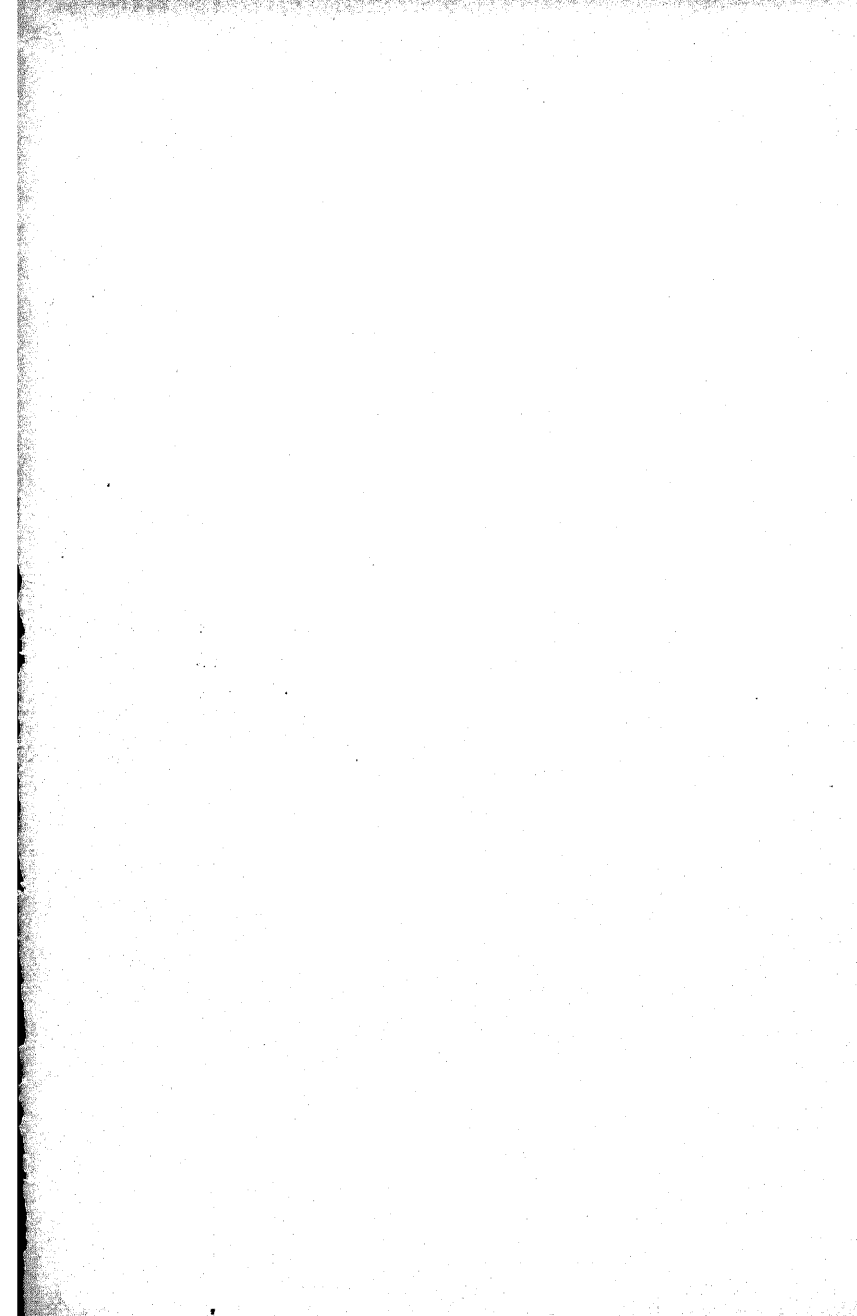
Todo muere.

Todo acaba.

Así fueron, y pasaron,
mis amores
y mis locas esperanzas...;
como coplas que se alejan,
como luces que se apagan...

Ah, terrible desencanto
de la vida: ¡cómo amargas!
Ah, descanso de la muerte
redentora: ¡cómo tardas!

LECTOR: ME PUEDES CREER. LA COMPOSICIÓN QUE SIGUE
FUÉ DICTADA EN HORAS DE INDECIBLE ANGUSTIA. OJALÁ
TUVIERA OTROS MÉRITOS COMO TIENE EL DE UNA ABSOLUTA
SINCERIDAD.



A ENRIQUE MESA

Gracias por su libro. ¡Qué hermosos!
¡Lleno de vibraciones, fragante, luminoso!

Para mi pobre espíritu, conturbado y en duelo,
ha sido como un bálsamo de amoroso consuelo.

Para mi pobre espíritu, que en la penumbra vaga
de un intenso desmayo siente cómo se apaga...,

—digan quienes comprendan esta angustia que siento—
si existe para un hombre más horrible tormento,—

ha sido como un rayo de radiante alegría,
una tan grande y honda sensación de poesía.

¡Oh libro, en el que todo es tan bello y humano,
el sentir muy sincero, y el decir tan galano;

orreado por aire fresco y puro de sierra,
y trasminando á olores silvestres de la tierra;

estremecido luego, con trágico temblor,
por largas convulsiones de un íntimo dolor;

libro de primavera, libro de juventud;
libro, ¡ay de mí!, ¡de amores!, y, ¡ay de mí!, ¡de salud!;

¡salud de cuerpo y alma, que es suprema ventura:
en el cuerpo firmeza y en el alma cordura!;

libro que en versos áureos alzas nobles idéas,
—flores en ricos búcaros,—amado siempre seas.

Al decir sus virtudes, al cantar sus primores,
pienso, á la vez, en todos mis benditos amores,

á los que doy, llorando, suprema despedida:
¡en la lucha, en la gloria!, ¡en la vida!.. ¡¡La vida!!

Fué para mí, un momento, cual para nadie grata.
Hoy con fieros rigores contra mí se desata,

y á la muerte me empuja. ¡Adiós, Enrique, adiós!
Dios le guarde, y en tanto... ¡¡que me perdone Dios!!

VOX CLAMANTIS

Apuré hasta las heces, Padre mío,
el cáliz, que me diste, de amargura.
Sufrí de las traiciones la impostura.
Llegué por las tristezas al hastío.

Sé, del Amor, el criminal desvío.
Sé, del Afán, las ansias que procura.
Sé, de la Gloria, lo que cuesta y dura.
Sé, del Dolor, por el dolor impío.

Danme tormento lúgubres idéas;
tormento que con males me retiene;
martirio, sin reposo, del Espanto.

Por él mis culpas redimidas véas.
Y expire ya, cuando Tu voz lo ordene.
¡Cúmplase en mí Tu voluntad, Dios Santol

LA OBSESIÓN DE LAS CAMPANAS

Estos males que me postran
ninguna tregua me dan,
y fingiéndome ilusiones
me angustian con nuevo mal.

Horas tras horas, escucho
un lejano repicar:
ilusión de mis sentidos
trastornados, nada más.

Por un triunfo, que no obtuve,
repican, sin descansar,
las campanas de las torres
de una lejana ciudad...

Donde están esas campanas
mi triunfo soñado está:
en mis locas fantasías;
¡en mis sueños!, ¡nada más!

Campanas, campanas locas,
de una ciudad idëal:
la de los triunfos soñados
que no logré conquistar;

campanas, campanas locas,
cesad un punto, ¡callad!
¡Duerman, con vuestros tañidos,
mis ilusiones, en paz!

Vida gozosa me dieron,
mas hoy, que muriendo van,
dejad que por fin acaben,
con que acabe mi pesar.

No broten, no, flores nuevas
en las ramas del rosal
de mis sueños. Por ser mías,
sin lograrse morirán...

Luego ved que es vano antojo
de una inconsciente maldad
que nazca lo que, por fuerza,
se tiene que malograr.

Dejad que por fin acaben,
con que concluya mi afán;
este afán de vida nueva
de una vida que se va...

Fueron razón de mi vida.
La muerte me aprestarán.
He de morirme sin ellas,
y libraré de mi mal.

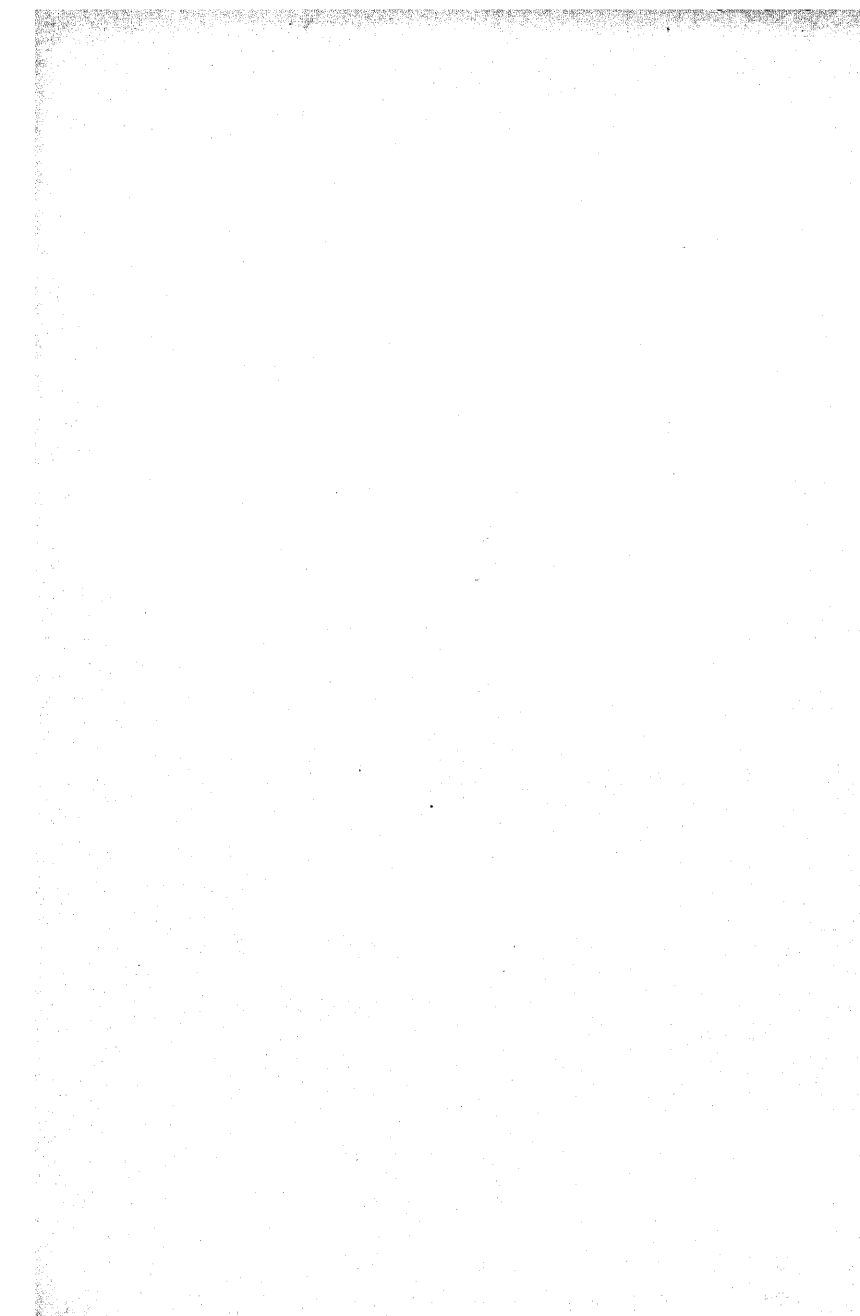
Campanas, campanas locas:
por última vez clamad,
y cese después, al punto,
vuestro vano repicar...

¡Campanas, las de mi sueños,
por mis ensueños doblad!
¡Dormid, ilusiones mías;
dormid, para siempre, en paz!

POEMAS RÚSTICOS

A mi hermano Rafael.

Montes de Tozo (Cáceres), Noviembre de 1907.



OTOÑAL

I

Desde el sol va cayendo una lluvia de oro.
El sol, tan rico en rayos, derrocha su tesoro,

como un *grande de España*, de los que fueron grandes
en los épicos días, en Italia y en Flandes...;

de los que conquistaron su fuero de grandeza
por el ánimo firme, por la brava nobleza;

no de los que tan sólo brillaran por el nombre,
con que oculta sus viles pequeñeces el hombre;

parcos en los deberes, vanos en los derechos;
con nombre por sus títulos, sin nombre por sus hechos.

Al sol, que ya se aleja del brumoso horizonte,
se tiende, ya despierto, desperezado, el monte;
el monte, que se prende, como una banda, un río;
—un monte velazqueño, con tapiz de rocío,
con largas ondas verdes, con anchuras de mar,
poblado por los árboles de un espeso encinar;—
el monte, como en oro, con tanta luz bañado;
todo el monte bruñido, todo el monte dorado,
que deslumbra, que ciega, con vivo tornasol;
todo lleno de chispas, todo lleno de sol.

II

Tal fué de ayer la ardiente, la espléndida jornada.
Hoy ya vino la niebla de la dulce otoñada;
una niebla con aire misterioso de bruma,
bajo la cual el monte se recata, se esfuma;
con sus nobles y hermosas amplitudes de mar,
poblado por los árboles del espeso encinar.
Un encinar austero, que se toca, y se viste
como de eterno luto, con su follaje triste;

su follaje profuso, tan deslustrado y serio,
que impone al campo todo su nota de misterio.

Cómo surge del monte, desgarrando la niebla,
el arbolado prieto que lo invade y lo puebla.

Cada tronco, rugoso, desigual y membrudo,
un soldado semeja de un ejército mudo

que avanza en la penumbra. Cada tronco de encina
me parece que corre con la suelta neblina;

velo de velos múltiples, que en silencio se cierra,
que los aires entolda, que amortaja la Tierra.

En la niebla difusa, dijérase que todo
se postra al fin, se funde..., con un amable modo.

No. Nada va, ni corre. Todo, más bien, se aquieta
en el hondo misterio de una calma completa;

bajo el influjo amigo de la atmósfera tibia,
que, por blanda y por leve, me tempera y alivia;

que acaricia y conforta, con dulce confortar,
mi frente, tan dolida del grave cavilar.

Oigo, de tarde en tarde, un aislado sonido:
cayó, sobre las hierbas, un fruto desprendido.

Después, al otro lado de la distante casa,
suenan, lejos, la música de un rebaño que pasa;

un rebaño de ovejas, lanzado por el frío
del monte castellano donde pasó el estío;

aterido rebaño, que ya, de noche, sueña
con que ha de darle abrigo su majada extremeña;

bien por los altibajos de tierra trujillana,
bien al Sur, donde suena la voz del Guadiana...

¡Oh música süave de la paz campesina,
que escucho recostado contra vetusta encina;

música del rebaño, cuanto lejana pura,
que escucho en esta noble, feraz Extremadura,

mientras pienso que suenan..., ¡que resonando están!
las sentidas tonadas de Gabriel y Galán!

¡Oh canciones gustosas en la mañana quieta!
¡Oh noble suelo, digno de su noble poeta!

III

Esta es la buena vida del campo, regalada;
preferida del justo, por los vates cantada;

vida sin sobresaltos, sin afanes, sin duelos;
á solas con las tierras, á solas con los cielos.

Tal su luz más amable, que si alumbra no abrasa.
Tal su música, música lentísima, que pasa,

como el aire tan sano del encinar bravío;
como el agua somera del Tozo, breve río

que va por este monte, tan humilde y discreto
que apenas va con agua, por correr en secreto....

Bien está que descanse, por triste y dolorida,
en esta paz del campo mi tormentosa vida.

Bien está que las penas que airadas me acometen,
con el quieto paisaje del Otoño se aquieten;

que guste yo la vida del vivir verdadero,
mientras hallo la calma del descanso que espero,

cuando al fin de la lucha que me rinde y aterra,
me recojan los brazos de mi madre la Tierra.

Unas horas mi espíritu logre al cabo reposo,
con estas venturanzas del sentir deleitoso.

Goce, mientras la Muerte de mi angustia se cuida,
¡goce en paz, un instante, de la paz de la Vidal

TONADAS DE PASTORES

I

CANCIÓN DE RABEL

Sale la luna llena
redonda y blanca.
Parece que es la luna,
y es una cara.
Sale la luna llena,
y al verla cantan,
cantan los pastorcillos
en sus majadas.

CON EL ARRABEL,
QUE SIN DÍN, QUE SIN DÓN;
QUE SI TÚ TIENES CABRAS,
CORRAL TENGO YO.

Parece que es la luna,
y es una cara;
la cara de una moza
risueña y blanca.
Toda la cara tiene
de luz bañada;
la rosa de los cielos,
rosa de plata.

QUE CON LA ARRABELILLA,
QUE SIN DÍN, QUE SIN DÓN;
QUE CON EL ARRABEL;
*que canto yo á la luna,
la del buen parecer.*

La cara de la luna,
risueña y blanca,
es la cara bonita
de la mi Juana.
La moza que yo quiero
tiene la cara
lo mismo que la luna,
de luz bañada.

QUE CON LA ARRABELILLA;
QUE SIN DÍN, QUE SIN DÓN;
QUE CON EL ARRABEL;

*que canto yo á mi moza,
la del buen parecer.*

QUE SIN DÍN, QUE SIN DÓN.
La moza que yo quiero
es una linda flor...
QUE SIN DÍN, QUE SIN DÍN;
QUE SIN DÓN, QUE SIN DÓN.
Y se muere de amores
por su pobre pastor.
La adora la mi madre,
tan buena como Dios.
¡Con mi madre y con ella
seré un Emperador!

¡QUE SIN DÍN, QUE SIN DÍN, QUE SIN DÍN;
QUE SIN DÓN, QUE SIN DÓN, QUE SIN DÓN!

II

COPLAS DE PANDERETA

Mi querer es moreno,
porque me matan
los ojos de una moza
morena clara.

*Los ojos negros
de mi zagala;
los ojos negros
que un tiempo me miraban.*

Se fué la mi morena
por esos campos;
se fué pa las montañas
con el rebaño.

*Si por el rido,
si por La Vera;
si por el rido
se fué la mi morena.*

La vide con las cabras
campo adelante,
revolviendo los ojos
pa consolarme.

*Sus ojos negros,
sus grandes ojos;
sus ojos negros,
que son tan cariñosos.*

Sin ella, que me falta,
me falta el aire;
que no tengo ni gusto
pa levantarme.

*Sin mi morena,
morena clara;
sin mi morena,
no sirvo ya pa nada.*

Volverá con Noviembre;
¡malditas sean
las calores malditas
que se la llevan!

*Si por el rido,
si por La Vera;
si por el rido
se fué la mi morena.*

En un rayo, á la luna
le doy un beso,
pa que con otro rayo
lo dé á mi cielo...

*Lo dé á mi Rosa,
por esos campos;
lo dé á mi Rosa,
que va con su rebaño...*

.
.

III

EL AMOR DE LA LUMBRE

Dame calor, que me encienda,
lumbre de buenas taramas,
en el centro del mi chozo,
chozo de la mi majada.
Dame calor, para el cuerpo;
dame calor, para el alma;
ve que los dos se me entumen;
ve que los dos se me acaban.
Afuera el aire, de frío,
como que corta la cara;
ni se ve cuasi, que todo
con la niebla se amortaja;
niebla terrera, que al suelo
como con uñas se agarra.
Ya va muriendo la tarde,
ya viene la noche mala,
con que los mis sustos crecen
y las mis penas se agrandan;
que estoy más solo en el mundo
que una estrella solitaria.

Murióse el mi padre viejo,
coronadito de canas;

murió después la mi madre
como se mueren las santas.
Ni buen hermano me dieron,
ni arrimo de buena hermana,
ni vieron que la mi Carmen
con buen querer me mirara.
La mi Carmen no me quiere,
que no quiere quien me engaña.
¡Quién hubiera de decirlo,
con aquella linda cara,
con aquel cuerpo tan guapo,
con aquellas manos blancas..!
Parece la propia Virgen,
y está como endemoniada.

Ya va muriendo la tarde,
ya viene la noche mala.
Unas con otras se hacinan
las ovejas y las cabras,
con la calor que se prestan
durmiéndose consoladas.
Y en tanto, la niebla cunde;
y en tanto, la niebla baja;
y en rededor, por el cielo
y en la tierra, todo calla,
talmente que algunos ratos
me asustan las mis palabras.

Mira que me estoy muriendo,
que las piernas se me traban;
que me puede tanto frío,
por el cuerpo y en el alma.
Dame calor, que me encienda;
dame calor, con tus brasas.
Dame amor, amor de lumbre,
lumbre de buenas taramas,
en el centro del mi chozo,
chozo de la mi majada.

LA SANTA PAZ

Quiero, como Baltasar
de Alcázar, en cierto día,
darte cuenta regular
de mis horas, dueña mía;
hoy que, huyendo el torbellino
del mal vivir cortesano,
vivo el vivir campesino,
por más honesto y más sano.

Tengo mi casa en el monte,
y en cuanto la vista abarca
es límite el horizonte
de bella y fértil comarca,
pues mi suerte, al fin risueña,

me trajo, por mi ventura,
á la parte cacereña
de la gran Extremadura.
Mirando hacia el Mediodía,
pronto distingo, á la luz
que un pródigo sol envía,
la Sierra de Santa Cruz.
Mucho más cerca, y al pie
de su maltrecho castillo,
sin gran esfuerzo se ve
cómo se encumbra Trujillo;
cuál á la siniestra nube,
ó al claro sol, desafía
la que sobre el muro sube
torre de Santa María.
Hacia-naciente y poniente
sierras van de recio porte;
la cumbre de una pendiente
fija á mis ojos el Norte.
Y en tierras circunvecinas,
me guardan, pues me rodean,
encinas y más encinas,
que débilmente verdean,
y que ya, con la otoñada,
rinden al suelo tributo,
sobre la hierba mojada
dejando llover su fruto.

Con ello, de cuando en cuando,
bien mi atención se disträe:
sintiendo el sonido blando
del breve fruto que cäe.

Dos ríos cruzan el monte;
uno bien rapaz: el *Toxo*;
otro mayor: el *Almonte*,
más arriscado y más mozo.
El uno del otro en pos,
van corriendo monte abajo,
hasta que, juntos los dos,
y el Magasca, van al Tajo;
tal como el Tajo, después
de tanto y tanto rodar
por el suelo portugués,
rinde sus aguas al mar.
Diga su historia, publique
dónde van los poderíos...
Aquí de Jorge Manrique:
Nuestras vidas son los ríos...

Si en tan grato apartamiento
del mundo vivo dichoso,
dívalo bien mi contento,
que nace de su reposo;
lejos de gárrula turba,

lejos de vil sociedad,
y en donde nadie perturba
mi apacible soledad.
Bástanme, para consuelo
delicioso de mis males,
con las que me brinda el Cielo
perspectivas otoñales;
bien cuando el sol, ante el mundo,
tiende *su guedeja rubia*;
bien cuando al suelo fecundo
llega, templada, la lluvia;
no del tiempo fosco y malo;
la lluvia que el suelo espera
si ha de lograr el regalo
de la rica sementera.

Sin sentir, ayer me estuve
viendo, en campo de arrebol,
luchar con cargada nube
la luz inquieta del sol.
Ya al sol la nube rompiendo
como con flechas doradas;
bien á la nube, moviendo
sus nieblas enmarañadas;
hasta que al fin el nublado
lloviendo se dispó,
y el buen Febo, despejado,

dueño del campo quedó.
Con que mejor lo pasé,
viendo tan bizarra lid,
que escuchando en el Café
las disputas de Madrid.

Aquí no llegan las voces
del mentidero político;
ni las del *bravo*, feroces,
ni las agudas del crítico...,
ni la cara torpe ves
del amigo cortesano,
tan pulido, tan cortés...
y á las veces tan villano.
Las guardesas campechanas
y los rústicos pastores
ni privan por casquivanas
ni medran con ser traidores.
No amarga, pues, la traición
con que dañaron mi vida
la calmosa digestión
de la sabrosa comida.
Que es bien sabrosa, ¡pardiez!,
y es delicia singular
del olfato, y á la vez
delicia del paladar.
Con carne, caliente y buena,

bien limpia y aderezada;
por la tarde y en la cena
con sano mosto regada.
Son de ver, en blanca fuente
que por blanca y pulcra brilla,
cuándo el lomo bien oliente,
cuándo la grasa morcilla,
cuándo el borrego partido,
cuándo la entera perdiz;
todo en sazón, prevenido
por un acierto feliz.
Y es el mosto de gustar
en vasos hondos y netos;
amigo del buen hablar
y enemigo de secretos.

Ni logran el vil tramposo
y el sagaz embaucador,
romper el «almo reposo»
del sueño reparador.
Y has de verme, satisfecho,
con los ojos entornados,
cuando me rindo en el lecho
sin afanes ni cuidados;
en el silencio profundo
del quieto campo vecino;
lejos, al cabo, del mundo

mentiroso y asesino.
Después del sereno día,
y en noche tan sosegada,
la suerte no trocaría,
de mi descanso, por nada.

¡Cuáles ventajas consigo!
¡Cuál aliento! ¡Cuál me ensancho!
¡Ah Sancho Panza, mi amigo!
¡Te adoro! ¡Me siento Sancho!
¡Qué vida tan deliciosa
la vida llana y serena!
¡Qué buena cosa, la prosa
de la vida... cuando es buena!
Con esto acabo por hoy.
Más no cuento, ni describo.
Bien sabes ya lo que soy,
pues que sabes cómo vivo;
pues que, como Baltasar
de Alcázar, en cierto día,
la copia te vine á dar
de mi vida, dueña mía;
la que debieran los cielos
darnos, por fin, á los dos:
sin penas y sin recelos,
¡y en paz y en gracia de Dios!

EN UN RIBERO DEL TOZO

Pobre *Tozo*, pobre río,
que de monte vas en monte,
hasta dar en la corriente
del *Almonte*;

breve río, que por lecho
donde corras tienes breñas,
por las cuales te desgarras
y despeñas;

que al correr por un barranco,
triste asomas, triste pasas,
con tus aguas tan someras,
tan escasas;

y que allá, por el verano,
cauce muestras tan sediento,
que resecan y que abrasan
sol y viento:

por tu suerte miserable,
que es tu suerte y es la mía,
pronto siento dolorosa
simpatía.

Fueras grande, pobre *Toxo*,
y á tu gusto bien corrieras:
á tus anchas, dilatando
tus riberas;

como van por esos mundos
los magníficos señores
tan colmados por la suerte
de favores;

mientras ven que los humildes,
como yo, viviendo vamos
por honduras, en que el alma
desgarramos.

¡Los humildes, sometidos
á humildad, en larga pena,
sin que nadie nos alivie
la condenal

Pobre *Τοχο*, que me escuchas:
inflexibles y siniestros,
tus destinos son iguales
á los nuestros.

Ni el consuelo nos permiten,
pues tan débiles nacimos,
y penamos en la sombra,
sin arrimos,

de esperar que el Hado ciego
se nos torne complaciente...
serenando nuestros males,
de repente;

ni el consuelo de sentirnos
una vez,—¡nos bastaría!,—
con el alma de los fuertes:
¡la energía!

tú asolando con tus aguas;
yo luchando sin reposo,
contra el mundo que me ofende,
poderoso.

¡Cuál me exaltan, aun mentidos,
los desquites justicieros!
¡Pues los tuyos, asaltando
tus riberos!

¡Cuán feliz entonces fueral
¡Yo temido, pobre *Τοζο!*
¡Cuáles fueran los transportes
de mi gozo!

Mas, soñamos. No es posible
que los débiles medremos.
¡No soñemos, pobre *Τοζο!*
¡¡No soñemos!!

CAMPO SOLEMNE

A Luis Brun.

Campo que apenas profanan los pasos del hombre;
próvido campo, distante de pueblos y aldeas,
campo solemne, de montes poblados de encinas:
cuán á mi gusto requiero tu noble compañía,
cuán á mi gusto me siento yacer en tus brazos.

Campo solemne, radiante mañana serena:
¡salvel La tierra y el cielo magnífico: ¡salvel

Todo parece dormir en dulcísima calma;
todo parece tocado del sumo reposo;
todo parece suspenso por obra de encanto:
cielos azules, que el sol con sus rayos esmalta;
plácidos aires, que infunden suprema delicia;
luengas quebradas, que el sol brillantísimo dora;
tétricos árboles rígidos; hierbas inmóviles;

ondas en charcas, de tonos metálicos; ondas
quietas y azules: pedazos de rotos espejos...

Nada se mueve. No empañan la gloria del día
nubes errantes, ni vagos cendales de bruma.
Brilla, sin mancha, la azul claridad de los cielos
—toda bañada de sol— ¡con azul de turquesa!

Grave preside la fiesta del campo solemne
un deleitoso, profundo y amigo silencio,
no conmovido siquiera por leves murmullos.
¡Oh, la inefable quietud de los plácidos aires!
¡Oh, la adorable quietud de las tierras tendidas!
¡Oh, cuán amable, piadoso, divino silencio,
sumo regalo de Dios á las almas que sufren!

Rasgan, de pronto, las ondas dormidas del aire;
vibran, de pronto, solemnes, lejanos, lejanos...,
sones diversos de muchas y muchas esquilas.
Llegan, rasgando las ondas del aire sereno;
llegan, turbando la paz de la tibia mañana.
Van desgranando sus notas... Y van acercándose,
lentos, solemnes...

Anuncian un grande rebaño.

Ya por el monte diviso las reses que avanzan,
lentas, lentísimas; cuándo, por gratas penumbras;
cuándo, bruñidas á fuego, del sol que las dora.

Cubren los claros que dejan las graves encinas.

Es un rebaño que forman á cientos las vacas;
vacas hermosas, vestidas de pelo brillante,
finas de remos, robustas, de nobles testuces.
Lindos terneros las siguen, con ágiles saltos.
Velan, por todas, leonados y fieros mastines.
Marchan con todos morenos y fuertes pastores.

Vienen siguiendo la «cuerda» que cruza la finca.
Van á los campos, al Sur, donde apenas el frío
deja sentir en Enero sus grandes rigores.
Van á las vegas, al Sur, donde el campo fecundo
libre se mira de nieves y crudas escarchas.

Silba un pastor. Y repite su largo silbido.

Todo el enorme rebaño se pára de pronto.

Ved á las vacas,—vestidas de pelo brillante,
finas de remos, hermosas, de nobles testuces,—
ved cómo gustan del breve, sabroso descanso.
Cuál, en las ondas azules de aquel regatillo
calma la sed que secara sus trémulas fauces;
cuál, á las ramas del árbol, y al fruto que brindan,
alza, con bella postura, la armada cabeza,
breve tumulto de ramas hojosas moviendo;

cuál, que el regalo del pródigo suelo prefiere,
muere, con ansia, rompiendo sus húmedas hierbas;
cuál, vanidosa, con aire de reto se planta;
cuál, por el campo la vista curiosa revuelve;
cuál, avispada, batiendo sus lomos, sacude,
látigo vivo, de cabo revuelto, su cola.

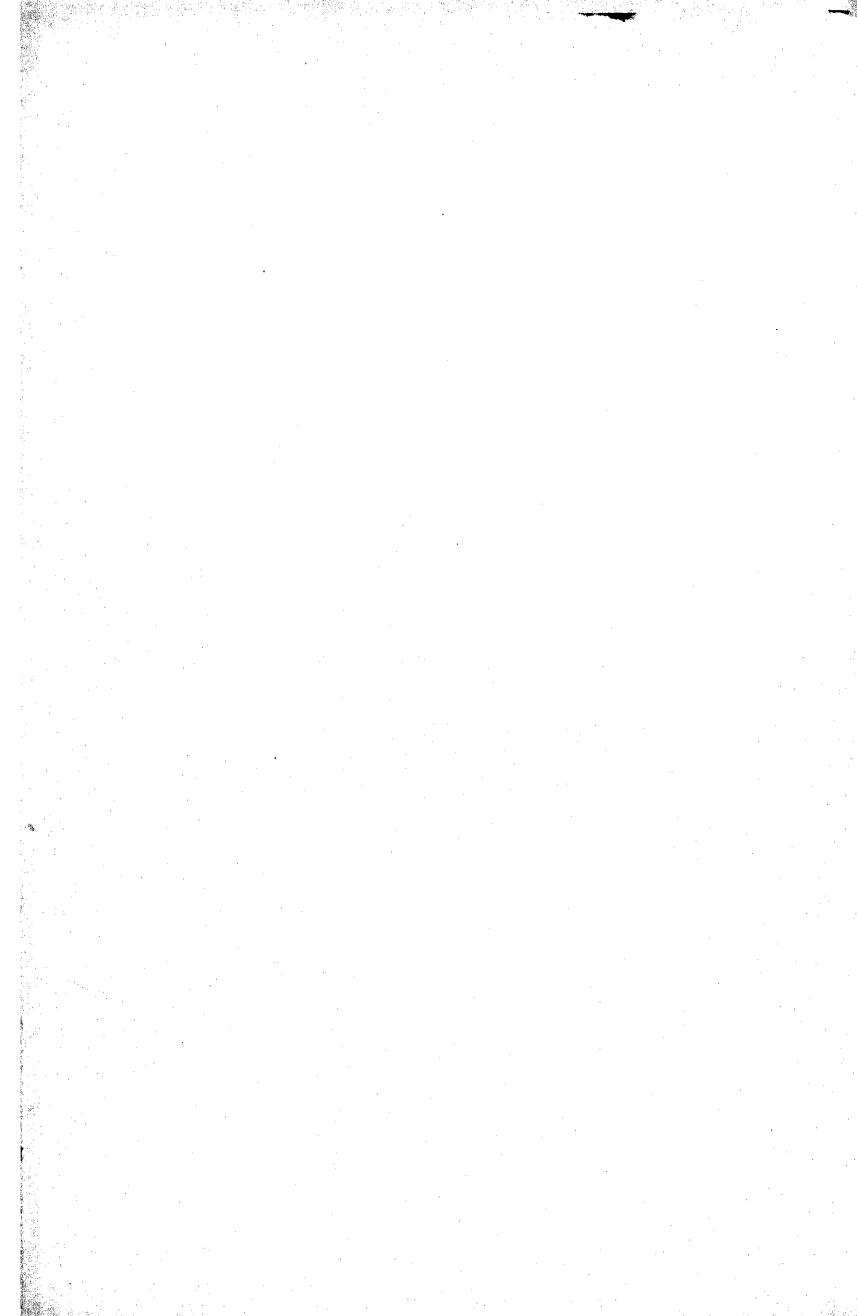
Ved, entre tanto, saltar á los lindos terneros.
Ved, entre tanto, correr á los fieros mastines.
Ved, entre tanto, comer á los recios pastores.

Paz infinita del cielo radiante descende.

Ora parece que el monte, poblado de encinas,
late con hondos, y firmes, y sanos latidos.

¡Oh, la solemne visión de la vida del campo!
¡Oh, la solemne visión de la vida robusta,
sana y alegre; la vida que el sol alimenta!
Vida, salud, alegría del campo y del hombre:
¡salve! Serena, celeste, radiante mañana:
¡salve! La tierra, y el cielo magnífico: ¡¡salve!!

NUEVOS CANTOS



¡ANCHA CASTILLA!

Al Excmo. Sr. Conde de Casa Segovia.

Esta es la grande tierra de nobles,
la de las hondas é intensas calmas;
de los espíritus como los robles,
y de los cuerpos como las almas.
La de las vastas, ricas llanuras,
en donde el campo cual oro brilla,
ricas en campos, y en aventuras...;
ancha Castilla.

«¡Ancha Castilla!», dicen las gentes,
con que se alientan los corazones
en las andanzas de los valientes,
y se destierran cavilaciones.
¡Hermosa frase! Por siempre vibres;
tú, que demandas pechos magnánimos,
y en hombres fuertes las manos libres,
libres los ánimos.

«¡Ancha Castilla!», firmes gritaban
los castellanos, en tiempos grandes,
bien por la Europa que conquistaban;
bien por las cumbres, sobre los Andes.
«¡Ancha Castilla!», si desesperan,
por sus montañas y por sus llanos
á todas horas decir debieran
los castellanos.

¡Oh tierras llanas! Ante mis ojos
rizan los trigos sus densas olas,
que ya salpican, de puntos rojos,
como de sangre, las amapolas.
El cielo guarde vuestros graneros,
con vuestras gentes, nobles y sanas;
con vuestros campos, graves y austeros,
¡oh tierras llanas!

Vivo en vosotras amable vida.
Mañana y tarde, feliz paseo
por una parda senda florida.
Descanso á veces, y á veces leo,
libros de puros, hondos encantos.
Porque me sepa todo á Castilla,
estos mis libros, de hermosos cantos,
son de Zorrilla.

Lejos columbro, como entre sueños,
en lontananza, distantes sierras.
Hasta sus lindes, tienden risueños
sus altos trigos las grandes tierras.
Sus trigos altos, de trazas finas,
que al aire ondulan, en largas ondas;
los que ya aguardan en las vecinas
eras redondas.

La villa miro que el campo abraza
junto al arroyo, que apenas corre.
En el lindero de estrecha plaza
clava la iglesia su vieja torre.
Como á su amparo, casas medrosas
suben, á rastras, pobres pendientes...
En ellas viven, siempre afanosas,
las pobres gentes...

Esta es Castilla, que tiene iguales
cien y cien pueblos, como el que miro,
y otros, á miles, rubios trigales,
cual los que alegran este retiro.
La de silentes villas famosas;
la de castizas urbes ancianas;
nobles dos veces: por generosas
y castellanas.

Esta es Castilla; por quien lucharon
tanto magnate, tanto pechero,
cuyas hazañas se eternizaron
en las hazañas del *Romancero*.
Esta es Castilla; de sabias leyes,
de viejos usos, de idioma padre;
madre de pueblos, madre de Reyes;
¡Castilla, Madre!

¡Madre de España! ¡Por los alientos
de su indomable raza bravía!
Si España tiene firmes cimientos,
los debe todos á su energía.
¡Raza de sobrios trabajadores,
que el suelo ingrato vuelven fecundo!
¡Raza de bravos conquistadores,
pasma del mundo!

Cuando su enseña plantó en Granada,
su pueblo altivo dejó sus lares,
rezó sus preces, ciñó su espada
y en loca empresa cruzó los mares.
¡Mares ignotos..! Cantó victoria,
y en su delirio de nuevo ambiente
no quiso menos para su gloria
que un Continente.

Y abrió á los hombres nuevos caminos,
engrandeciendo sus aventuras.
Y dió á su Patria nuevos destinos,
con la grandeza de sus locuras.
—Por algo en próximo, sublime día,
la parca tierra, de parco brote,
tierra de Sancho, ¡Patria sería
de *Don Quijote!*—

Del otro lado del mar de Atlante,
venciendo fastos de Grecia y Roma,
su sangre rica vertió abundante;
llevó sus hijos, llevó su idioma;
llevó su espíritu, que difundía
sus resplandores de sol romántico;
¡sol en Poniente... que todavía
dora su Atlánticol

Madre, no sufras; ni á la flaqueza
del desaliento postres tus bríos,
hoy que te dañan, en tu tristeza,
viejos rencores, nuevos desvíos;
en tanto el Cielo permita y mande
que al fin renueves magnas historias,
tú, que en tus duelos eres tan grande
como en tus glorias.

En tanto dure tu raza fuerte,
y en tanto sienta fiebre de audacias,
nunca suspires porque la suerte
sobre tus hijos llueva desgracias.
¡Recobra el ánimo! ¡Fuera temores!
¿Quién, si lo afrontas, quién te mancilla?
¡Madre, no sufras! ¡Madre, no llores!
¡¡Ancha Castilla!!

CREPÚSCULO

En el puerto de Málaga, y en magnífica tarde.
Ya tramonta las cumbres de la sierra vecina
rojo sol... Y ya el agua de la mar, en el puerto,
va brillando con dulce claridad opalina;

como el agua somera de los grises estanques
en jardines de ensueño; con un tono muy vago,
muy difuso, muy leve; con la limpia tersura
de un espejo; serena, como el agua de un lago...

Se respira, por obra del ambiente propicio,
la inefable poesía de las cosas lejanas...
Por los aires, y al soplo de sus ondas, escucho
cristalinos repiques de distantes campanas...

En dos breves y airosos cañoneros, salvados
de campañas sin glorias, las banderas arrían,
al clamor de cornetas resonantes; ¡cornetas
que á la tarde que muere sus clamores confían!

Un vapor de emigrantes ha zarpado. Percibo
las canciones lejanas, y los gritos distantes
de su mísera gente. Por el cielo se alejan,
á bandadas, los pájaros desvalidos y errantes...

La *Farola*, que al cabo de los muelles rutila
cuando llegan las noches, luce ya. La aureola
de sus rayos la cerca. Llueve luz, sobre el agua;
llueve luz en silencio, sobre el mar, la *Farola*...

Ya las sombras dominan. En el lago del puerto,
ya sus luces los barcos soñolientos reflejan.
Por el mar, unos hombres infelices emigran...
Por el aire, los pájaros desvalidos se alejan...

Y en la paz del ambiente, que en el pecho me infunde
un sentir melancólico, por la muerte del día,
cunde y vaga, lo mismo que un aroma de ensueño,
yo no sé qué tristeza, yo no sé qué poesía...

LAS BARCAS CIEGAS

(Playa de *El Palo*, Málaga.)

La mar extendía
sus aguas, risueña...;
la mar dilataba
sus ondas, espléndida...;
copiando en sus aguas,
serenas,
las luces de un cielo
color de turquesa.

Tendiendo á los soplos
del aire sus velas;
cortando las ondas,
rizadas apenas;
dejando en las aguas,

celestes y trémulas,
sus leves
y limpias estelas,
cruzaban
las aguas costeras
las tímidas
barcas de pesca.

La tarde, calmosa,
dejaba
correr en silencio
sus horas tranquilas
y lentas.
El cielo brillaba
con una
sutil transparencia.
La mar reflejaba
su luz, con el tono
de toda
celeste pureza.
¡La mar, tan celeste,
y el cielo
color de turquesa!

De pronto,
llegóse callada,
sutil y ligera,

rozando las ondas,
la cárdena niebla...
Llegó de improviso,
batiendo en los aires
sus alas abiertas;
llegó, desplegando
sus velos de sombras
funestas;
llegó desde el fondo
del mar, asaltando
de pronto la tierra.

Cundieron las sombras,
y en ellas
quedaron las barcas
envueltas.
Y al verse, de pronto,
sin sol, bajo bruma
tan densa...
¡las tímidas barcas
quedáronse ciegas!

Cayeron, sin aire,
sus velas;
de nuevo
probaron sus hombres
el ansia

mortal de la espera;
y el mar silencioso
sintióse invadido
por una infinita
tristeza...

Ni el eco más leve
de voces humanas
llegaba á la costa,
rasgando la niebla.
Ni un leve
contorno, siquiera,
mostraba, rompiendo
la bruma,
¡tan hondal, ¡tan densal,
la pobre,
la vaga,
la incierta,
la triste figura
de un barco de pesca.

Las barcas seguían
en sombras fatales
envueltas;
tan tristes,
tan quietas;
á solas

y á ciegas...
Y todo en silencio
sufría,
del ansia
mortal de la espera:
medrosas, las aguas;
callada, la tierra;
difusa,
pesada, la niebla...
Y todo en silencio
seguía,
sintiendo la angustia
suprema
de un mundo invadido
por una infinita
tristeza...

De pronto,
la brisa risueña
tornó, desgarrando
la niebla...;
de pronto, la bruma,
tan densa,
rasgó sus entrañas
perversas.
Y allá, por los claros
que á veces dejaban

sus sombras,
—vencidas, rasgadas,
abiertas,—
las aguas de nuevo
brillaron,
celestes y trémulas;
las aguas
del mar silencioso,
de chispas ardientes
cubiertas;
las aguas vestidas
de sol, con los rayos
que el velo de sombras
rompieran...

Y allá resurgieron,
hinchando
sus lánguidas velas;
rasgando, gozosas,
el fondo
letal de la niebla;
volviendo á la vida
y al sol que la alegra,
las barcas errantes,
las tímidas ciegas...
¡las tímidas
barcas de pescal



Rasgada,
deshecha,
vencida
de pronto la niebla,
brillaron
con más esplendores,
con más alegría,
la mar, tan celeste,
y el cielo
color de turquesa;
¡que el gozo es más grande
después de pasada
la pena!

Brillaron
con luces intensas.
Las barcas
hincharon sus velas,
ganosas
de nuevas
lucidas
empresas.
Temblaron, temblaron,
tendiendo
sus alas abiertas...
Y el gozo infinito
del sol, que la bruma

rompiera;
el gozo radiante
del sol, arrollando
las sombras funestas;
barriendo neblinas,
borrando tristezas;
—¡el gozo supremo
del fuerte, del grande,
que al débil
conforta y alienta,—
pasó por las aguas
celestes y trémulas;
pasó por la costa;
¡pasó, como un soplo
de amor, por la Tierra!

MELODÍA

A Pepe Cabas Quiles.

Noche clara y serena. Rico y bello jardín.
Tras los árboles quietos, con quietud ideal;
por el aire templado, con olor á jazmín,
van sonando las notas de una voz celestial;
dulce voz, cristalina, de un encanto sin fin,
con promesas y acentos de otro mundo mejor.
Es la voz adorable de un celeste violín,
que difunde las notas de un *nocturno* de amor...

¡Oh violín prodigioso! ¿Quién lo anima? No sé
Tras los árboles quietos, tras las matas en flor,
ni la sombra más leve, de persona, se ve.
Pero el canto prosigue, sin cesar, sin cesar;
sentidísimo canto de un *nocturno* de amor;
mientras lejos, muy lejos, por el lado del mar,
va apuntando la luna, con un leve fulgor...

En la noche serena, de inefable quietud;
en la vaga penumbra del amable jardín;
por el aire templado, con olor á jazmín,
que es aroma de amores en feliz juventud;
cuando todo reposa, como en grato sopor:
una fuente que apaga su medroso rumor,
los altísimos árboles, los jazmines en flor
salpicados de flores... y á lo lejos el mar...
¡ah qué hermosas resuenan, sin cesar, sin cesar...
las dulcísimas notas del *nocturno* de amor!

Todo calla, sin duda por sentirlo mejor;
por gozar, como en sueños, de su encanto sin fin,
que en la vaga penumbra nos invita á soñar:
estrellado de flores, el risueño jardín;
el ambiente purísimo, con olor á jazmín;
en la fuente sus aguas... y á lo lejos el mar...

Va surgiendo la luna, con gentil lentitud,
sigilosa, blanquísima; como oyendo también;
escuchando en el seno de tan honda quietud
al violín que resuena como voz del Edén.
Va surgiendo la luna de las olas del mar;
va extendiendo las ondas de su claro fulgor,
y entre tanto prosigue, sin cesar, sin cesar...
el dulcísimo canto del *nocturno* de amor.

Ya no vaga en los aires el más leve rumor.
Ya no turba el silencio ni un murmullo sutil,
en el tibio refugio de las plantas en flor,
en la paz inefable de la noche de Abril.
Va creciendo el hechizo de la azul claridad,
que difunden los rayos de la luna gentil,
—generosa de luces, por celeste bondad,—
esmaltando las flores del ameno pensil,
y á la vez que la luna, y en feliz progresión,
va subiendo, creciendo,—¡cuán hermosa también!—
la adorable, la intensa, celestial vibración
del violín prodigioso, de dulcísimo són,
que ha trocado, por obra de la Santa Emoción,
el jardín de los hombres en pensil del Edén...

Oh, la luna, que rasga, como velo de tul,
la penumbra sumisa del ambiente sutil,
sobre el aire tan puro, sobre el mar tan azul,
en la paz inefable de la noche de Abril.
¡Oh, qué afán misterioso de ventura y de paz!
¡Oh, qué locos afanes de fortuna y de amor!
¡Cuánto sueño de gloria!.. ¡Cuánto sueño fugaz,
como rayo de luna, como aroma de flor!
¡Cómo el alma suspira! ¡Cuánto anhelo de bien!
¡A su mágico influjo fuera el mundo mejor,
con el bien de la Gloria y en la paz del Edén!

¡No! No cese, ni un punto, la inefable quietud
del ambiente fragante, del callado jardín,
mientras sube la luna, con gentil lentitud,
escuchando las notas del celeste violín!..

No. No cesa, Dios Santo. ¡Qué profunda emoción!

¡Ah, qué intensos los soplos del olor á jazmín!

¡Ah, qué intensas las notas de la dulce canción!

Goza, goza sin tasa, corazón... ¡corazón,
tan llagado de heridas!.. de su encanto sin fin...

En los aires no vaga ni un celaje de tul.
Desde lejos no llega ni el más leve rumor.
Todo el cielo palpita, con radiante fulgor,
sobre el campo florido, sobre el mar tan azul...
Y en el hondo silencio de la tierra y del mar,
en el tibio refugio de las plantas en flor,
van sonando y cantando, sin cesar, sin cesar...
las dulcísimas notas del *nocturno* de amor...

EL SOL DE LOS TRISTES

Al Doctor D. Julio Hurdisan.

¿Sabes tú, Padre Sol, el anhelo
con que el triste y el débil te aguardan?
¿Sabes tú, Padre Sol, de su duelo,
si tus rayos se anublan ó tardan?

El feliz no se cuida, ni el fuerte,
—fortaleza supone ventura,—
de gozar con tus luces, de verte,
ni de hallar en tu fuerza su cura.

Para el gozo y el bien de la vida,
llevan luz y vigor en su pecho,
con el bien de su fuerza cumplida
y el vigor del vivir satisfecho.

Pero el triste y el débil, que claman
sin salud, sin vigor, desvalidos,
suspirando te anhelan, te llaman,
en congojas y en males sumidos.

Tú les das ilusión de energía,
les transmites amable consuelo,
les infundes calor de alegría...,
¡que por algo les llegas del cielo!

Tú confortas su angustia que gime,
tú detienes su pena que avanza...
Tú les haces limosna sublime:
¡la que empieza por dar esperanza!

¡Tú, Señor de la mar y la tierra;
tú, Señor de tus regias alturas;
tú, que esmaltas, con chispas, la sierra;
tú, que anegas en luz las llanuras!

¡Oh, bondad de tu amor, bienhechora,
sobre el campo, refugio del triste,
que por ti, con tu fuego, se dora,
que por ti, con sus flores, se vistel

¡Oh, piedad de tu luz, bendecida;
caridad de tu luz, suspirada;
para un pobre, que sufre, venida,
y hasta el fondo de un lecho llegada!

¡Cuántos míseros ánimos yermos!
¡Qué de angustias, constantes y fieras!
¡Qué anhelo de los pobres enfermos!
¡Padre Sol! ¡Padre sol! ¡Si supieras!..

Nunca, nunca tu bien les faltara.
Prolongaras la gloria del día.
Fuera, acaso, tu lumbre más clara;
más radiante, quizás, todavía.

Porque tú, de tu fuerza tan pleno,
vencedor celestial de la Muerte,
debes ser, cual magnífico, bueno;
por dichoso, por grande, por fuerte.

Padre Sol: ve las hondas miradas
que tus gracias supremas imploran.
¡Pobres seres, de vidas cansadas,
cuál te buscan, oh Sol, y te adoran!

¡Ay, maldita la nube, maldita,
que en los aires sus velos despliega,
si la luz de tus rayos les quita,
si el calor de tu fuego les niega!

¡Ay, maldito el nublado tremendo,
masa ingente de grises vapores,
que les roba tus rayos, abriendo,
como heridas, sus vivos dolores!..

¡No! ¡No dejes que avance, que cunda!
¡Rasga nubes, cual borras quimeras,
y en tu luz á los tristes inunda!..
¡Padre Sol! ¡Padre Sol! ¡¡Si supieras!!

LAS VIOLETAS DE *AUCAMVILLE*

I

En Tolosa de Francia se dan las más fragantes
y espléndidas violetas del mundo. Yo las vi,
—llevado por mis males á Tolosa, la insigne,—
llenando con sus flores los campos de *Aucamville*.

¡Oh, violetas famosas de *Aucamville*; las violetas
más finas y fragantes que brotan bajo el sol;
inuncios de primavera bajo el sol del invierno!
¡violetas hermosísimas de penetrante olor!

¡Oh, flores encantadas, que en momentos de angustia
me hablasteis, cariñosas, de ventura y de paz!
para mis hondos males, flores de la esperanza;
para mis hondas penas, flores de la piedad:

os rindo en la memoria, con mis recuerdos, culto.
Vosotras me infundisteis el ansia de vivir,
cuando la muerte ansiaba. La Virgen os bendiga,
¡mi Virgen!, ¡oh fragantes violetas de *Aucamville!*

II

Por Tolosa de Francia pasa el ancho Garona,
dilatado y profundo, con grave majestad;
el Garona opulento, con quien ruedan las aguas
de tantos nobles ríos al opulento mar...

Por Tolosa de Francia pasa el ancho Garona,
bajo puentes soberbios. ¡Gran río! Yo lo vi,
—cuántas y cuántas veces,—con miradas inquietas,
sintiendo las torturas del ansia de morir.

Bajo el puente de hierro, por mi afán preferido,
llegan sus turbias ondas con un intenso hervor.
Dejan, momentos antes, los muros de una presa,
y aún dura su terrible febril agitación.

Llegan sus turbias ondas, con filetes de espuma,
temblorosas de rabia, sin cesar de rugir;
con densos tonos verdes, ó con tonos morados;
los tonos de las grandes violetas de *Aucamville*.

III

¡Oh, puente inolvidable! Bajo tus arcos recios
miraba yo las aguas del Garona pasar,
y un impulso terrible me empujaba á sus ondas;
¡el impulso funesto de un dolor sin piedad!

Y entonces fué que, un día, cuando un supremo arranque
me impulsaba á las ondas, ¡á la Muerte, por fin!,
miré bajo las aguas cabezas infantiles
con ojos lastimeros, alzados hacia mí...

¡Los rostros de mis hijos! ¡Sus rostros! ¡Sus miradas,
rasgando de las ondas la espuma y el hervor!..
Y entonces fué que, dando mis penas al olvido,
juré vivir por ellos, juré sufrir por Dios!

Por Dios, que en tal instante su aliento me infundía.
Por ellos, que elevaban sus ojos hacia mí;
¡sus ojos lastimeros!; con círculos morados,
del tono de las grandes violetas de *Aucamville*.

IV

Desde entonces, las finas y olorosas violetas
me prestaron sus gracias, con piadosa bondad.
Respirando su aroma, renovaba mis bríos,
y enseñaba á mis penas el deber de esperar.

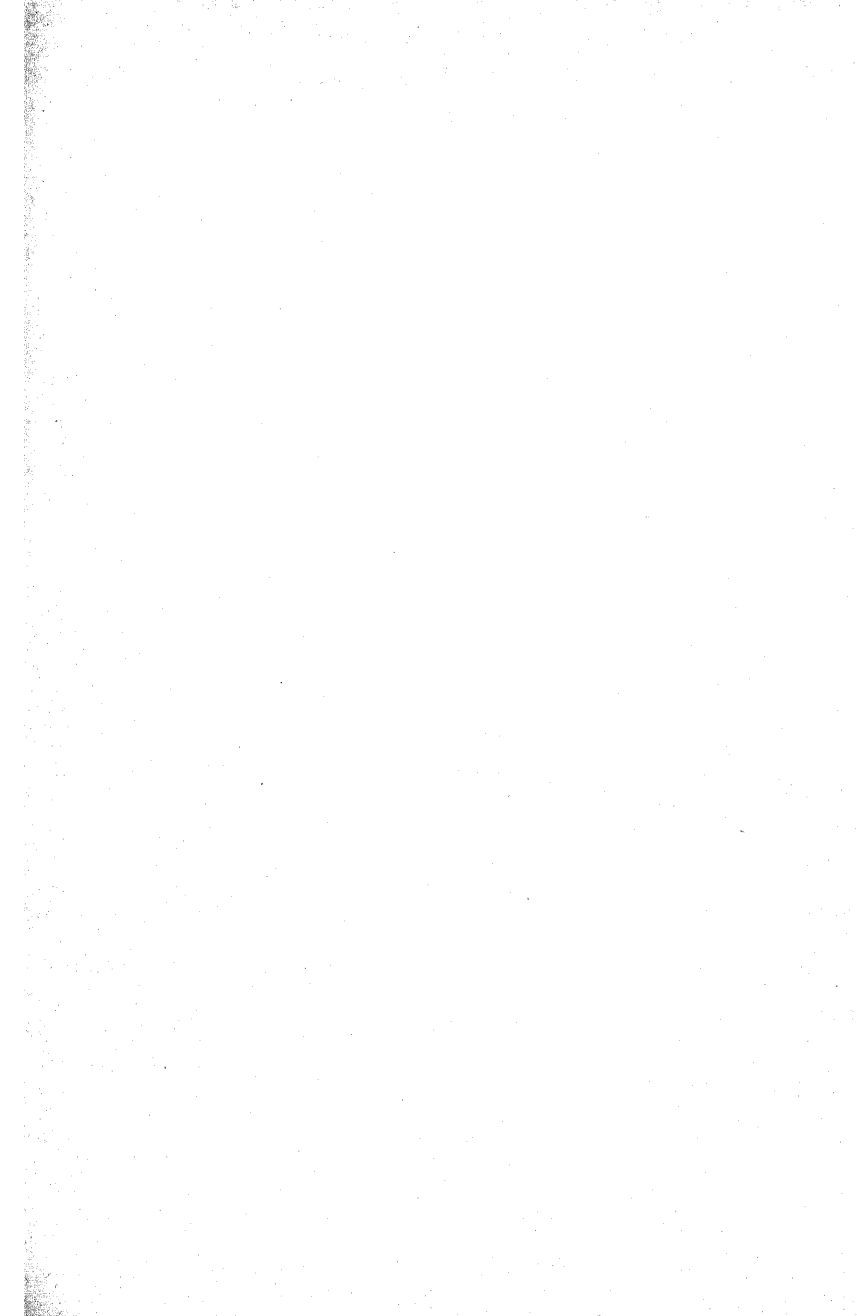
Ellas fueron presente que los cielos me hacían.
Ellas fueron mensaje que á mis hijos mandé.
Yo las traje conmigo bajo el sol de la Patria.
Si las glorias me asisten, ellas son mi laurel.

¡Oh, violetas fragantes y exquisitas! ¡violetas
de Tolosa de Francia, que me hicisteis vivir!
¡Oh promesas hermosas, bajo el sol del invierno,
de los gozos, las auras y las flores de Abril!

Como en sueños me llega, desde allá, vuestro aroma;
como en sueños vislumbro vuestros campos en flor.

.
¡Oh, terribles instantes!, ¡oh, funesta locura!,
¡no volváis á mi vida! ¡Por mis hijos! ¡Por Dios!

VISIONES TRÁGICAS



CAMPO DE BATALLA

Por aquí... Por allá... Por este campo
la batalla rugió. Llegó de pronto,
como tromba de acero. Con el ímpetu
de la tromba pasó. ¡Mirad en torno!
Ved los muertos en trágicas posturas.
Ved los muertos en trágico abandono.
Ved los heridos, á millares. Llenan
al aire triste sus lamentos roncós.
Ved las huellas de carros y cañones.
Ved las muestras del bárbaro destrozo.
Aquí estallaron formidables bombas.
Ved, los que abrieran, tremebundos hoyos.
Aquí el incendio maltrató los campos,
y allí las casas convirtió en escombros...

La batalla pasó; mas todavía
ruge, á lo lejos, con rugidos sordos.
Huye también el sol... Súbito viento
conmueve el aire con ardientes soplos.
Parece, sobre el cárdeno horizonte,
por los términos vagos y remotos
en donde el sol se apaga, que se enciende
lumbre de tempestad... Destellos rojos,
frecuentes y vivísimos, alumbran
los campos grises y los cielos torvos.
Y es la tormenta la batalla...

¡Nunca
tan fiera tempestad vieron mis ojos!
¡Porque, más que las nubes, vibran rayos,
rayos de muerte, los humanos odios!

Mas, ¿qué grupo de sombras, en revuelto
lamentoso tropel, anima el fondo
de la vaga penumbra, suscitando
con su vivo correr nubes de polvo,
y allá de la batalla se desprende,
de la recia batalla temeroso...?
¡Vedlo venir!

En loco torbellino
avanza, sin cesar, hacia nosotros!
Es un tropel de rápidos caballos,
que, mal heridos, sin jinetes, locos,

escapan á las furias del combate,
todos sangrientos, espantados todos...
Vedlos correr; correr, enloquecidos;
vedlos saltar, con saltos espantosos;
huyendo de las furias de los hombres,
que sacian, con sus vidas, sus enconos.
¡Vedlos, vedlos llegar!

Miles de heridos
claman y claman, con lamentos roncós...
Huye, se oculta el sol... Súbito viento
conmueve el aire con ardientes soplos...
La batalla, terrible, todavía
ruge, á lo lejos, con rugidos sordos...

Y sobre el campo que asoló el combate;
por el aire, que rasgan los sollozos,
como visión de horrenda pesadilla,
pasa el tropel de los caballos locos...

EN ALTA MAR

I

El *Halcón* era un buque de regular calado;
pobre buque de vela, mas bien aparejado;
de famosa matrícula, y aun de envidiada suerte,
hasta que el mal Destino lo encaminó á su muerte.
El *Halcón* era un buque muy bien aparejado.

Cuando en los buenos días de sus tiempos mejores,
—sus tiempos juveniles,—pasaba por el mar,
otros buques, picados por agudos rencores,
—los que nacen de celos, de los celos traidores,—
envidiaban sus velas y su rápido andar...

El mismo *Halcón*, á veces, que las nuevas sabía
de celos tan injustos,—sobre la mar á solas,
y en tanto navegaba, dorado por el día,—
de sí, de su velamen gallardo se engreía,
contento de sí mismo, mirándose en las olas...

Pasaba de tal modo su feliz existencia,
por diferentes mares, en perenne vagar...
Ya del viento y las olas sufriendo la violencia;
ya, con propicio tiempo, volando sobre el mar...

Mas sin que nunca el tiempo, cuando feroz rugía,
lograra, ni un instante, sus ánimos vencer.
Al embate del recio temporal oponía
su grande, su robusta, su tenaz energía...
Luchaban, por lo tanto, poder contra poder...

Tal fué la vida grata del *Halcón* esforzado;
envidioso de nadie, por sentirse tan fuerte;
por sentirse, de joven, tan feliz, envidiado.

Así vivió dichoso, con tan propicia suerte;
hasta que el mal Destino lo encaminó á su muerte.
El *Halcón* era un buque muy bien aparejado.

II

En alta mar un buque sobre las ondas arde,
comido por el fuego, con rápido furor.
Vencida por la Noche, va expirando la Tarde...
Un silencio de muerte domina en derredor.

No al buque lastimoso... En él las llamas rujen,
al quebrantar las bordas, burlando sus encierros.

Son allí los martirios de los palos que crujen;
allí las contorsiones horribles de los hierros...
Allí las llamas brotan, con ímpetus feroces,
revueltas y vivísimas; á saltos y en torrentes...
Mas ¿cómo no resuenan, desde el buque, las voces
del Capitán, airadas; las voces de sus gentes..?

Lucharon decididos; lucharon contra el fuego,
durante largas horas; mas su valor fué vano.
Invocaron, vencidos, á la Virgen. Y luego
se acogieron, en balsas, á Dios y al Oceano.

Ya en todo el mar tranquilo ninguna se divisa.
Durante largas horas, por el favor de Eolo,
sopló sobre las olas una constante brisa.
Quedóse, pues, el buque desamparado y solo.

Quedó muy luego el aire letal, sin brisa alguna.
Quedó la mar en hondo, tristísimo sosiego...
Quedaron, como símbolos de la adversa fortuna,
sobre el aire, y el agua, frente á frente, la luna,
y el buque, devorado, comido por el fuego...

Era el *Halcón* el buque del fuego devorado.
Eran las horas tristes en que la negra suerte,
viéndole de los suyos, al fin, abandonado,
por obra del incendio le condenaba á muerte.

Era, el *Halcón*, terrible, deslumbradora hoguera.
El humo, en densa nube, de la hoguera surgía;
de la hoguera creciente, devoradora y fiera;
nube de tal aspecto que á veces parecía
una nube celeste que de pie se pusiera,
por obra de prodigio, sobre la mar sombría...

Sombría por el cuadro que, con asombro, viera;
no porque luz, entonces, á su espanto faltara.
La mar, en torno al buque, y á sus crujidos, era
como una mar de infierno, terriblemente clara...

La luz, en torno al buque de luz, se difundía
con vivos resplandores de fantástico día;
en ráfagas intensas, y á lo lejos redondas...
La mar, en honda calma, lisa como un espejo
de límpida tersura, dilatava el reflejo
de las llamas gigantes sobre sus quietas ondas...

¡Ah, pobre *Halcón*! A veces, de joven, envidiado,
cuando la mar cruzaba con rápido volar...
¡Ah, pobre *Halcón*! ¡Hoy víctima del capricho del Hado!
¡En trágico abandono! ¡Del fuego devorado!
¡Del fuego que en sí mismo no supo dominar!
¡Ah, pobre *Halcón*! Hundióse para siempre, vencido,
en el mar de la Tierra, y en el mar del olvido...
Son muy hondos, muy hondos, el Olvido y el Mar.

III

Como el *Halcón* sucumbo, presa del mal interno,
que me devora y vence; ¡con torturas de infierno!
Como el *Halcón* sucumbo.

Por algo parecía
su historia, muchas veces, gemela de la mía...

LA MINA TRAIORA

*Junta al pozo de la mina
claman, roncadas, las mujeres.
Mina de carbón, tan dura,
negras las entrañas tienes.
Hubo explosión en la mina.
Muchos mineros no vuelven.
Junto al pozo malhadado
claman, roncadas, las mujeres.
Y el cielo y el sol, radiantes,
las miran indiferentes.*

Bajaron muchos mineros
por el pozo, como siempre;
cargados con sus fatigas,
llevados por sus deberes,
para arrancar á la entraña

de la mina, tosca y fuerte,
con el carbón, á pedazos,
el sustento de sus gentes.
Allá dejaron, arriba,
las luces del sol, alegres;
el campo, de sol vestido;
la brisa, templada y leve.
Y allá bajaron, ¡al reino
de las sombras!, imprudentes.
Y allá quedaron, de pronto,
destrozados por la muerte...
¿Cuántos? ¡Muchos! En tinieblas,
unos gritan, otros mueren...
¡Bajo la sombra, que asfixia!
¡Contra las recias paredes!
*¡Mina de carbón, tan dura,
negras las entrañas tienes!*

La explosión del gas maldito
fué súbita; ¡como siempre!
No avisa, porque es traidora.
Mata á traición, y no advierte.

¡Fué como racha de fuego,
como castigo celeste!
Zumbaba la mina toda
con los golpes insistentes

de los picos, en las venas
del carbón; golpes solemnes,
repetidos, incesantes,
contra la vena rebelde;
contra la mina, tan dura;
contra la tierra, tan fuerte,
que disputa sus tesoros
á los hombres, mientras puede,
con el tesón del avaro
que sus riquezas defiende.
Fué la explosión horrorosa,
tremebunda; de repente...

*Hubo explosión en la mina.
Muchos mineros no vuelven.*

Junto al pozo malhadado
claman, roncadas, las mujeres.
Llegó la noticia al pueblo
de improviso. ¡Como siempre!
Al pobre pueblo, puñado
de miserables albergues,
donde las mineras viven,
donde los mineros duermen.

Corrieron al punto, ciegas
de terror, las pobres gentes...;
viejas, con temple de mozas;

mozas, de arriscado temple;
los viejos, tan temblorosos;
los niños, tan inocentes...
Muchos mineros bajaron.
Pocos la mina devuelve.
Siniestra boca del pozo:
¡la del infierno pareces!
Suenan horribles blasfemias;
suenan plegarias fervientes...

*Junto al pozo de la mina
claman, roncadas, las mujeres...*

Claman roncadas, y los aires
con sus voces estremecen.
Cuál por la tierra se arrastra
porque sus hombres la entregue;
cuál, en terrible apostura,
sobre la tierra se yergue.
Ya los cabellos se arrancan,
ó ya los rostros se hieren;
amenazan, como furias;
como fieras se revuelven,
que es mucha el ansia que sufren
y es mucho el dolor que sienten.
Y en tanto, á lo lejos, todo
con luz del sol resplandece:
la tierra, de sol vestida,

y el cielo y el sol alegres...
¡Naturaleza!, ¡madrasta
para los hombres, á veces!:
¡á veces, para los hombres,
entrañas de mina tienes!

*Junto al pozo malhadado
claman, roncadas, las mujeres.
Y el cielo y el sol las miran...
¡las miran indiferentes!*

LOS MUERTOS VIVOS

*Depuis longtemps je vis entre deux ennemis;
l'un s'appelle la Mort, et l'autre la Folie...*

(ANTONY DESCHAMPS.)

Hermanos, hermanos míos,
por razón de Humanidad;
hijos de Dios, mis hermanos
por ley de Dios inmortal;

venid conmigo; seguidme;
conmigo después mirad,
si el espanto no os espanta
ni el mal os induce á mal.

Hermanos, venid conmigo.
No lo sentiréis quizá;
mas poned el alma en temple
de emoción y de piedad.

Este que veis, edificio
con figura de hospital;
palacio que fuera un día;
centro de felicidad;

hoy por la Cruz dominado,
cifra de amor celestial,
es cementerio de vivos.
Así lo debéis llamar.

Más que círculo ninguno
del imperio de Satán,
es mansión de graves penas;
mansión de horrores, no más.

«Casa de locos» la llaman
en buen romance vulgar;
«¡casa de locos!», y el nombre,
solamente, susto da.

Pero más el susto inquieta
cuando el hombre da en pensar
que es más que casa la casa
donde los locos están.

Es cementerio de vivos.
No son sus huéspedes ya
los que en el mundo vivieron
con razón y en realidad.

No son los mismos. Son otros.
Luego podréis afirmar
que han muerto, pues han perdido
su razón, su voluntad...

Viven sus cuerpos, sin duda,
para vida material;
pero murieron las almas;
murieron en puridad.

Es círculo del Infierno.
Es todo, en él, infernal:
las risas, los alaridos,
el sufrir y el esperar.

¡Ah, cementerio terrible,
no camposanto de paz
como aquellos en que el hombre
no vuelve á sufrir jamás!

¡Ah, cementerio de vivos!
Muertos, vivos, á la par;
muertos: sin sus almas viven;
vivos: con vida mortal;

negra costa, que recoge,
con furor ó con bondad,
á los náufragos del mundo,
que va expulsando su mar;

llego á ti, con mis hermanos,
por impulsos de piedad...
¡Atrás dejamos el mundo;
goces y ensueños atrás!

Abre las puertas á un triste,
que viene á considerar
cómo puede, y hasta dónde,
padecer la Humanidad.

Abre las puertas á un triste
que bien quisiera encontrar
en mal de males ajenos
alivio del propio mal.

II

¡Descendamos por las sombras
del Reino de Satanás!
Ved, hermanos,—mis hermanos,
hijos de Dios.—¡Y escuchad!

Las caras graves y tristes;
las caras que espanto dan;
los éxtasis y las iras;
el gemir y el invocar;

de las manos, los saludos;
en los ojos, el imán
de las penas; de los dientes
el siniestro rechinar...

Esos mismos que nos miran
tan silenciosos y en paz,
y que encerrados parecen
por errores del Azar;

aquellos que nos saludan
con expresión tan jovial,
que nos hablan, y nos hablan
con sereno razonar,

sufren del mal de la ausencia
de toda felicidad,
aunque gocen, trastornados
por falsas dichas, quizás...

Glorias quizás imaginan
que al fin consiguiendo van.
Piensan, acaso, que el mundo
rendido á su voz está...

Suponen que, al fin, consiguen
riquezas, en forma tal,
que les faltan fuerza y tiempo
con que poderlas contar...

O sueñan con que, por artes
y dádivas de galán,
al fin lograron las gracias
de peregrina beldad;

hija del lúbrico ensueño,
brillante cuanto fugaz;
la de la voz de sirena,
la del lascivo mirar...

Mas ¡ay!, que en el fondo mismo
de su alegre vanidad,
angustias indefinibles
los devoran, sin cesar,

como perversos gusanos
que muerte á las rosas dan,
escondidos en la entraña
de las flores del rosal.

Ora ved los más siniestros.
Pasan, cruzan, vienen, van...,
con la inquietud del delirio
y el delirio de vagar...

Hombres-fieras, miedo infunden
por la voz y el ademán...
Muertos-vivos, ¡Dios tan sólo
resucitarlos podrá!

Cuáles gritan; cuáles lloran;
lanzan otros, al pasar,
carcajadas que nos hieren
como filo de puñal...

Quiénes piden y amenazan...
Rezan algunos, allá...
Ni aun trastornados renuncian
al consuelo de rezar!

Es aquél víctima pobre
de ley de herencia fatal;
paga por culpas ajenas,
que es el más duro pagar.

Aquella infeliz, que al cielo
mirando y mirando está,
sin que sus ojos se cansen
ni un momento de mirar,

vió perecer á sus hijos,
todos en lozana edad,
entre llamas de un incendio,
más que sus penas voraz.

Aquél, sufrió las traiciones
de una esposa desleal.
Le vendió la miserable,
por un cínico don Juan,

y enloqueció, lentamente,
de tanto y tanto pensar
en que pudiera el engaño
ser Engaño... ¡y ser Verdad!

Aquél,—un mozo garrido,
flor de su alegre lugar,—
vió, de lejos, á su madre
bajo un hacha criminal;

la vió, bajo manos fieras;
pensó: «¡La mataron ya!»
¡y enloqueció de pensarlo!
¡de pensarlo, nada más!

Aquél, porque nadie viva
sin casa, lumbre ni pan.
Esotro... ¡por el delirio
de la paz universal..!

Aquél... Mis ojos se niegan
á descubrir, á explorar
nuevo dolor, entre tantos;
nueva tortura brutal...

Mas ¡ay! que en vano pretendo,
loco también, escapar
á tanto horror; al influjo
de esta atmósfera letal...

Sufro su obsesión intensa;
transciende á mí la ansiedad
de los locos; me trastornan
los afanes de su afán;

me persiguen, me torturan
sus lamentos, al pasar;
sus carcajadas, que hieren
como filo de puñal;

las caras graves y tristes;
las caras que espanto dan;
los éxtasis y las iras;
el sufrir y el invocar;

de sus manos, los saludos;
de sus ojos, el imán
y la angustia; de sus dientes,
el siniestro rechinar!..

¡Ah, cementerio de vivos;
no camposanto de paz,
como aquellos en que el hombre
no vuelve á sufrir jamás;

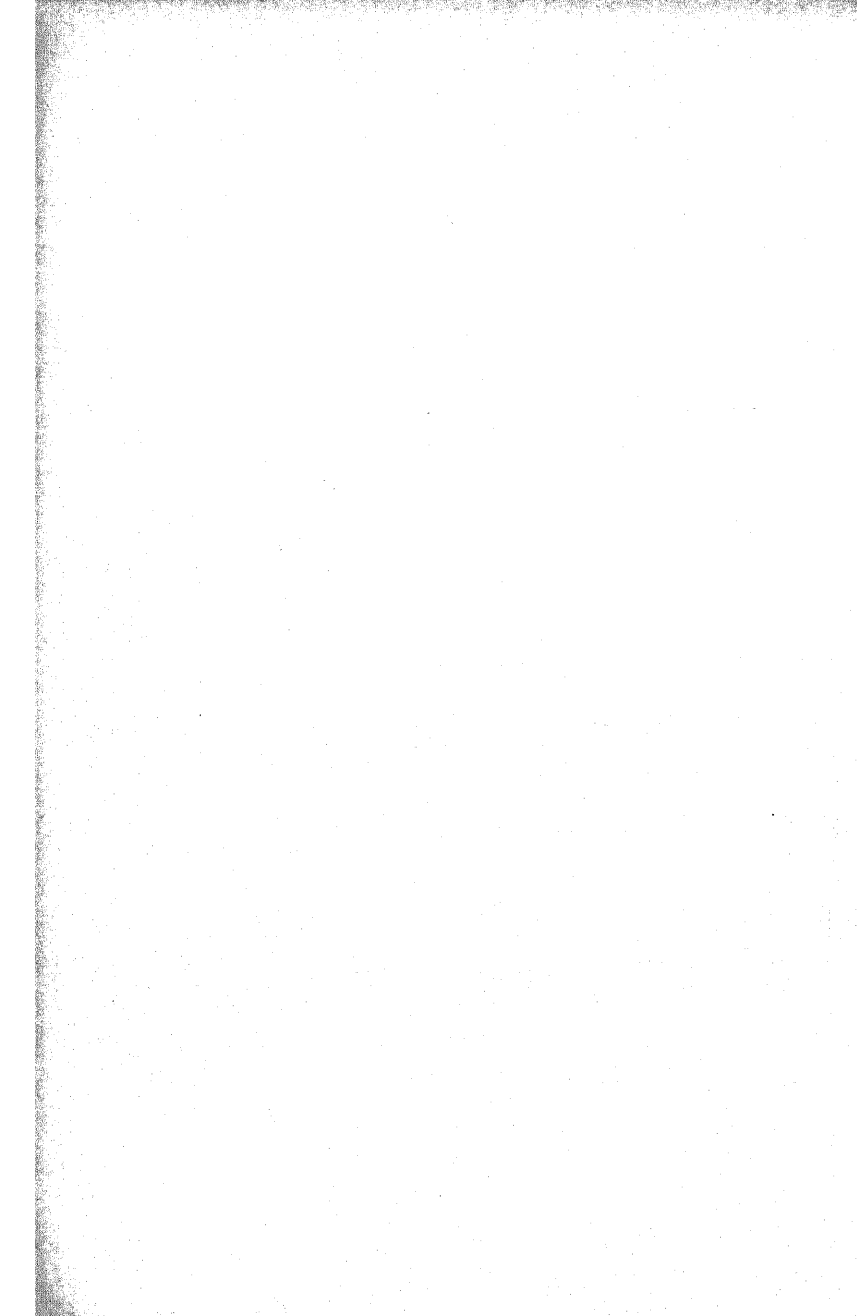
—cárcel espantosa, círculo
del Reino de Satanás,—
¡Dios me salve!, ¡Dios me libre
de tu encierro, de tu mal!

Hermanos, hermanos míos
por razón de Humanidad;
hijos de Dios, mis hermanos
por ley de Dios inmortal:

pues sentimos, juntamente,
con ver y con escuchar,
el espanto del espanto,
y el horror de lo infernal;

¡piedad para el hombre triste
que en locuras vino á dar!
¡No le miréis con recelos!
¡Acorredle con bondad!

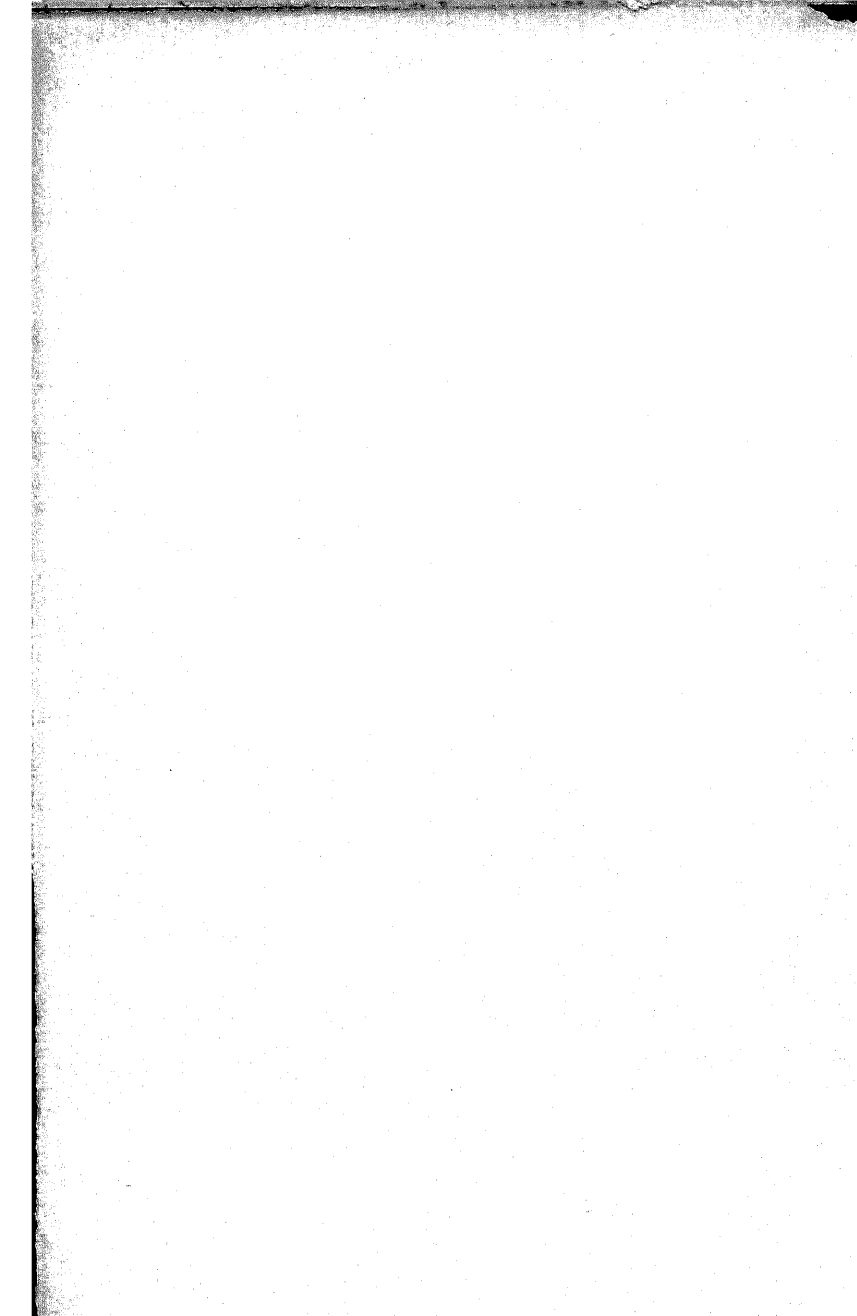
¡Piedad para sus delirios!
¡para el afán de su afán!
¡para el dolor con que implora!..
¡Piedad, hermanos! ¡¡Piedad!!



LOS CÍCLOPES

POEMA

A mi hermano Gabriel.



LOS CÍCLOPES

I

El cíclope alienta con vida famosa.
Los cíclopes tienen su patria escondida.
Ninguno sucumbe. Ninguno reposa.
Son símbolos magnos de fuerza y de vida.
Virgilio,—sublime y amado maestro,—
pintó su afanosa, perenne tarea,
y al són de la lira y al soplo del estro
su verbo fué rayo, fué rayo la idea.
Cantó, de *La Eneida* siguiendo la historia,
con notas brillantes, vibrantes,
—así como en cantos de guerra y de gloria,—
su vida de torvos gigantes;
pintó sus cavernas radiantes, y luego
pintó sus figuras con tonos de fuego;
¡con fúlgidos trazos!
sus cuerpos de torso potente;
las piernas desnudas, desnudos los brazos;

ceñuda la cara, y ardiente,
y el ojo encendido, cual faro, en la frente.
¡Cuán altas, cuán firmes sus altas figuras,
de músculos recios, de recias hechuras!

En isla rocosa, que rompe las aguas
del mar de Sicilia, y en cóncavos senos
de peñas ingentes, ocultan sus fraguas;
colmenas enormes que zumban y zumban,
con largos y roncros rugidos de truenos
que en cóncavos senos rotundos retumban.

En isla que es dueña de un gran horizonte,
que alegra las tristes miradas,
y es, sólo, magnífico monte,
con altos cantiles de rocas truncadas.

Volcán es el monte, del Etna gemelo;
voraz chimenea, su fúlgida cumbre;
las ondas del golfo, las nubes del cielo,
reflejan, y copian, y agrandan su lumbre.

¡Y el monte, por ella bruñido,
parece, á su vez, un gigante,
que surge, de chispas vestido,
debajo del cielo radiante,
y encima del mar encendido!

Los cíclopes rudos las llamas encienden
que el hondo volcán aprisiona;
las llamas que, al cabo, se escapan, se extienden...
y en torno á su cumbre le ciñen, le prenden,
con aros de chispas, soberbia corona.
Retiemblan las fraguas, de cóncavos senos.
Aturden. Asombran. En ellas
los ecos más leves son voces de truenos;
las chispas más leves, centellas.
Ya el antro no es antro de sombras. Ya es fuente,
y es centro, y alcázar, de luz esplendente;
de luz que deslumbra, con ráfagas locas,
saltando en el aire, bruñendo las rocas.
Si un punto la sombra la anega,
más vivas, de nuevo, sus alas despliega;
venciendo á la sombra, magnífica llega,
y es fuerza que vence, y es lampo que ciega!

Palpitan los hornos inmensos;
palpitan con hondos latidos intensos.
Palpitan y crujen... ¡Rabiosos palpitan!
Mil llamas voraces, mil otras, en densos
hirvientes penachos, sus flancos agitan;
sus bocas,—sus puertas,—asaltan,
que el paso les cierran,
y al verse vencidas se encogen, y saltan,
con saltos que aterran...

El hierro, del horno sacado,
despide fosfórico brillo,
y en ascua trocado
se rinde al impulso brutal del martillo.
Si el fuego del horno lo funde,
con brasas y brasas, y en trágico encierro,
al hierro se rinde, su hermano, si el hierro
del bronco martillo sus barras contunde.

Los cíclopes bregan, en brega rabiosa.
Vulcano su esfuerzo dirige. Vulcano
los tiene en su mano
de Dios soberano. ¡Ninguno reposa!
Retiemblan los yunques enormes, sintiendo
los golpes terribles de tantos
y tantos enormes martillos, hiriendo
sus frentes robustas... Resuenan los cantos
de yunque y martillo, con hórrido estruendo.
Resuenan, resuenan
en himno tremendo.
De bárbaras notas los aires se llenan.
¡Resuenan, y truenan, y atruenan!
Metálicamente,
con fuerza creciente;
magníficamente,
cual suena la hirviente
corriente del río, deshecha corriente,

que salta con rápido empuje,
y en fondo de rocas se estrella, rugiente;
¡cual suena, batiendo la arisca rompiente,
la mar, desgarrada, que rugel!
¡Resuenan, resuenan,
los broncos martillos, los yunques hiriendo;
resuenan, y atruenan,
en himno tremendo!
¡Y aún más el estrépito crece!
¡Y el monte con él se estremece!
¡Crujido de un mundo parece!
¡Que Dios lo aniquila! ¡Que el orbe perece!
¡Qué estruendo! ¡Qué horrendo fragor! ¡¡Enloquece!!

Los cíclopes forjan en estos instantes
no el rayo, serpiente de escamas brillantes,
que asombra no más, que fascina;
prodigio del cielo, que al mundo ilumina.
Ya forjan, ya forjan el rayo que es furia
del cielo indignado, si el hombre le injuria
y el cielo sus iras desata...
Ya forjan el rayo enemigo.
¡Ya forjan el rayo que es rayo y castigo!
¡Ya forjan el rayo que mata!
Del rayo que mata nació la tormenta
que es muerte y estrago. Con él se alimenta
de rabia, de furia violenta.

¡Ya el rayo es tormenta! Del rayo primero,
de rayos y rayos audaz mensajero,
mil otros vivísimos nacen... Ya sube
del monte de fuego fantástica nube;
del hondo volcán arrancada,
de muerte y estrago preñada...
Ya marcha, con paso que arredra,
la fragua dejando, sus cóncavos senos;
ya es masa de lluvia, y es carga de piedra,
y es arca de rayos, y es tromba de truenos.
Y allá, por el aire, se aleja convulsa;
del aire se adueña y el aire la impulsa.
¡Ya va sobre el mundo la airada tormenta,
que allá sobre el mundo revienta..!
¡Temblad los mortales! El cielo, agraviado,
le dió tremebundas consignas.
¡Temblad, los mortales que estéis en pecado!
¡Temblad, las naciones viciadas é indignas!

II

*¿Qué era, decidme, la nación que un día
reina del mundo proclamó el Destino,
la que á todas las zonas extendía
su cetro de oro y su blasón divino...?*

¡Oh voz, tonante voz, la de Quintana,
sonando, resonando, soberana,
sobre un cuadro de lucha giganteo;
con notas de cañón y de campana,
¡con el tronar de un canto de Tirteo!
*¿Qué era, decidme, la nación que un día
reina del mundo proclamó el Destino...?*
su acento, que clamaba, repetía,
turbando al invasor en su camino,
en tanto que su España, ¡todavía!,
por Reinos dilatados *extendía*
su cetro de oro y su blasón divino.

Volábase á Occidente
y el vasto mar Atlántico sembrado
se hallaba de su gloria y su fortuna...
En el *senopreciado*
del mundo nuevo...; por el mar de Oriente,
mar de «la media luna»...,
¡doquiera Española!; cuna
de esforzados caudillos,
prez de sus Reinos; flor de las naciones;
¡castellana de espléndidos castillos,
con guardia de leones!

¿Qué es ya, decidme? Si en las tristes horas
de esta angustia suprema

sonara el canto del excelso vate,
la voz de sus canciones vengadoras,
—¡voz del espanto, grito de anatema
sobre el fragor del último combate!,—
tremenda sonaría,
con acentos de trágica Elegía.
Los aires se quedarán, largamente,
de sus gemidos angustiosos llenos...
Y fuera la canción como un torrente
de imprecaciones; cántico doliente,
de vergüenza y furor; treno de trenos...

Dijérase que el Hado
nos encumbró á señores
de imperio tan feliz y dilatado,
porque fueran mayores,
al perderlo después, nuestros dolores.

De tanta rica tierra,
de tanta mar, en término lejano,
rendidas, por las artes de la guerra,
bajo la sombra del poder hispano,
¿cuál nos rinde tributo?
¿qué mar recuerda, con su pompa vana,
nuestro poder, entonces absoluto?
¿cuál rica tierra, tras la flor lozana
que por nosotros vió, nos rinde el fruto?

¡Oh, voz, tonante voz, la de Quintana!
¡Oh noche, que parece sin mañana;
lóbrega noche, de ignominia y luto!

Musa de la Verdad, grave y austera;
Musa de la Verdad, pues tú me inspiras:
corrómpase mi boca, si dijera
lisonjas, ó disculpas, ó mentiras.
Tiempo es ya de que clame
tu noble acento contra el mal infame
que devora la entraña
de un noble ser: el corazón de España;
¡de que el fuego las llagas cauterice,
de que acaben las cuitas del prudente,
de que el valor las almas vigorice..!
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

De las tierras y el mar que enriquecimos,
costas de todo mar, campos opimos,
—¡aun de tierras y mar en los extremos!,—
rechazados nos vimos,
y expulsados nos vemos.
¿Fué por obra de Dios omnipotente?
¿Es sólo por azar de la Fortuna,
si ayer para nosotros en creciente,

menguante ya, menguante como Luna?
¿Será porque el destino providente,
que fuera ayer nuestro mejor amigo,
si vió tras la victoria la codicia,
nos impuso el castigo
de su eterna Justicia?
¡Dios lo sabe, no más! Pero, entre tanto,
gemimos en las ansias del tormento;
sufrimos las torturas del quebranto
que la patria sufrió; del mal violento
que en sus angustias siente;
clamamos, en la sombra, ¡nuevamente!,
víctimas de incurable desaliento,
y en trastorno los débiles sentidos...
¡Sin otras tierras, y sin otros mares,
reducidos nos vemos; reducidos
á la pobreza de los propios lares!..

¡Ira de Dios! No, España, madre mía,
te acuses, ni suspires
porque en tanto dolor, sin alegría,
y en noche tal, sombría,
sin luz de un nuevo amanecer, te mires.
¿Cuál aliento, fecundo
como tu aliento fué? Diga la Gloria
si en los fastos del mundo
compara la memoria,

con otra alguna, tu inmortal Historia.
En ti se compendiaron,—tal la llama
con la llama se junta,—las virtudes,
que celebró la fama,
de tu raza inmortal; ¡raza primera
de cuantas vió la Humanidad entera!
¡Virtudes de la fel.. Y en ti fulgura
su esplendor, todavía,
como en el cielo del Ocaso dura
la roja luz del expirante día.

Tú completaste el mundo. Tú pusiste
bajo la Cruz entrambos hemisferios.

Y adorada te viste,
¡madre feliz de mágicos imperios!
Los cíclopes forjaron tu corona,
por excelsa, por fuerte;
como el rayo de muerte
que por tu mano fulminó Belona:
tu fulgurante acero,
de aceros no tocado, ni de balas,
en las horas del triunfo lisonjero;
como el casco de Palas,
maravilla del arte;
¡como el carro magnífico de Martel

Mas ¡ay! que es fuerza. Tu esplendor decrece,
y en vano, en vano, tus acentos claman.

Sufres como la madre que padece
las culpas de los hijos que la infaman.
Ellos son, ¡no lo dudes!,
—no los hados adversos,—
los que agotan y eclipsan tus virtudes;
tus hijos: los infames, los perversos;
los que inventan las cien esclavitudes
en que yazgan sus míseros hermanos,
imprudentes, por nobles y prudentes;
los que levantan, sin pudor, las frentes
luego que esposan á placer tus manos.
Ellos la fuente son, causa primera
del dolor y del mal en que te miras.
¡Mil veces, y otras mil, lo repitiera!
¡Corrómpase mi boca, si dijera
lisonjas, ó disculpas, ó mentiras!

De antaño vienen, del famoso antaño,
culpas tan hondas, tan intenso daño.
No los hados adversos,
eclipsaron, ni eclipsan, tus virtudes.
Te postraron, te postran,—¡no lo dudes!,—
¡tus hijos, los perversos..!

Cuándo, fueron los Reyes,
¡magníficos, insignes soberanos!
descuidados pastores de sus greyes,

por viciosos, y pérfidos, y vanos;
cuándo, también, hipócritas villanos,
crecidos á despecho de las leyes,
y á su vez convertidos en tiranos.

Los antiguos señores
se trocaban en ávidos logreros.

¡Ya los conquistadores
eran aventureros!

Por ser maldad, medraron las maldades.

Fué virtud, en la cumbre, la impudicia.

Sopló sobre tus campos y ciudades
un huracán de orgullo y de codicia.

Cundió el contagio, con letal influjo,
desde el Alcázar, desde el mismo templo,
y al propio bien, de cada cual, indujo,
más que á tu bien, por obra del ejemplo.

El fuerte, por osado,
no tuvo más razón que la osadía.

Las victorias del justo y del honrado
fueron victorias, cuando más, de un día.

Y al ceder los antiguos ideales
á la fuerza del hecho,

como el árbol firmísimo y derecho
cuando pueden con él los vendavales;
al dar la siembra de tan negros males
fruto fatal: el ansia del provecho,
con el poder, el auge y la opulencia

del príncipe, feliz en su eminencia;
con los del jefe popular, vitando,
fortuna procurando
por caminos de fraude y de violencia,
—caudillo torpe de ominoso bando,—
al menguar tu poder, se fué engendrando
la razón de tu larga decadencia.

Y en vano fué que, á veces, la apariencia
tus ojos maternos engañara.

La fatal evidencia

surgió, de nuevo, para todos, clara.

Y en vano que tus hijos, ¡los mejores!,
¡dignos, buenos, humildes!,—los favores
requiriendo, no más, de tus amores,—
tu salud procuraran, con tu suerte.

Fueron más los perversos, los traidores,
ó fué su impulso, contra ti, más fuerte.

Hoy mismo,—¿no lo ves?—en largo duelo
desventurada yaces,

sin fe, sin esperanza, sin consuelo,

mientras abaten sobre ti su vuelo,

como buitres voraces,

en gran bandada que obscurece el cielo,

tus malos hijos, pérfidos y audaces.

Sobre ti, más que suben, se encaraman;
medran por ti; porque te humillan crecen;
«Madre», quizás, hipócritas, te llaman,
y en tanto que te burlan y escarnecen,
sufres tú, como sufren quienes aman:
sufres, como las madres que padecen
por hijos sin honor, que las infaman.
¡Ah! No lo dudes, Patria, madre mía:
el cuadro de tu trágica agonía,
cuadro de sombras que con sombras copio,
no fuera, no; tus males acabarán,
si tus hijos, tus dueños, procuraran
tu bien... ¡el de su madre!.. más que el propio.

¡Mil veces ¡ay!, retuézanse malditos,
en pena de sus bárbaros delitos!
¡Veces mil el Infierno
sobre sus frentes sus centellas traiga!
¡Mil y mil veces el castigo eterno
contra sus nombres miserables caiga!
¿No los ves? Disfrazados
con formas diferentes, son los mismos.
Los igualan sus culpas y pecados;
sus pecados horrendos, suscitados
por el orgullo: ¡mal de los abismos!
En tu angustia más honda,

en el mayor oprobio que te arrastre,
¿cuál, que por ti,—porque resurjas,—vengas?
¿Cuál, que á tu voz responda,
porque, después del trágico desastre,
no queme tus mejillas la vergüenza?
Quienes, ante las turbas se rebajan
fingiéndolas amor... Quienes, te humillan
en el nombre de un Dios á quien ultrajan
y explotan y mancillan...
Y en el nombre de Dios, su vil hechura
sin fe, sin caridad, sin entusiasmo,
sórdidamente su interés procura.
¡En el nombre de Dios! ¡Ah, qué impostura!
¡En el nombre del cielo! ¡Qué sarcasmo!

Los que ayer te aprestaran sus amores
burlados fueron. Cuantos hoy quisieran
aliviar tus dolores,
vencidos y humillados desesperan...
Y en hora tal, rasgando tus entrañas,
bajo el sol de tu cielo,
sobre tu mismo suelo,
por tus valles,—¡oh Dios!,—por tus montañas,
¡voces terribles á infamarte llegan!;
¡hijos tuyos te ofenden y te niegan!
¡No te negaban, no, mientras magnánimos

tu poder y tu esfuerzo les valían!
¡Te niegan hoy, que dudan de tus ánimos!
¡No te merecen! ¡No te merecían!..

.
.

III

Oh, furia de furias, hervor de tormenta
que el pecho me inundas, revienta,
—y al cabo me alivia,—con gritos feroces,
con ayes supremos, con fúnebres voces...
¡Oh, cíclopes justos! ¡Oh, símbolo fuerte!
¡Oh, nube de estrago y de muerte!
Mi voz os invoca...

Ya sube, ya sube
del monte de fuego fantástica nube;
del hondo volcán arrancada,
de muerte y estrago preñada...
Ya viene, terrible, siniestra, convulsa.
Del aire se adueña y el aire la impulsa.
¡Temblad, los mortales que estéis en pecado!
¡Temblad, las naciones viciadas é indignas!
¡El cielo, agraviado,
le dió tremebundas consignas!

¡Oh Dios poderoso! Mi Dios, á quien ruego,
y en honda plegaria me entrego;
no símbolo, fuerza que todo lo mueve,
que á todo responde, y á todo se atreve:
dirige á Tu España Tu nube de fuego.
La brava tormenta, fogosa, tonante,
los aires depura, si el mundo los vicia.
¡Tu nube de fuego, radiante,
será como sol de justicia!
Tu nube de fuego, que arredra,
que solios derrumba, que abate Moncayos.
¡Tú sabes qué cumbres merecen su piedral
¡Tú sabes qué frentes aguardan sus rayos!

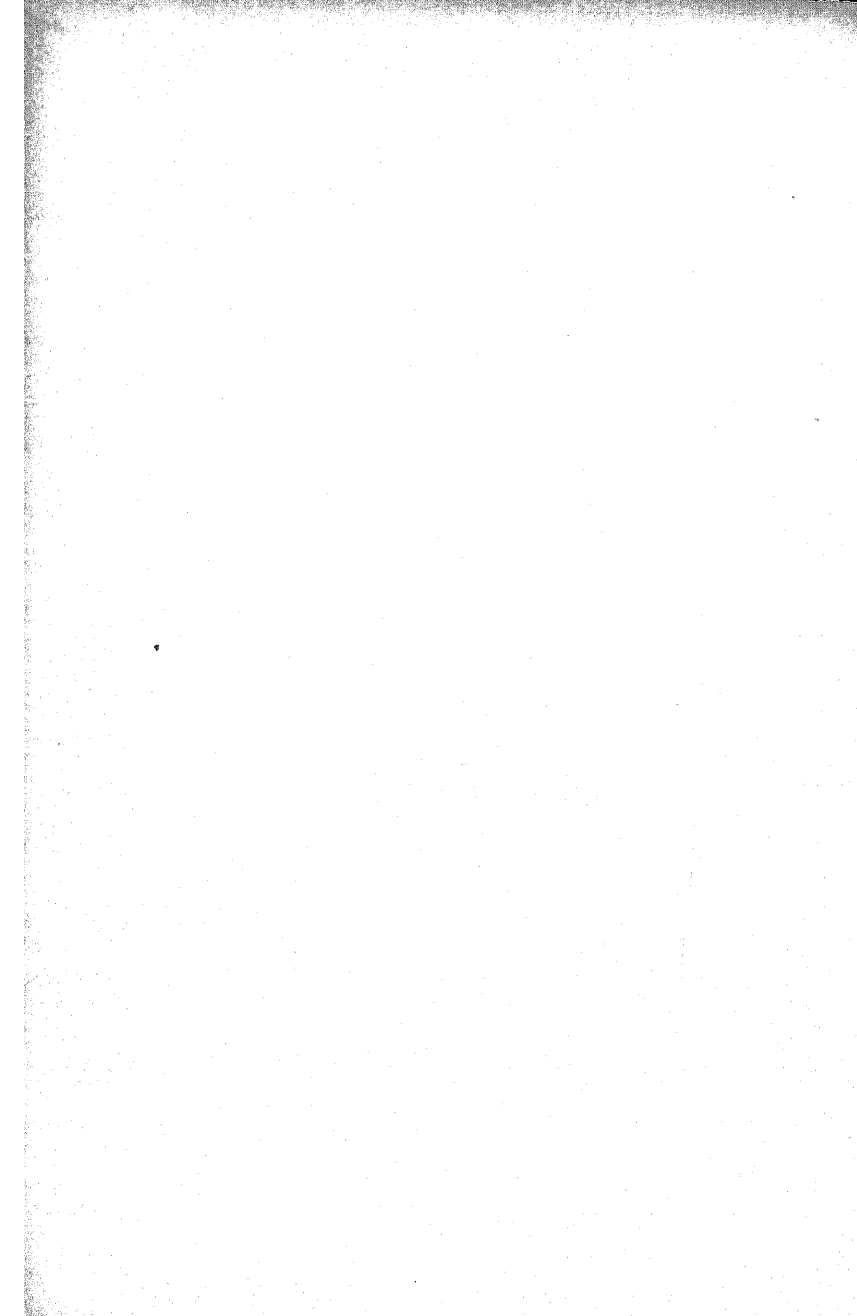
...Y luego que el gran cataclismo derrumbe
los ídolos torpes, ¡y aplaque Tus iras!,
¡y el último trueno retumbe..!,
si al cabo piadoso nos miras,
Tu España resurja; renazca señora
del mar y la tierra,
que acaten su ley vencedora,
por artes de paz y de guerra;
tocada, vestida, con lumbre de aurora;
la España temida
de imperios audaces, de pueblos infieles;
la España fecunda, por libre; ceñida,
prendida de frescos laureles.

Y al fin de las sombras las víctimas salgan.

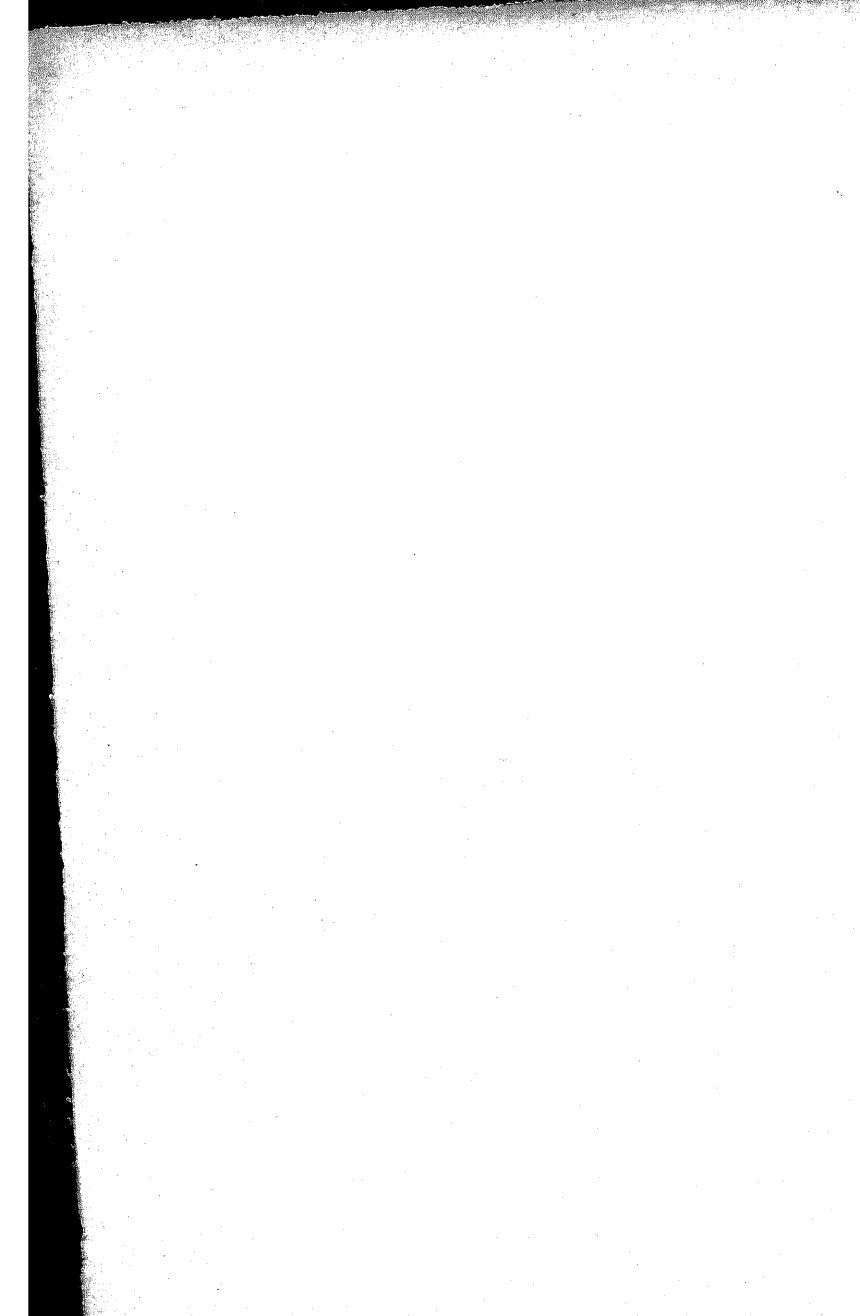
Y al fin Tus rigores benéficos sean.

Oh Dios poderoso: ¡Tus iras nos valgan!

Oh Dios justiciero: ¡mis ojos lo vean!



ROMANCES SERRANOS



EL ENEMIGO

En una cima, muy alta,
di con un viejo, muy viejo,
con los cabellos muy blancos,
y con los ojos muy negros;

muy arrugado de rostro,
muy cejijunto de ceño;
campesino por el traje,
montaraz por el aspecto.

Era en mitad del verano,
tan galán y tan espléndido,
cuando en la cumbre, tan alta,
di con el viejo, tan viejo.

Asentado sobre peñas,
reposaba sus alientos,
agitados, repetidos,
como soplos de los cierzos.

—¿Qué hacéis por aquí?— le dije.
—¡Nadal!—me repuso.—¡Espero!
Y el aire tembló, de pronto;
tembló con la voz del viejo.

—¿Amáis las cimas enhiestas?
—¡Acatan siempre mi imperio!
—¿Veláis en la cumbre, á solas?
—¡A solas, y ha meses, velo!

—¿Cuidáis de rebaños blancos,
de ovejas y de corderos?
—Soy el pastor de las nieves
que en la umbría se durmieron.

Velo también por mis hijos.
—¿Por vuestros hijos?—Los vientos.
En estos montes reposan,
fatigados de sus vuelos.

—¿Por qué no volvéis al valle,
con los hombres?—Hoy no puedo.
¿Quién velara por mis hijos?
¿Quién cuidara de mis reinos?

Quando retorne Diciembre
ya volveré de mi acuerdo;
¡ya pasaré por los llanos!,
¡ya tornaré por los pueblos!

Temblaba el aire de Agosto,
con temblores de misterio;
temblaba, como asustado,
con las palabras del viejo.

Los dos callamos. Reinaba
sobre la cumbre el silencio.
El sol ardiente bruñía
las blancas peñas, á fuego.

—¡Quede con Dios, buen anciano!,
dije, de pronto, con miedo,
porque sentí, de repente,
que me cortaba su aliento.

—¡Vaya con El!—me repuso;—
¡vaya en paz, buen caballero!
¡Ya pasaré por los llanos!
¡Ya tornaré por los pueblos!

Sentí que su aliento frío
me traspasaba, de nuevo,
como soplo de ventisca,
como ráfaga de cierzo.

Bajé con rápida marcha,
sin reparar en senderos;
como en alas del espanto,
como por tierras de ensueño.

Bajé con rápida marcha,
buscando el valle sereno;
tornando al calor, que es vida
en las almas y en los cuerpos.

Y allá se quedó, tan solo,
sobre su cumbre, el abuelo;
el de los ojos sombríos
y el de los albos cabellos;

á la vera de sus nieves,
y á la mira de sus vientos;
esperando y esperando
las mudanzas de los tiempos...

Allá se quedó en las cumbres,
taciturno y soñoliento;
señor de las rocas bravas,
huésped de los ventisqueros.

Y allá se quedara siempre,
sin que mudara de acuerdo,
sin que volviera á los llanos,
sin que tornara á los pueblos.

Allá se quedara siempre,
mi enemigo, torvo y terco;
el padre de las borrascas
y del Dolor: ¡el Invierno!

LA RISA DEL AGUA

Se cuenta que el agua ríe.
Parece que es ilusión,
y es verdad. El agua limpia,
que en limpia fuente brotó;
la que baja por el monte,
llena de chispas de sol;
saltando de mata en mata,
brincando de flor en flor;
ésta, que veis, del arroyo,
tan jovial, tan juguetón,
tan azul, tan blanco... ¡ríe!;
como el campo da su olor,
como da su luz la estrella:
por alto y celeste dón,
por obra de Gracia Suma,
por gracia del Sumo Dios!..

¡Qué sonoras, cuán alegres
son sus risas! ¿Cómo no,
si al surgir, momentos hace,
con rápido borbotón,
¡como en una carcajada
del manantial bienhechor!,
desde el seno tenebroso
de la tierra en que nació,
vió la tierra toda flores,
y el cielo todo esplendor?
¿Cómo no, si con sus alas
el Céfito la rizó?
¿Cómo no, si el dulce soplo
de un aroma embriagador
sale á su encuentro...; si en tanto
que baja y corre veloz,
palpitante de alegría,
temblorosa de emoción,
las hierbas se van abriendo
por su impulso y á su voz,
y las pendientes se inclinan...
para que corra mejor?

¡Qué mucho, que el agua pura,
que en limpia fuente brotó,
redimida de su encierro
celebre su redención!

¡Qué mucho, que el agua nueva
corra con grato rumor!
¡Qué mucho, que cante y ría,
como quien nunca sufrió:
con la inocencia del niño
y el trinar del ruiseñor!

Agua del monte, risueña,
que el alto monte alumbró:
corre alegre, canta y ríe;
no interrumpas tu canción;
en tanto vas por el monte,
llena de chispas de sol,
saltando de mata en mata,
brincando de flor en flor;
en tu primera aventura;
con tu primera ilusión.

Ya en las charcas cenagosas,
charcas del suelo traidor,
aprenderás, con tristeza,
quién sus aguas enturbió.
Ya te enseñarán las rocas
los quebrantos del dolor.
Y cuando el sol te abandone,
porque es el sol girasol,
ya se apagarán tus risas,
á la vez que su esplendor...

Goza, por lo mismo, en tanto;
no interrumpas tu canción;
¡agua del monte que ríes!
¡agua bendita por Dios!
Goza, pues saltas del gozo;
canta, pues lates de amor;
corre, besada del aire;
brinca, dorada del sol;
¡en tu primera aventura!,
¡con tu primera ilusión!

LOS ESPEJOS DE LAS MOZAS

¿Dónde va la buena moza?
¿Dónde va la moza buena,
la zagala más zagala
de los pueblos de la sierra?
¿Tan temprano para el monte?
¿Quién te llama? ¿Quién te espera?
No será por el cuidado
de tu vaca, «la Trigueña»;
no será porque se aburran,
descuidadas, tus ovejas.
Ya las cuida bien tu hermano,
con amor y diligencia;
bien, con mimos, las regala,
si castígalas con piedras;
guapo mozo, gran figura
sobre el filo de las breñas;

flor de jara, pastorcillo
de catorce primaveras.

No me mires, si te enfado;
pero escúchame, tontuela.
¿Dónde vas con esos aires,
como alondra mañanera?
¿Dónde vas, que no me atiendes?
¿Dónde vas, con tanta priesa,
como arroyo despeñado
por el ansia que lo lleva?

Deja un punto que te mire,
que te admire. Deja, ¡deja!,
que me encanten tus encantos
y me alegre tu presencia;
que me hechicen tus hechizos,
buena moza, moza buena.
¿Cuáles, dices? ¿Cuál encanto?
¿Cuál hechizo? ¿Cuál belleza?
No me mires, si te enojo;
pero escúchame siquiera.
Ver me place de tu cuerpo
la cumplida gentileza;
ver me place tu apostura,
por sencilla, noble y bella,
que es favor á los sentidos

con que el alma se recrea;
ver, del talle, la finura;
ver, del busto, la opulencia;
ver tu cuello de paloma,
porque late cuando tiembla;
ver tu cara, flor de flores,
tan graciosa, tan morena;
ver tu barba, tan menuda,
y el lunar con que la alegras;
ver tu boca, fresca fuente
de tu risa, grata y fresca;
ver tus labios,—¡no los frunzas!—
ver tus dientes,—¡ya los muestras!—
rojos labios, de granada;
blancos dientes, nieve prieta;
ver, al paso, tus cercillos
de corales,—tus preseas;—
ver tus ojos,—¡no los cierras,
que anochece si los cierras!...;
ver, en alto, como en andas,
el tesoro de tus trenzas,
por tus manos recogidas
que las abren y las peinan,
y en las ondas de sus rizos
dos claveles que revientan...;
que revientan orgullosos
del favor que les hicieras:

¡porque van sobre tus rizos
rematando tu cabeza!...

Menos mal que ya me escuchas;
menos mal que ya te esperas;
menos mal que ya sonries,
moza guapa, moza buena...
Fuente rica, ¡no te escondas!
Flor de flores, ¡no te muevas!
Yo conozco,—no lo dudes,—
la razón de tu impaciencia.
Vas al monte muy temprano,
por curiosa, por coqueta;
pues en campos como en villas
siempre sois así las hembras.
Y allá lejos, sin compañía,
te estarás como quien sueña,
sin curar del raudo giro
de las horas volanderas,
á la orilla de un estanque
donde beben tus ovejas,
y que el agua de las cumbres
ha formado sobre peñas;
un estanque muy tendido,
con un agua muy serena;
gran espejo de las nubes,
gran regalo de la Sierra.

Los espejos de tu casa
¡son tan breves! Cabe apenas
en la luna del más ancho,
reflejada, tu cabeza.
Y en la luna del estanque
por entero te reflejas;
en sus ondas transparentes
por entero te contemplas;
donde nadie te descubre,
donde á solas te embelesas;
entre tanto que la brisa
te perfuma de su esencia,
y á la luz del sol de Agosto,
luz dichosa, luz que tiembla,
porque el agua la acaricia,
¡porque alumbrá tu belleza!

No lo niegues, flor de flores,
porque nadie te creyera.
Ya lo has visto. Yo conozco
la razón de tu impaciencia.
Mas, por ello, no te enojés,
no te acuses; no te duelas
porque mires al desnudo
sorprendidas tus flaquezas.
Las flaquezas femeniles
han perdón en mozas bellas.

Han derecho las mujeres,
pues lo son, á ser coquetas.

¿Que es pecado tu capricho?
¡No lo digas! Exageras.
Pero, en fin, por si lo fuere,
te impondré la penitencia.
¿Por qué tratas á los mozos,
que te buscan y cortejan,
con desdenes tan huraños,
con maldad tan manifiesta?
¿Qué te hicieron, pues les huyes?
¿Qué pretendes, pues los dejas?
Cuál, se impone por lo bravo;
cuál, te sirve como á Reina;
cuál, domina sobre todos
por los bienes de su hacienda.
Pero todos son iguales
para ti, pues los desdeñas.
Cesen ya rigores tantos;
cese, al fin, maldad tan negra,
y en alguno ya te fija
con quien vayas á la iglesia;
que es dolor que el gran tesoro
de tus gracias y tus prendas,
como aroma que se pierde,
no se guste, mal se pierda.

Tú verás, ¡verás entonces!,
cuál se calma tu impaciencia,
cuando al cabo te reflejen,
más que el agua, tan somera,
del estanque, los espejos
que merece tu belleza.

Los espejos de las mozas,
los de lunas más risueñas,
tienen luces que traspasan,
tienen lunas por parejas.
Cada moza los requiere,
cada moza los encuentra,
—¡pequeñísimos espejos
que las almas transparentan!—
en las niñas de los ojos
del galán á quien se entrega.

Dicen ellos puros bienes;
ellos brillan, ellos tiemblan
más que el agua del estanque
recogida por las peñas.
Ya verás, cuando los mires,
cuál te copian, cuál te alegran.
Frutos santos, porque el cielo
bondadoso los apresta,
—dulces hijos, nuevas flores,

que te apresten vida nueva,—
calmarán tu sed de afanes
con la miel de sus ternezas,
y si entonces ya no fueres,
—buena moza, moza buena,—
la zagala más garrida
de tus cumbres y laderas,
Dios, en cambio, te prodigue
sus favores, porque seas:
de tu casa, con su huerto
de manzanos, rica dueña;
del esposo que te adore,
la adorable compañera;
de tu pueblo, fina gala,
más que en oro, más que en perlas,
¡y la madre más dichosa...
de los pueblos de la sierral

NIEBLA DE LUZ

El sol traspuso las cumbres
coronadas de pinares.
Las sombras, rápidamente,
se adueñaron de los valles.
Pero, al través de los montes,
escarpados y arrogantes,
con la grandeza sombría
de sus fragosos paisajes;
por entre abruptas gargantas,
en la quietud de los aires,
brilla, cunde, luz difusa,
que se tiende, que se esparce,
cual reflejo de reflejos
de millones de brillantes;
velo de luz, que se enreda

por las rocas y en los árboles;
—última lumbre, dorada,
del esplendor de la tarde;—
niebla de claros destellos,
niebla con tonos de esmalte;
si con primores de bruma,
con sutileza de encaje.

Estoy en deuda contigo,
mujer del dulce semblante,
dama de los claros ojos,
señora del lindo talle,
princesa de los halagos
y emperatriz del donaire...
Te debo rico presente,
con que por mí te engalanes;
que te recuerde los tiempos
de dulzuras inefables
en que, por gracia del Hado,
para mí te engalanaste.

Iré mañana á las cumbres
cuando el sol, con regio alarde,
tras las nubes que le aguardan
para que en ellas descanse,
por los términos de Ocaso
más se oculte que se apague.

Pondréme como en acecho,
guardado por los pinares,
y al punto en que el sol tramonte,
cuando brille por el aire
la niebla de luz difusa,
—fina banda, velo grácil;—
la de los claros destellos,
la de los tonos de esmalte,
sabré robarla, si quieres,
un jirón de sus encajes,
para ponerlo á tus plantas;
con que mi deuda te pague.
Haz con él una mantilla,
toda de sol, si te place.
Pues las tintas del crepúsculo
pasan ya por tu semblante,
con los tonos de las vagas
vespertinas claridades,
bien á pesar de los años
nuevos hechizos prestándole,
¿cuál más hermosa mantilla
para tu rostro adorable?
¿cuál velo mejor que el velo
que quisiera regalarte?
¡Un velo de luz, tejido
con claridad de la tarde!

MONTE ARRIBA

A Paco Torres.

Corre, corre, yegua roja;
corre, corre, yegua mía;
yegua fuerte, por tu sangre;
yegua dócil, yegua fina.
Corre, corre, ¡cuanto puedas!;
¡más aprisa!, ¡más aprisa!

Lejos queden, por los pueblos,
torpes artes, falsas dichas;
lejos queden las del mundo
mentirosas perspectivas.
Nos aguardan las del campo,
que mis ojos solicitan;
las que amansan mis dolores,

las que curan mis fatigas;
las del campo silencioso
que los hombres no visitan,
que sus voces no perturban,
que sus huellas no mancillan.
¡Vamos! ¡Pronto, yegua roja!
¡Campo adentro! ¡Monte arriba!

Voz humana ya no escucho.
Ser humano ya no miras.
Canta el monte, solamente,
por el aire que lo agita,
con el canto de los pinos
que los pájaros envidian.
¡Quién tuviera..., quién tuviera
los alientos de la brisa!
De los cantos de los pinos,
de sus églogas magníficas,
¡quién copiara las hermosas,
incopiables armonías!

Y en el monte, ¿quién? A nadie
por el monte se divisa.
Cuán entero se nos rinde,
se nos abre, se nos brinda,
desde el pie de sus laderas
á la frente de sus cimas;

bajo el aire que lo aroma,
bajo el sol que lo ilumina.
¡Cuál alegría! ¡Cuál perfuma!
¡Cómo canta! ¡Cómo brilla!
¡Qué belleza, la del campo!
¡Qué hermosura, la del día!
¡Corre, corre, yegua fuerte;
monte adentro, monte arriba!

Corre, corre, yegua roja.
No nos hallen, ¡no me sigan!
Mis perversos enemigos,
los verdugos de mi dicha,
queden lejos; en el mundo
que sus crímenes abriga.
No me alcancen sus rencores.
No les valgan sus perfidias.
¡No me roben estas horas
de ilusión y de alegría!
¡Corre, corre! ¡Cuanto puedas!
¡Más aprisa! ¡Más aprisa!

¡Bien me sirves! Ya parece
—yegua dócil, yegua mía,—
no que corres á mis gritos,
no que saltas, no que brincas;
sí que vuelas, porque vuela,

para ti, mi fantasía.
Ya los aires vas abriendo,
vas cortando; ya no pisas;
no te ofenden ya las rocas,
ni las jaras te lastiman...
Y á la cumbre ya me llevas;
¡á la cumbrel, ¡cuán bravía!;
¡cuán á solas en los aires!;
¡cuán robusta!, ¡cuán altiva!

¡¡ Ya!! ¡La cumbre nos mantiene!
¡Su poder se nos humilla!
Cruzan águilas el cielo,
bruñe el sol las rocas vivas,
y en los aires,—aires libres,
que, por libres, fortifican,—
á torrentes voy bebiendo
la salud y la alegría.
¡Cuál placer el que me inunda!
¡Qué emoción la que me agita!
¡Qué dulcísimos anhelos
de bondad los que me animan!
¡Ah! ¡Cuán lejos ya del mundo,
yegua fuerte, yegua mía!

Se dijera que en las cumbres
todo mal se purifica,



por virtud del aire puro
que en las cumbres se respira.
Voy sintiendo, por instantes,
nuevas ansias, otra vida;
que mi espíritu del mundo
miserable se desliga;
de las penas que pervierten,
de los odios que mancillan;
del rencor, soliviantado
por las artes de la envidia;
de las negras inquietudes,
de las tétricas fatigas,
y que, en tanto, se me imponen,
con sus dulces tiranías,
la bondad con que se adora
y el perdón con que se olvida.

Siento el alma, de improviso,
cuán dichosa: pura y limpia;
con la cándida pureza
de los aires de las cimas.
Ya no curo de maldades,
de rencores, de perfidias;
ni de viles enemigos,
ni de sombras enemigas.
Ya no curo de traiciones...
¡ni me duelen sus heridas!

Miro al mundo, condolido
de los hombres que lo habitan,
vanamente persiguiendo
los fantasmas de la dicha;
miro al hombre, con la carga
de sus penas infinitas,
y un amor—¡amor inmenso,
que, cual luz, abrasaría!—
¡noble amor!, hacia los hombres
que la suerte martiriza;
—siempre solos, siempre tristes,
siempre parias, siempre víctimas,—
nace en mí, de mí se adueña,
¡como el fuego de la pira!;
brota en mí como una llama,
toda luces, toda chispas;
¡llama grande, llama fuerte,
llama pura, llama viva!

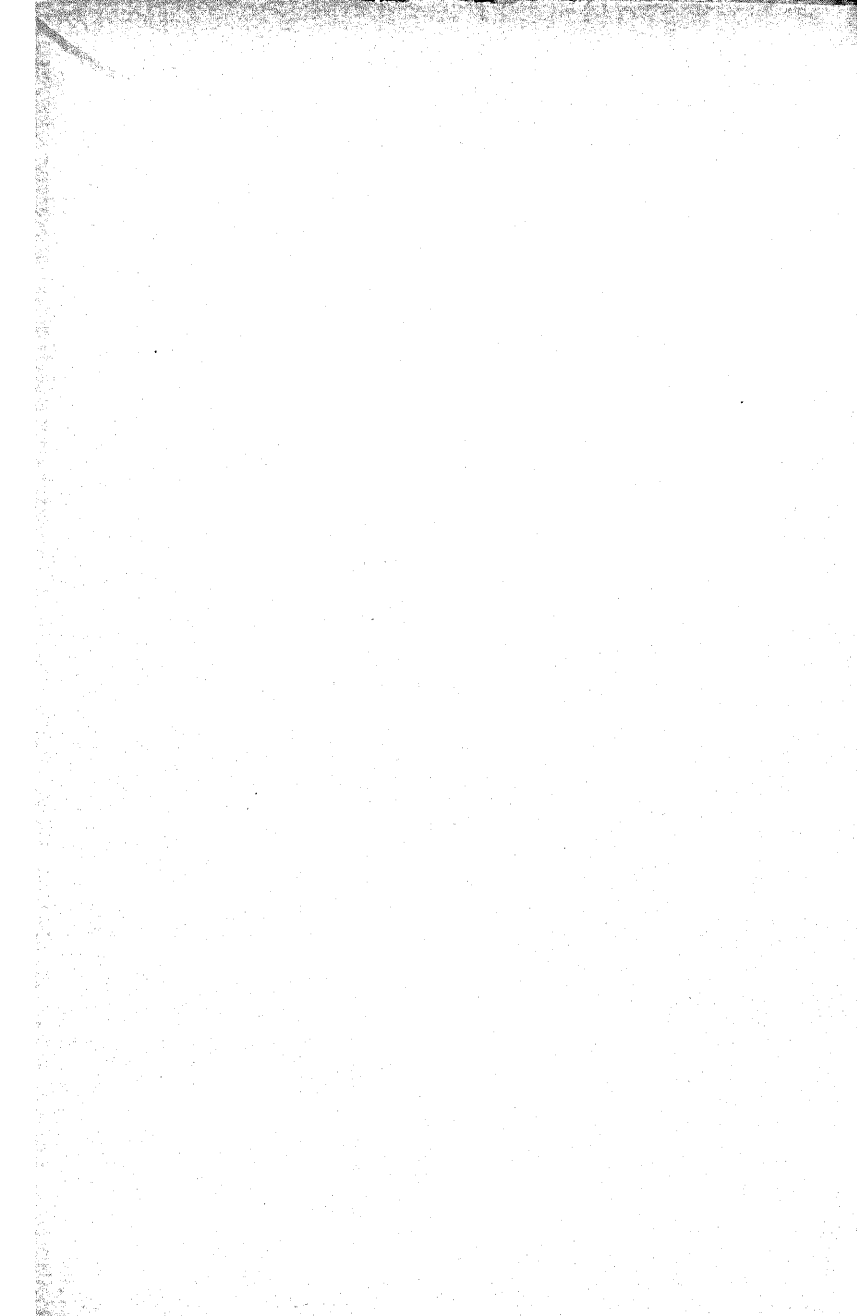
¡Cuál placer el que me alienta!
¡Qué emoción la que me agita!
¡Qué dulcísimos anhelos
de bondad los que me animan!
¡Quién hiciera que á mis plantas,
en las rocas de las cimas,
se alumbrasen, de improviso,
como fuentes cristalinas,

manantiales portentosos
que vertieran, á porfía,
sobre el mundo que padece,
para el hombre que suspira,
frescas aguas, como dones;
¡tantas ondas como dichas!
¡Quién me diera, por prodigio
de la suerte compasiva,
que mi ser, en un instante,
convirtiera su energía
toda en bienes, toda en goces,
toda en cantos, toda en risas,
por que al fin, como en corriente
de las cumbres desprendida,
repartiera por los valles
el caudal de su alegría!

¡Dios del cielo, que me escuchas,
Dios del cielo, que me inspiras:
por el bien, que me ennoblece,
de un amor que purifica;
por el gozo de estas horas,
en la altura de estas cimas,
como nunca te bendigo;
bajo el sol, que enciende el día;
sobre el trono de la cumbre,
prosternado, de rodillas!

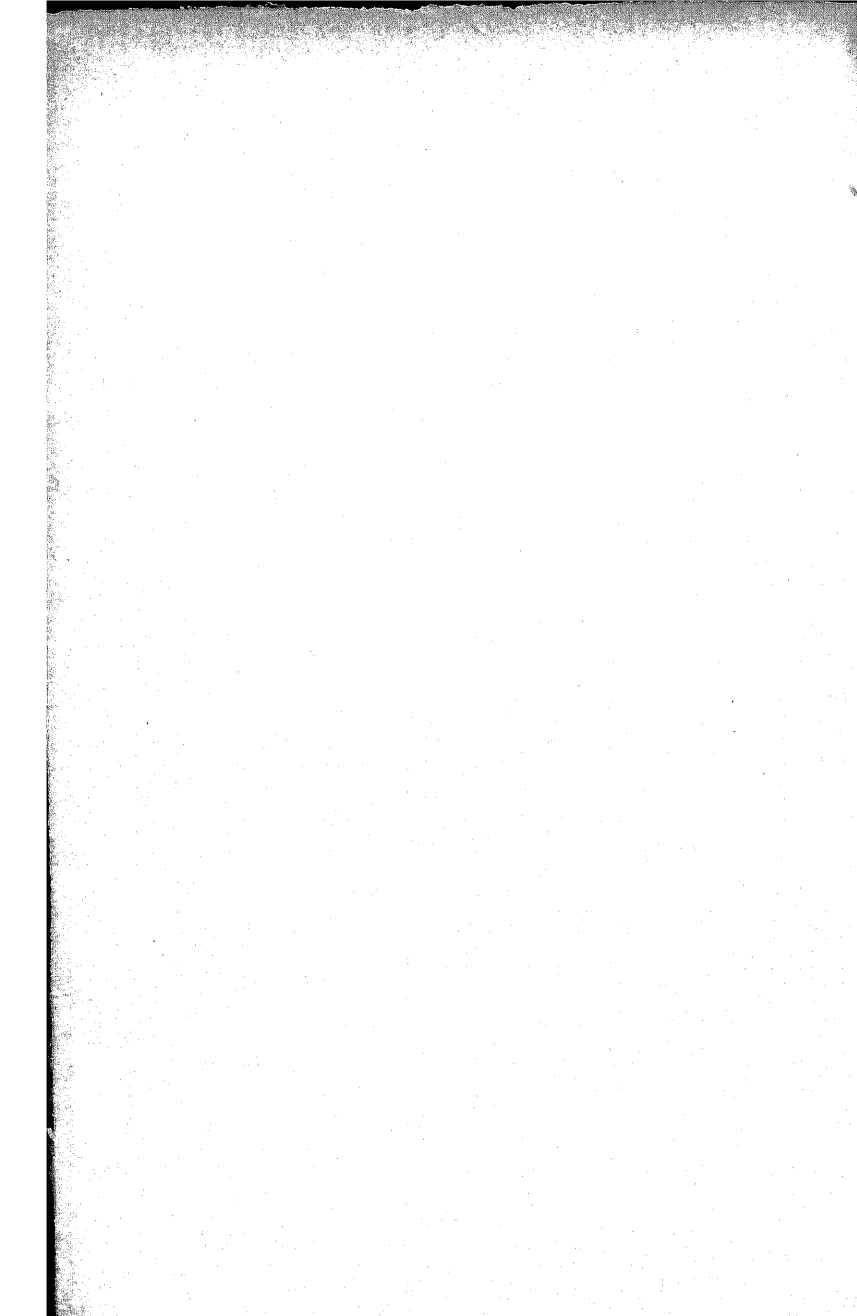
Dios del cielo: dame siempre
la pureza, luz que limpia;
la piedad, que amor infunde;
la bondad, que al bien incita.
Por que el alma que me alienta
para siempre se redima;
con los altos sentimientos,
con las vastas perspectivas.
Por que el alma que me diste
se mantenga noble y digna;
siempre en alto, siempre pura;
¡monte adentro! ¡monte arriba!

VIDA Y MUERTE



*«No gastemos tiempo ya
en esta vida mezquina
por tal modo,
que mi voluntad está
conforme con la divina
para todo;
y consiento en mi morir
con voluntad placentera,
clara, pura,
que querer hombre vivir
cuando Dios quiere que muera
es locura.»*

(JORGE MANRIQUE.)



PLEGARIA

Al Dr. D. José A. Ayerza, en Buenos Aires.

Dios, en quien creo; Dios que me miras:
ve que me postran, más que los años,
las ilusiones con sus mentiras,
con sus verdades los desengaños;
ve cuál me agota mi desaliento;
que en mí se ceba, como un tormento,
¡noches y días!, este que siento,
constante y lento,
dolor del alma...
Niégame glorias, amor, contento...
Dame un alivio tan sólo: calma.
¡Calma! La calma solemne y grave
del mar sereno, del mar tendido;
no conmovido
por la más leve brisa suave;

ni por la estela
de la más breve ligera nave;
ni por el vuelo sutil del ave
que sobre el agua, que roza, vuela...

¡Calma bendita!
¡Calma profunda!
¡Calma infinita!
Sueño inefable su paz me infunda.
De mí se adueñe,
y en él repose y en él no sueñe.

No! No más ansias de vanas glorias!
No más anhelos de loco amor!
No más fatigas! No más escorias,
después del fuego y el resplandor!

Sigan mis pasos las sendas llanas
por donde siempre debieron ir.
Huyan las vanas
pompas mundanas.
Huellen los campos del buen vivir.
Las inmortales, las soberanas
leyes cristianas,
¡por ser divinas!, ¡por ser humanas!,
los encaminen al porvenir.

No más presuma de grandes vuelos
el alma inquieta y enloquecida.
Son para el águila los altos cielos;

las altas cumbres, en donde anida.
No para el pájaro de pobre fama,
—la sola fama que ha merecido,—
que en vano aspira y en vano clama;
que debe apenas dejar su nido;
volar, tan sólo, de rama en rama,
bajo los árboles en que ha nacido.

La paz del cuerpo,—bien aplacado,
sin que lo mueva torpe cuidado;—
la paz del alma, la que desean
los hombres justos, mis bienes sean,
con que asegure feliz estado;
bien del amable vivir modesto,
bien del hermoso pensar honesto,
bien del tranquilo sentir honrado.

Corra, entre tanto, leve, mi vida;
como las ondas de la corriente
por entre flores medio escondida,
cuando discurre tan dulcemente,
tan lentamente,
tan levemente...
que se dijera que va dormida...

Corra mi vida, corra callada;
vena de arroyo que va encauzada;

vaya regida por la prudencia;
por la experiencia,
la suma ciencia;
firme batalle mi voluntad,
contra pasiones
y tentaciones; contra ambiciones,
y contra culpas de vanidad.

Y en tanto gozo de tanta suerte,
suerte del hombre que al fin reposa,
y en tanto viene por mí, piadosa,
mi Amada triste, la Buena Muerte,
y á sí me abraza,—fin á que aspiro,
bien, el supremo, por que suspiro,—
dame, Dios Santo, la intensa calma
que alivia el cuerpo: la paz del alma;
dame, por dichas, dichas serenas;
casa gozosa: dulce descanso,
del pensamiento y el corazón,
y en él se aquieten mis graves penas,
asosegadas en un remanso
de religiosa resignación...

LA VIDA LOCA

.
.

*¡Qué duros contrastes! En pocos momentos
el sol y la lluvia, dolor y alegría...;
la tarde doliente; la tarde que ríe...
¡Qué tarde tan loca! Parece mi vida.*

¡Mi vida!, ¡cuán loca! ¡Mi vida!, ¡cuán vana!
¡Mi vida, que en vanos afanes se pierdel
¡Mi vida, que en hondas tinieblas estuvo,
dejando la Vida, llegando á la Muerte!

Mi vida, que en vano de nuevo se afana,
sedienta de un noble, completo desquite,
y en vano pretende, con versos que lloran,
ganar los favores del mundo que ríe...

Mi vida, gastada por torpes anhelos;
mi vida, manchada por viles traiciones;
mi vida, que, al cabo, tan sólo requiere
la paz de las sombras que amparan y esconden..

¡Ya es tiempo, Dios santo! ¡Las dudas acaben,
las ansias, las penas, las nubes, los vientos!
¡Ya es hora! ¡Que el alma descanse, Dios mío!
¡Ya es hora! ¡Que al cabo repose mi cuerpo!

ULTIMA VERBA

Goce yo de la Muerte,
con un tiempo bastante, la llegada;
con el ánimo fuerte,
con paz asegurada,
y en la paz de la noche sosegada.

Llegue, al fin, mi agonía
cuando libre me encuentre de cuidado;
sin afán de alegría;
sumiso y resignado;
del hombre y de sus culpas desligado.

Mi vida entonces sea
resignación dulcísima y sosiego;
toda fervor la idea;
todo plegaria el ruego;
puro mi ser, por la virtud del fuego.

Fuego del gran castigo
que al pecado mortal el Cielo aplica;
que salva, y es amigo,
si quema y sacrifica;
fuego con que el dolor se purifica.

Fuego del Dios que juzga;
Dios inmortal que, como Dios, condena;
que al hombre vil sojuzga
bajo grave cadena,
ó en martirio más trágico: la pena.

Mi pena ya cumplida,
mi redención aguardaré, sin duelo,
por que cambie mi vida,
su zozobra, su anhelo,
por el dulzor y por la paz del Cielo.

¡Oh, quién verá, tan puro,
mi espíritu, que fuera podredumbre;
tan feliz, tan seguro
de volar á la cumbre
del Bien eterno, de la eterna Lumbrel

Mis turbios ojos, fijos,
su luz de Gloria buscarán en tanto;
me cercarán mis hijos,
y en un sereno encanto
dulces serán sus ayes y su llanto.

No con voces funestas
me darán su angustiosa despedida.
Han de ver manifiestas
la oportuna partida,
la paz de Dios en la suprema vida.

No; no será la Muerte
trance para mi ser desesperado.
No. Será, por mi suerte,
desquite del pasado:
el ayer del dolor y del pecado.

Con un tiempo bastante;
con que venga la Muerte con dulzura,
dirá mi voz, amante,
voz de intensa ternura,
al mundo y á mis hijos mi ventura.

Ventura del desquite,
por Dios para mis males aprontada;
sin pasión que me excite;
sin recelo de nada;
por dura penitencia procurada.

Dirá mi voz serena
cuál es para los Cielos el camino:
la honrada vida buena;
de Dios, y del Destino;
del mal y de su loco torbellino.

Por que mis hijos luchen
contra el Destino falso y vanidoso,
y sólo á Dios escuchen,
y en su seno piadoso
busquen, no más, la dicha del reposo.

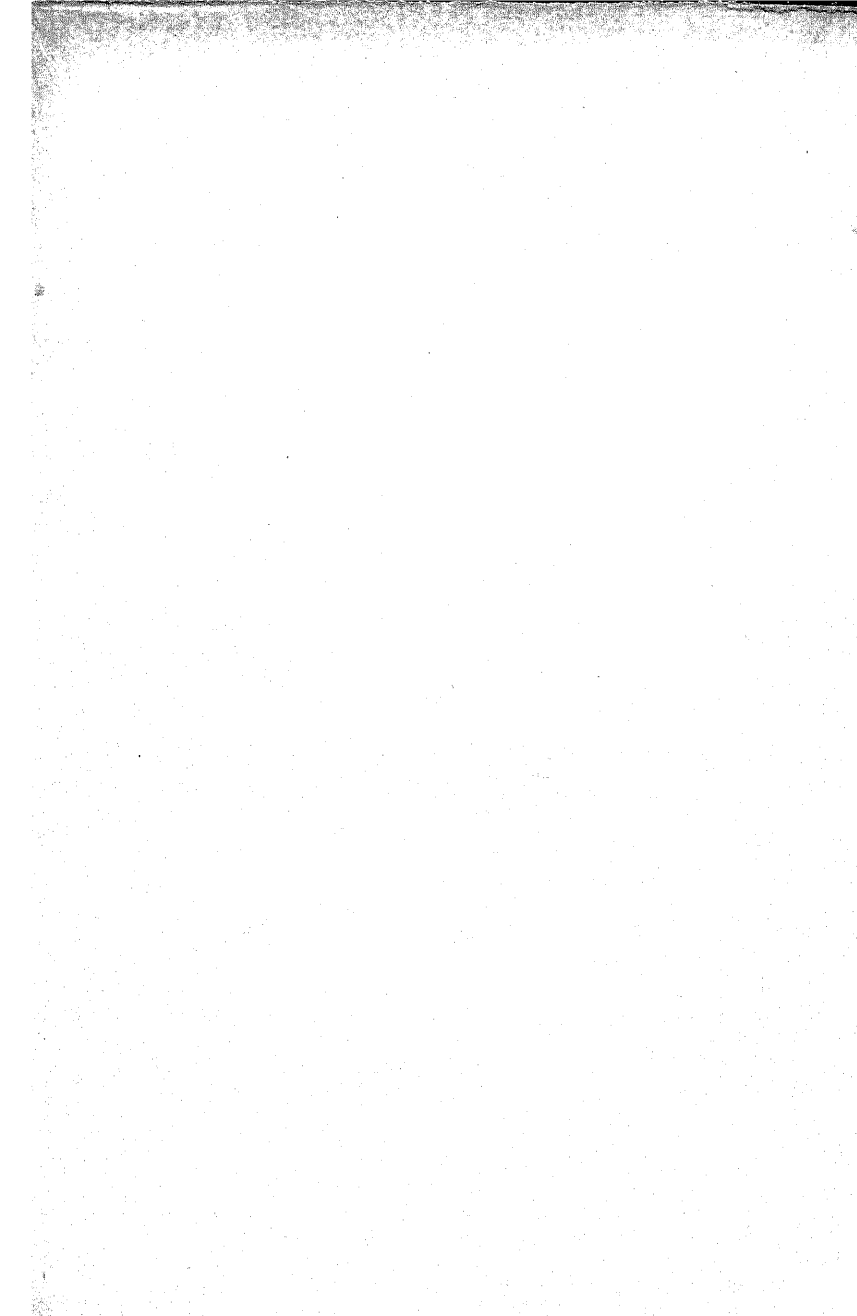
Dirá mi voz, sincera,
cómo la Fe sus máximas inspira;
la Razón verdadera,
y el Error que delira;
dirá de sus delirios la mentira.

Dirá de los amores
del mundo mentiroso la apariencia;
dirá de sus favores,
por artes de experiencia,
y de Dios, en el Arte y en la Ciencia.

De Dios, único centro
del Bien, de la Verdad, de la Hermosura;
y al volar á su encuentro,
ganoso de la altura,
mi conciencia verá tranquila y pura.

No; no será mi Muerte
trance para mi ser desesperado,
si me acorre la Suerte;
si mi Dios, apiadado,
me da la dicha del mejor estado.

Donde á Dios se concibe,
lejos del mundo y de su pompa vana;
donde mi madre vive,
por buena y por cristiana;
donde mis hijos me hallarán mañana.



ERRATA IMPORTANTE

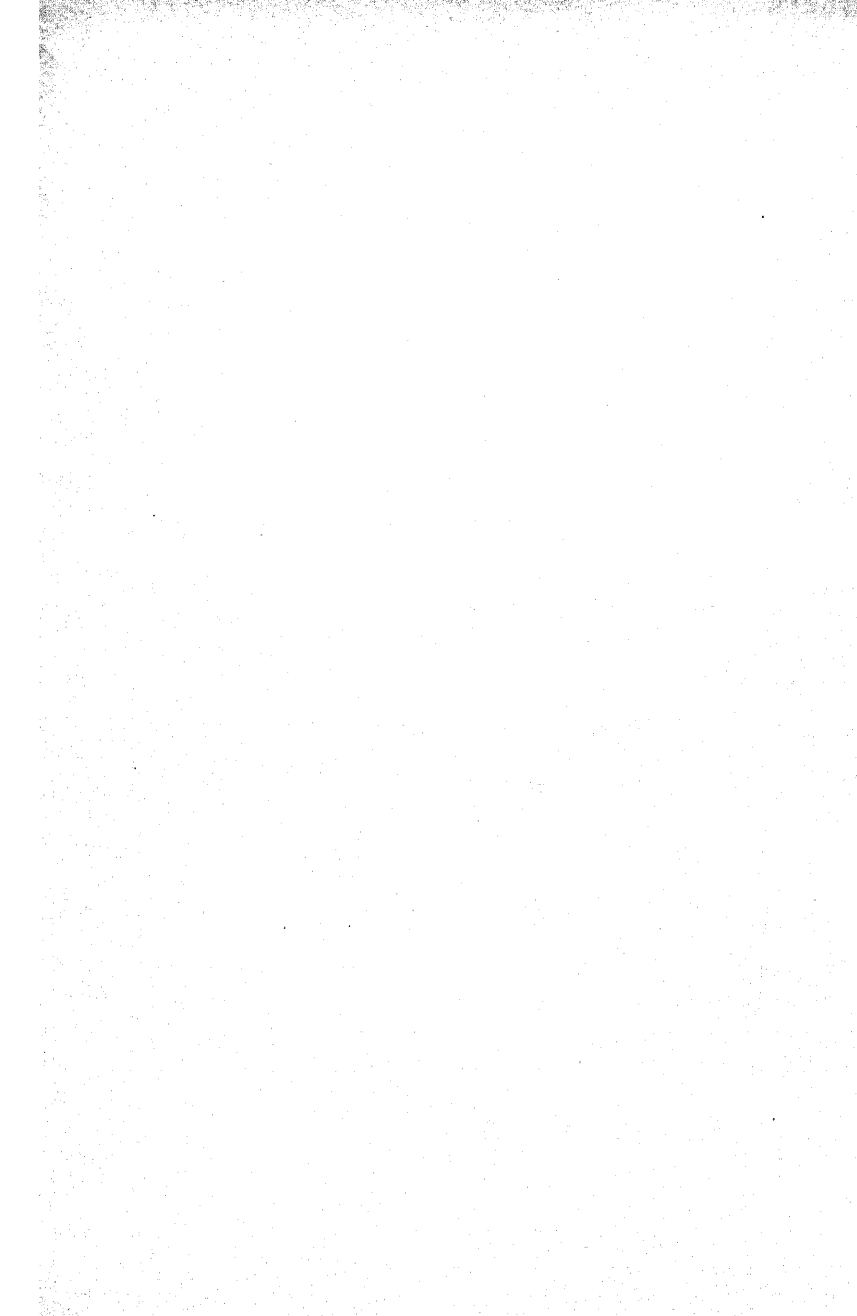
Página 19

DICE:

como siempre te vi, siempre te miro,

DEBE DECIR:

como entonces te vi, siempre te miro.,



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
DEDICATORIA..	9
La tarde loca.	11

MOCEDADES

Al salto del Niágara.	17
Estival.	26
Viernes Santo.	27
La estrofa inmortal.	28

CANTOS Y CANCIONES

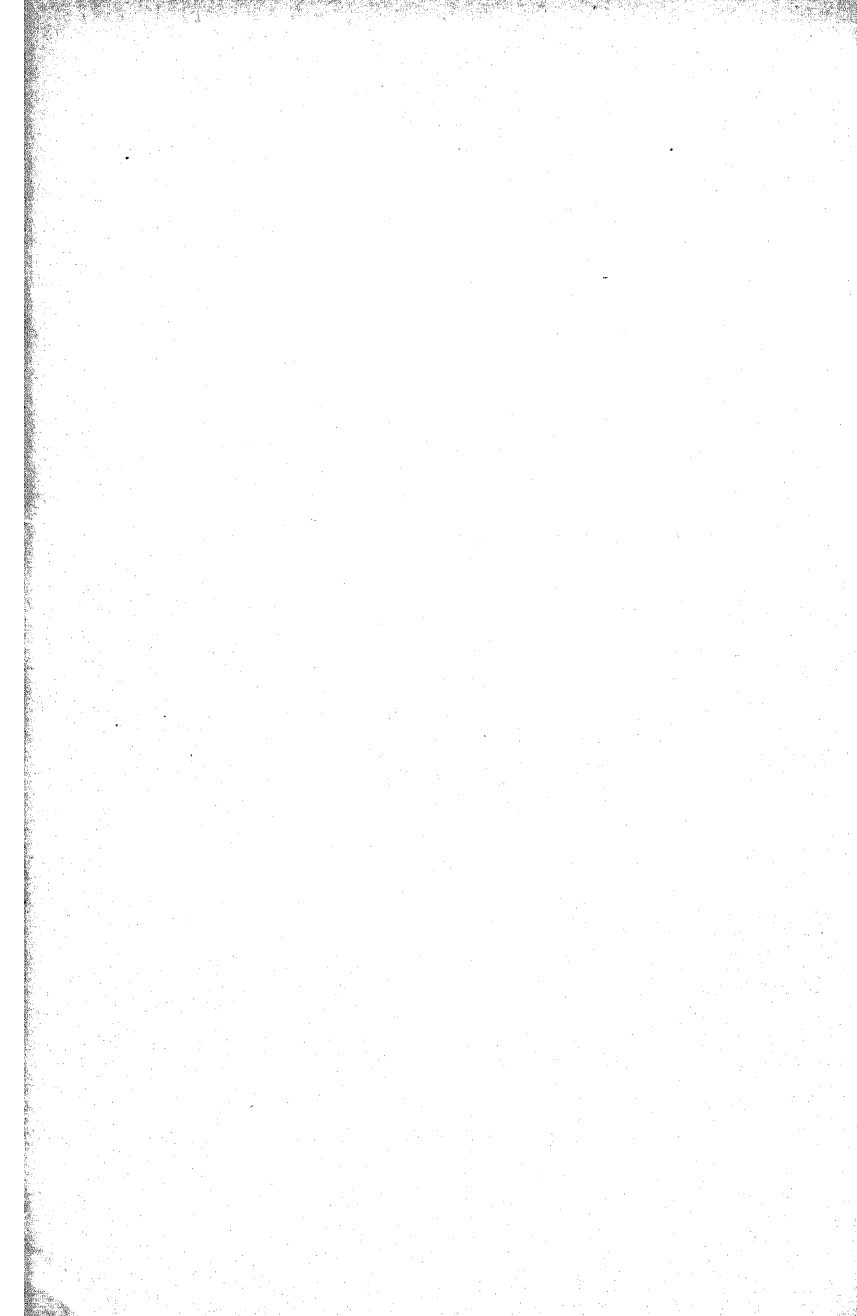
Canto á mi tierra.	31
La maja de los sainetes.	39
A media voz..	44
El trasatlántico..	47
La clásica siesta.	50
¡Oh, sabrosos recuerdos!..	55
Campanas alegres.	61

IN MEMORIAM

La primera visita.	67
¡Beati possidentes!..	69

	<u>Págs.</u>
TRAGEDIAS PARA REIR	
Un poeta clásico.	73
Un poeta romántico.	76
Un poeta moderno.. . . .	79
LAS HORAS NEGRAS	
La copla lejana.. . . .	85
A Enrique Mesa.	93
Vox clamantis.	95
La obsesión de las campanas.	96
POEMAS RÚSTICOS	
Otoñal.. . . .	101
Tonadas de pastores.	106
La santa paz.. . . .	114
En un ribero del Tozo.	121
Campo solemne.. . . .	125
NUEVOS CANTOS	
¡Ancha Castilla!.	131
Crepúsculo.	137
Las barcas ciegas.	139
Melodía.	147
El sol de los tristes.	151
Las violetas de <i>Aucamville</i>	155
VISIONES TRAGICAS	
Campo de batalla.	161
En alta mar.	164
La mina traidora.	169
Los muertos vivos.. . . .	174

	<u>Págs.</u>
LOS CICLOPES	
Los cíclopes.	187
ROMANCES SERRANOS	
El enemigo.	209
La risa del agua.	214
Los espejos de las mozas.	218
Niebla de luz.	226
Monte arriba.	229
VIDA Y MUERTE	
Plegaria.	241
La vida loca.	245
Ultima verba.	247



OBRAS

DE

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

TEATRO

LEYENDA LÍRICA EN TRES ACTOS

Margarita la Tornera.

DRAMA EN CUATRO ACTOS

Severo Torelli.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO

La Regencia.

ZARZUELAS EN TRES ACTOS

La llama errante. *Don Lucas del Cigarral.*
Los hijos del batallón. *La canción del náufrago.*

COMEDIAS LÍRICAS EN UN ACTO

La venta de Don Quijote. *El certamen de Cremona.*

SAINETES

Las bravías. *¡Viva Córdoba!*
La revoltosa. *Los pícaros celos.*
Las castañeras picadas. *El maldito dinero.*
Los buenos moços.

MELODRAMA EN UN ACTO

La puñalada.

ZARZUELAS EN UN ACTO

<i>El cortejo de la Irene.</i>	<i>El tirador de palomas.</i>
<i>La chavala.</i>	<i>El tío Juan.</i>
<i>El gatito negro.</i>	<i>Las grandes cortesanas.</i>
<i>Polvorilla.</i>	<i>Tolete.</i>
<i>La buena ventura.</i>	<i>El alma del pueblo.</i>
<i>Los timplaos.</i>	<i>Las tres cosas de Jerez.</i>

COMEDIA EN UN ACTO

El hombre feliz.

POESÍA

Poemas, 1883.

El defensor de Gerona, leyenda, 1884.

Poemas de François Coppée, traducidos en verso castellano, 1887.

Tardes de Abril y Mayo, 1887.

Poesía de la Sierra, 1908.

PARA PUBLICAR

Poemas dramáticos.

EN PREPARACIÓN

Poesía del mar.

ESTUDIOS LITERARIOS

Relaciones entre la Ciencia y la Poesía, Memoria leída en el Ateneo de Madrid.

De François Coppée y de los poetas líricos franceses contemporáneos. Prólogo á la traducción de los poemas de Coppée.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LA TIPOGRAFÍA DE LA «REVISTA DE
ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y
MUSEOS», Á SIETE DÍAS
DEL MES DE MAYO
DE 1909